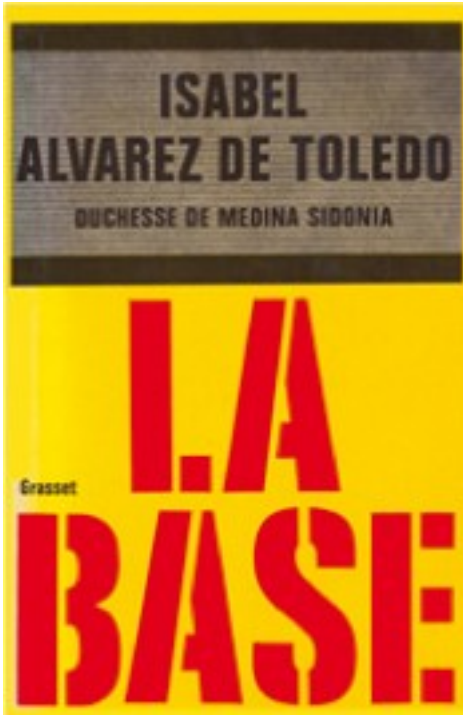


LA BASE



Editada por la editorial francesa Grasset en 1971, estando Luisa Isabel Álvarez de Toledo en el exilio, tras padecer la cárcel franquista por manifestación ilegal, la novela se sitúa en el pueblo andaluz de Rota, que vivirá un proceso de transformación socio-económica debido a la imposición de una nueva cultura, la americana.

La Base, no es más que el nombre que dará origen a esta transformación, pues tras el acuerdo firmado por Franco con el gobierno de EE.UU, este rincón de Andalucía será elegido como punto estratégico, donde se asentará la base militar que habrá de controlar estratégicamente, hasta nuestros días, todo el flanco oriental del Pacífico.

Teniendo en cuenta todo ello, la sociedad roteña pasará de su forma de vida rural, anclada en el viejo régimen, a la edad moderna, a la que deberá enfrentarse, con todo lo malo y bueno que ello conlleva.

I

Los coches se alineaban frente al portalón, en un recuadro de acera. Cabían pocos. Apenas media docena, y sin embargo sobraba sitio, aunque en otras calles la gente no supiese donde meterlos. Claro que a nadie le interesaba subir hasta la plaza, porque en la plaza nunca hubo nada. Sólo dos bares que servían *hurta a la roteña* y vino peleón en veladores de formica esparcidos bajo los naranjos. ¿Quién iba a meterse en poner un negocio allá arriba, dentro del pueblo viejo?.

Se encendieron las luces. Bombillas sin la protección del farol. Apenas se distinguían en el atardecer. Pedro las contó distraídamente, comprobando que faltaba una. No era su trabajo. Nada era su trabajo. Por eso se entretenía con detalles que le permitiesen constatar como los demás olvidaban la obligación.

Le tocó a la del arco. Pensó que en otros tiempos daba lo mismo, pero ahora, las parejas irían a reunirse en la sombra, retorciéndose como cada noche en los portales o en habitaciones alquiladas ... en vagas pensiones.

Viejos con sombrero ancho y traje de patén ocuparon las mesas vacías. Uno tras otro ampliaban el círculo de la tertulia, los ojos perdidos en el infinito y la palabra en los recuerdos. No les escuchaba, pero sabía que hablaban de campos: los primeros tomates, la novilla premiada... Cosas que vivieron en otros tiempos cuando la tierra se peinaba en surcos.

Muchas veces bajó con ellos en busca de marchantes. Le conocían por su nombre y le llamaban aunque viniesen de lejos, porque tenía fama de ser serio en el trato y de respetar la palabra.

En tiempo de feria las familias se reunían en la cañada, el borrico cargado de costo, y los animales en piara. Llegaban hasta la ciudad cantando entre chatos de vino, la ropa de domingo manchada de polvo y mosto.

Muy de mañana se enzarzaban discusiones interminable alrededor de un borrico o de un cochino cebado. Gestos palabras. El real se convertía en teatro, donde cada uno procuraba aventajar a su contrincante en la personificación de la indiferencia.

Los chicos se perdían entre los cacharros, procurando colarse en la noria o las barcas a la sombra de

los más pudientes. Los mayores hacían coro alternando las palmas y el baile con chiste y representaciones de caricatos espontáneos, que rememoraban el último incidente.

Al final, bajaban los precios, careándose tratos que quedaron en el aire por unas pesetas. Cuando todo lo vendible había cambiado de dueño, se acercaban a la parroquia para dar gracias a la Virgen. Las mujeres compraban un cirio, colocándolo en el candelero entre mil lucecillas que se derramaban sobre la capa de esperma, daban suerte al donador para el nuevo año, iniciado por la fiesta de la patrona, y no por el calendario oficial.

De pronto, se abría la puerta grande. El paso de la Señora aparecía ante la masa, hugiéndola bajo las notas del himno nacional. Vivas de borracho, impulsados por una fe inconsciente, llenaban el aire, haciendo retemblar los cristales.

Manuela tiraba de sus hijos, procurando no perderlos en la baraunda de la procesión. Los jóvenes chascaban cañas, acompañando sevillanas rocieras, mientras Pedro, sin saber porqué se arrancaba por saetas, como si estuviesen en Semana Santa.

Con la fresca de la amanecida se encaminaban hacia el pago revolviendo el polvo de la cañada entre un bosque de palmas. Voces enronquecidas que mezclaban los cantos, simultaneando estilos y letrillas.

Aquellos viejos, que saboreaban lentamente su chato de mosto, fueron sus amigos. Si se acercaba, abrían el círculo para hacerle sitio, dejándole hablar, a condición que no les exigiese escucharle. Su diálogo deshilvanado era un desahogo contra el aire. Pero él nunca se acercó. Estaban muertos desde aquel día, cuando le dejaron solo frente a los grandes.

Era domingo. Manuela sacó el traje de boda y los botines de charol. Le costó amarrarse los pantalones y no pudo cerrar la chaqueta. Sin embargo, aquella ropa, hecha a medida, cala mejor que la comprada *a dita* en el almacén.

En la cañada se unió al cortejo de los vecinos. Iban de tiros largos. No todos los días invitaba el alcalde a una reunión en el ayuntamiento. Hablaban muy alto y reían en hueco, pues no se barruntaba nada bueno... En lenguas corrían cosas malas para el mayeto, hecho a vivir de su campo para toda la generación.

En el sala de Actos tuvieron que apretarse. Pedro se alegró, porque así las autoridades no podrían ver el polvo amarillo que mancillaba su ropa.

Las autoridades subieron al estrado. El secretario se acercó a la mesa, cubierta por un paño rojo. Le temblaban las manos y antes de empezar sacó un pañuelo para secarse la frente: Lo recordaba como si estuviese pasando ahora mismo.

- Señor alcalde. Señores... Les hemos reunido aquí para decirles que el gobierno necesita sus tierras... .

Lo dijo de un tirón, con los ojos cerrados. Pedro abrió los suyos desmesuradamente, intentando comprender donde iba a parar. Malo es necesitar algo, y peor pedirlo, pues pocos son los que dan... Pero cuando se trata del Gobierno...

El secretario levantó la voz. Abría y cerraba los brazos agitando la cabeza. Pedro entendió palabras deslabazadas: patria, guerra, comunismo, libertad....

- No ¡No creáis que os van a quitar vuestros campos!. Seos pagará en justicia, para que empecéis una vida nueva. Una vida digna como desean vuestros sindicatos y vuestro Jefe. ¡Nadie pretende expulsaros por la fuerza! Pero, como es un derecho del Estado, cuando manda la necesidad pública, el bien y la seguridad de la mayoría, se expropia y tenéis que aceptarlo....

Ya no pudo escuchar más. Se quedó con el párrafo dándole vueltas en la cabeza, hasta que el alcalde se levantó para cerrar la sesión. Entonces se hizo la luz.

- ¡Estos quieren echamos! - murmuró muy bajito, para que sólo le escuchasen los de alrededor.

Se encogieron de hombros.

- ¿Y qué quies que hagamos?. Ten cuenta que ganaron la guerra...

- ¡Pero el rancho fue de toa mi gente! No nos metimos en ná.

Otra vez alzaron los hombros.

El alcalde sonreía, esperando un aplauso. Los pagados de siempre iniciaron sus palmas. Tímidamente Pedro se disponía a imitarlos, cuando una fuerza desconocida le empujó en sentido contrario.

- ¡A mí pá sacarme de mi casa tié que ser con los pies p'alante, y el que diga otra cosa no es hombre!

Callaron los aplausos. La primera autoridad dejó de sonreír. Aquí y allá surgieron nuevas voces. El secretario mandó despejar la sala, pero nadie quiso moverse. De todas partes llegaban los gritos.

En el estrado brilló el negro de los fusiles.

- ¡Venga! ¡fuera!

Se hizo el silencio. Pedro quiso gritar otra vez, pero alguien le tapó la boca, arrastrándole hacia la salida.

Ya en la calle se le acercó el Rubio. Su mejor amigo.

- ¿Qué quies? ¿que nos maten a toos?

- Yo he dicho lo que pensaba... y es la verdad.

- ¿Quién te manda pensar? ¿No sabes que lo hacen ellos por nosotros?

Se defendió:

- De ser hombres otra cosa hubiese pasao. No salen vivos de ahí.

- Lo que pasa es que andas majarón.

El Rubio se alejó. Los demás le siguieron. Estaba solo en la vereda. Desde entonces siempre estuvo solo.

Veraneantes con ropas de colores vivos se dejaron caer en las sillas pulidas, mostrando ostensiblemente que había subido al pueblo "para enseñarlo a unos amigos de fuera". Aún no le había dado tiempo de clasificarlos, cuando tocaron las palmas, llamando al camarero: unas cañas, hurta, camarones y la cuenta. Apenas vaciaron los platillos, se pusieron en pie, continuando su peregrinación por las calles silenciosas, pavimentadas de chinos y losas de Tarifa.

Esa gente no terminaba su noche en el barrio: la parte nueva, con luces de neón y rótulos ingleses había de atraerlos indefectiblemente. No volverían a la plaza en muchos meses, hasta que llegase otro amigo, otro forastero, preguntando "¿No hay nada típico?".

Por eso tenía que rebuscar en su memoria para recordarlos. No sabía sus nombres, pero casi todos respondían a una característica : la de los pelos largos, la de las propinas, la que le llamaban para darle una limosna, o aquel otro, porque le gustaba reírse de los borrachos.

Los jóvenes entraron por el sur. Tenían menos de veinte años y se contorneaban dentro de sus ropas de mala calidad, que imitaban pobremente la última moda, copiada de cualquier revista extranjera o importada directamente de la base.

La masa se hizo compacta, formando poco a poco una ronda interminable que giraba, siempre en el mismo sentido.

Pedro les siguió con la vista, mezclándose entre ellos de vez en vez. La muchachita de rosa había sido substituida por una cría delgaducha, de piel cetrina, que se movía con dificultad, arrastrando sus zapatos blancos de tacón, demasiado grandes. El aprendiz de chapista llevaba una blusa azul cielo, embutida en sus nuevos pantalones, increíblemente entallados.

De cuando en cuando, parejas recién formadas desertaban, perdiéndose en las bocacalles, para volver separadas por distintos caminos.

Antes apenas conocía la plaza. De mocito bajó algunas veces, para meterse con las muchachas, pero eran otros tiempos. Al piropo, seguía la bofetada o el silencio, y unos ojos clavados en el suelo como los de la Manuela. Ya crecido, se llegaba a casa de la Chocho Largo. Allí era seguro. Por unas pesetas le alquilaban una mujer. Había cuatro donde elegir y todo el mundo las conocía. Estaban corridas y viejas, pero a buen hambre no hay pan duro. Siempre se le representaron ángeles.

De casado sólo iba al pueblo para cumplir la obligación. Apenas terminado el negocio cogía el camino de vuelta.

Aunque alguna vez la corrió, pronto se le quitaron las ganas. Donde todos se conocen, todo se sabe, y aguantar los morros de la Manuela no era un plato de gusto...

Prefería reunirse en casa del Rubio, la única tienda del pago para hablar de la tierra, del tiempo y de las noticias más o menos auténticas e inteligibles que se escuchaban por la única radio del contorno, cogiendo, entre mil precauciones la emisora prohibida.

Entonces se pasaba el tiempo mirando al cielo, para pedir la nube necesaria en la sementera, y que se alejase aquella otra de pedrisco, capaz de terminar con la cosecha media criada.

El reloj de la alcaldía hizo sonar diez campanadas. Como una serpiente que elige su camino, se deshizo la ronda, deslizándose bajo el arco hacia la luz. El run de las voces fue apagándose. Surgieron carcajadas solitarias. Tacones apresurado repiquetearon bajo las sombras. Las hojas se movieron, impulsadas por la brisa. Pedro escuchó su roce, y la conversación de los viejos llegó hasta él perfectamente distinta. Un municipal desganado pasó distraído entre los naranjos, apartando con el pie burruños de papel, olvidados sobre el pavimento.

Pedro se desperezó, saliendo de la umbría. Sus alpargata rachearon, tremendamente audibles. Un viejo, que dormitaba sobre el tablero de formica, levantó la cabeza para verle pasar

- ¡Noches!

El ruido del motor se hacía intermitente al entrar en la veredas, roneando en vacío antes de detenerse. Pedro escuchaba sin un gesto, obstinándose en ignorar la realidad.

Después vinieron las máquinas, borrando surcos y camino, Al pie de la chumbera quedó un montón de tierratapia blanqueada.

Continuó rascando la tierra con su hazadón anacrónico. Los petardos atronaban el aire, haciendo escapar los pájaros. Los echaba de menos, porque su falta traía mala suerte.

Por las tardes, su mujer se acercaba, nombrándole los que se habían ido. No quería escucharla, porque cada deserción hacía el pago más pequeño. Un día quedó reducido a su islote.

Llegaron por la tarde. Justo dormitaba al pie del mimoso. Encarna, detrás de la casa, ayudada en la colada. Manuela preparaba el puchero en el *anafe*, y Jacinto correteaba, sin alejarse demasiado.

Porque se lo tenían prohibido.

Traían coche, corbata, y carteras grandes. Pedro oyó la voz de su hijo y salió a la puerta.

- ¿Qué pasa?

El brazo de Justo señaló a los forasteros.

- Te buscan....

El hombrecillo esgrimió un papel en su mano blanda.

-Es una orden del Juez. Venimos a ejecutar el desahucio.

Algo por dentro se endureció. Casi sin abrir los labios lanzó su reto.

- ¡Empiecen!

Dos municipales se adelantaron, seguidos por los muchachos de la camioneta. Esperó que estuviesen a su altura. No sentía miedo. Ni siquiera de los uniformes que siempre le habían impresionado. Manuela se acercó por detrás, rodeándole con sus brazos.

- ¡Por mis hijos, Pedro!

La rechazó de un empujón. Después, el puño salió disparado hacia adelante. El municipal cayó, manchando el uniforme de barro y estiércol. Luego le tocó al otro. Iba a continuar pero ya no había nadie. Los chicos de la camioneta retrocedían, mientras los del juzgado trotaban hacia el automóvil.

- ¡Se acordará de lo que acaba de hacer! - gritó uno de ellos, refugiándose tras la portezuela.

Pedro se encogió de hombros.

La calle se retorció bajo el blanco de las fachadas. Un grupo de chiquillas formaba corro, bailando al son de las palmas, el pico de la falda recogido con coquetería. Cruzó entre ellas sin verlas siquiera.

- ¡Ojú! ¡la que lleva el gachó! - exclamó la más pizpireta, mirándole con descaro.

El son reanudó a su espalda. Letrillas de otros tiempos que hablaban de serranías y balas de paqueo saltaron al aire, como si nunca hubiese pasado nada.

La Virgen sonreía en lo alto. Una sonrisa eterna que ni siquiera nublaba en honor a los muertos anónimos, depositados frecuentemente tras la puertecilla del “depósito municipal”.

Cruzó bajo el arco. El olor del mar se hizo penetrante. A la derecha, tres lanchas dormidas bajo el relente esperaban que alguien quisiese echarlas al agua. En frente, un banco de carpintero sobre su alfombra de serrín y viruta, junto a un bote que blanqueaba en los remiendos.

Siguió el muelle. Los barcos eran manchas oscuras alejada del malecón, por evitar que las corrientes los estrellasen contra la muralla. Un joven recogía los artes, preparándose para la madrugada. Era un superviviente, quizá el último pescador que criase Trujena.

En otros tiempos salió a la mar. Cuando los años malos La Comisaría de Abastecimientos recogía la cosecha y el precio que daba no alcanzaba para comprar de estraperlo. A veces no podían llenar el puchero. Entonces bajaba al puerto de madrugada, alejándose a bordo de cualquier motora. Se tiraba tres días en el horizonte, siempre preocupado por la Manuela que quedaba en tierra, sacando adelante el huerto y la familia

Arrastraban por la bahía o frente a Trafalla. Allí sobraba la pesca, pero el hambre tenía que apretar para que se acercasen al cabo, porque debajo del acantilado, entre las rocas, estaban los huesos de muchos conocidos, presos en un casco de madera por culpa de cualquier levante.

El muchacho saltó a tierra alejándose hacia la población Con una mirada de desprecio fijó la lancha deportiva, que buscaba resguardo junto a la playa.

Pedro siguió adelante, escuchando las olas, que se estrellaban al otro lado. Un camino muy ancho, marcado por la luna, tocaba el cielo.

Los pies colgando sobre el agua de plata, vagó hacia el infinito.

Las botas resonaron clavándose en el cemento. Le cegó el haz de una linterna. Venía de lo alto junto a una voz sin rostro.

-¡Tú! ¿Que haces ahí?

- Ná, señor.

- ¡Pues ahueca que no son horas de rondar la costa!

Se levantó despacio. Las manos en los bolsillos, volvió hacia las calles, seguido por los pasos firmes del vigilante. La sombra de un tricornio se recortaba bajo el farol.

Los de la camioneta se sentaron tras la linde. Sintió deseos de acercarse, de preguntarles porque no se marchaban como los demás, pero no quiso abandonar su posición.

Vio levantarse uno de ellos. Paseaba nervioso, mirándole de cuando en cuando. Por fin se decidió, cruzando el portillo destruido.

Pedro tensó los músculos, siguiendo aquel avance solitario hacia la casa.

- ¿Podría beber agua?

-¿Buscas agua o una guantá?

-Agua. Tengo la boca seca.

Pedro se hizo a un lado.

- Si me has engañado te la ganas.

El desconocido sonrió.

-Esto, ni me va ni me viene. Vivo de los portes y hago los que me salen.

Le escuchó hablar con Manuela. Por el rabillo del ojo siguió al intruso hasta la tinaja, colocada al fresco, bajo la ventana. El cacillo de metal se hundió. Los goterones chorrearon por la camisa sucia del transportista. Manuela vigilaba, sentada junto a la camilla, el Jacinto en la falda.

El camionero se secó los labios con el revés de la mano.

-Señora... yo quería decirle... que muchas gracias. Que su marido es un hombre. Lo que está haciendo debiéramos hacerlo toos, porque ya quema la sangre tanto abuso. Pero nos falta coraje... y yo lo sé, aunque no puedo expresarme. Sé que lo que hace también es por mí, por mis hijos. No puedo explicarme pero lo sé.

Manuela contestó secamente.

-Será él quien vaya a la cárcel. No los demás.

Pedro despidió al desconocido con un apretón de manos. Sin comprender la razón, sintió que había encontrado un compañero.

La calle no tenía chinios ni losas. Sólo polvo, cortado por el barro del arroyo. El agua sucia seguía la pendiente, formando meandros y pequeñas lagunas como los ríos de verdad. De las casas surgían afluentes, inundando cauces labrados por el tiempo. Voces destempladas de mujeres, gritos de

chiquillos y chocar de cacharros se mezclaban sobre un fondo de canciones y mar.

Iba por medio de la calzada sin temor a los coches. Pocos cruzaban el barrio, sembrado de obstáculos yesquinas infranqueables. Se detuvo ante un anuncio de Fanta. Dos mesas de madera renegridas por el tiempo y el vino se apoyaban en la pared. La puerta, con cuatro cristales y pintura marrón resquebrajada, cedió rechinando agudamente.

Humo, olor a mosto del año, y pieles de altramuces formando alfombra. Se acodó en el mostrador.

-¿Qué va a ser?

-Échame un cuarto.

El botellín chocó contra la madera. Pedro bebió de un trago. Metiendo la mano en el bolsillo, recontó las monedas.

-Otro.

Saboreó aquel vino, salpicado de impurezas, quería prolongar el placer. Un hombre avanzó hacia la entrada, dando tumbos. Se apoyó en la pared, yabrió la puerta de un tirón. Su cuerpo se alargó sobre el barro ceniciento. Desconocidos se acercaron, levantándole penosamente. Otra vez sobre sus piernas se alejó calle abajo, rozando las fachadas.

Esta vez el coche no vino solo. Le acompañaba un jeep de la Guardia civil. Los señoritos siguieron al grupo de uniforme.

- Vamos ¡No se ponga usted con malos modos! ¡Está entorpeciendo la labor de la ley!

-Ya se lo dije ¡Échenme!

-Fue entonces cuando Justo se colocó a su lado. También cerraba los puños, fijo en los intrusos. Le apartó de un empujón.

- ¡Ya te estás quitando del medio! ¡No es cosa tuya...!

El chico volvió a su lugar. Una mirada fría, de hombre, contrastaba con su cara de niño.

- También soy capaz de defender mi casa cuando se encarta. Fue Manuela quien le arrastró a la cocina. Entre ella y Encarna le sujetaron junto a la tinaja.

-¿Deja entrar a los de la camioneta y se larga?

- ¡No!

-Es una orden.

- ¡Y una mierda!

La pistola apenas brilló bajo el sol. Pedro sintió una quemadura en la pierna derecha. Se caía indefectiblemente. Toda su voluntad no bastaba para mantenerle en pie. La culata de un fusil se le hundió en el pecho. No recordaba nada más.

Cuando despertó, estaba en una sala de camas blancas. Un hombre amarillento, con cara de calavera, le miraba desde el otro extremo por sus ojos brillantes de fiebre.

-¿Te han endiñado? - dijo, a guisa de saludo.

Pedro contestó con otra pregunta:

- ¿Y esto que es?

-La sala de infecciosos del hospital.

- ¿Quién me trajo?

- No sé. El portero dijo que la Guardia civil, pero aquí viniste de la sala de operaciones.

Quiso levantarse, pero la pierna le dolía demasiado. Entonces gritó. Apareció una monja.

- ¿Esto qué es?

- Quiero irme ¡están tirando a la calle mi familia! ¡tengo que irme!

- ¡Cállese inmediatamente! ¡Hay otros enfermos!

- ¡Yo no estoy enfermo!

- Muy sano no andará cuando le trajeron aquí.

- ¡Quiero irme!

Y siguió gritando:

- ¡Que llamo a Tomás!

- ¡Llame a quien lo dé la gana!

La monja apretó un timbre. Un viejo carcomido, la bata sucia de sangre y aceite, penetró en la sala.

- ¿Qué pasa, hermanita?

- Éste, que debe estar loco.

Tomás se acercó a la cama. Le cogió el brazo colocándoselo tras la espalda. Pedro sintió un dolor más agudo que el de la pierna. Volvió a gritar.

- Si no callas te dolerá el doble.

Bajó la voz.

- Pero díganme. ¿Por qué me han traído aquí?

- ¿Tú no tuviste un cisco con los civiles?

- Sí... pero pá eso está la cárcel...

- En la cárcel no hay hospital. Te aseguro que no estás por nuestro gusto. Nos sobra trabajo. Pero siempre es mejor que la celda. Así que aguanta, y espera.

- ¿Cuándo podré ver a mi mujer?

El desconocido se encogió de hombros:

- Eso pregúntaselo a ellos. Yo tengo orden que por ahora no recibas a nadie.

- ¿Sabe usted como terminó la cosa?

Tomás se encogió de hombros.

- No es asunto mío.

Después le dieron una pastilla y se durmió, soñando que estaba en el huerto y que reñía a Justo, porque había olvidado buscar el verde para los conejos.

El botellín estaba vacío. Dejó las monedas que le quedaban en el mostrador. Por una vez la cuenta salió redonda.

El tabernero se apresuró a recogerlas, contándolas con rapidez.

- ¡Con Dios!

- Estiró la mano hacia el picaporte pero se cerró en el vacío. Volvió a intentarlo desde más cerca. Los dedos resbalaron, acariciando la superficie lisa del cristal. Tanteó. Madera, masilla, otra vez madera. Por fin, el frío del metal. El picaporte se movió lentamente.

Arrastrando los pies se acercó al escalón. No quería dar de bruces en el arroyo como el desconocido de poco antes.

El desnivel de la calle le hizo tambalearse. Se acercó a las fachadas hasta tocarlas con el hombro. En la esquina se detuvo para tomar impulso. Debía marcar una línea recta en el vacío hasta la pared de enfrente. Abrió los brazos, manteniendo el equilibrio. Uno, dos, tres, cuatro... Su cabeza chocó contra el barrote de un cierro.

Dobló. Cinco o seis pasos más allá estaba la casa de Tía Justa. Apoyó la espalda contra la pared los ojos perdidos en el infinito. ¿Por qué vivía allí, en un cuartucho sin aire, entre olores y riñas de vecinos?

A la mañana siguiente llegaron los guardias. Traían una máquina de escribir y muchos papeles. La monja puso una mesita a los pies de la cama, y trajo una silla barnizada, procedente de la dirección.

El del galón rojo hizo girar el carro, incrustando la hoja de papel. Nombre, apellidos, domicilio...

Después vinieron las preguntas. Pedro no comprendía donde iban a parar. La cosa era sencilla. Le quitaba su casa, su tierra, ponían a su familia en la calle, y él se defendió, como ellos hubiesen hecho en el mismo caso. Como los ricos, cuando la reforma agraria, que hasta formaron una guerra para conservar lo suyo. Y eso que tenían más cosas... Podían irse al extranjero para vivir como reyes. Lo había oído decir, y casi lo vio. Pero los infantes no. Sólo tenían aquel trozo de tierra, que les vino de toda la generación.

No, nadie le dijo que se resistiese. No sabía lo que era consigna ni tuvo cargos en la casa del pueblo cuando joven, porque él no sentía esas cosas. Eso sí, se alegró como los demás cuando a los ricos se le quitaron la tierra que tenían abandonada, para que trabajasen los pobres. Pero él no sabía nada de políticas.

Le leyeron el papel. No entendió. Ni siquiera sus contestaciones estaban claras. Había dicho sencillamente la verdad, lo que pensaba, pero no era lo mismo. Le explicaron que al contrario. Que ahora todo estaba claro, que debían interpretarle para el que el juez le entendiese, y firmó al pie del escrito, como le mandaron.

Preguntó por Manuela, por sus hijos.

-No se preocupe. Están bien.

-Pero ¿dónde?

-Ya se enterará.

Y se marcharon.

Poco después llegaron paquetes. Comidas y cigarrillos. Esto le alivió un poco. El enfermo desconocido se acercó.

-Me darás algo, que yo no tengo quien me atienda ...

Dividieron en partes iguales los garbanzos, el trozo de tocino y el paquete de picadura. Después de aquel primer almuerzo, su compañero, silencioso y hostil, se convirtió en amigo.

Cuando le dejaron andar por la sala solía sentarse al borde de su cama, para escucharle. Siempre tenía algo nuevo que contar. Un gesto inédito, surgido del pasado, una historia olvidada. Tenía mucho corrido por las casas de trato, tanto, que sus pocos años se multiplicaban al infinito.

El día en que Pedro recibió el alta lloró como un niño.

- Ya no me queda nadie... no verá a nadie porque ando muy malo. Se despidieron con un apretón de manos y lágrimas en los ojos. Pedro se volvió desde la puerta, para enviarle un último saludo. Los

guardias empujaron, impidiéndole esperar la respuesta.

Le llevaron al juzgado. Manuela estaba en el porche con la Encarna. Apenas le vio se puso en pie, saltándole a cuello.

Un guardia les separó.

- Ahora no, señora, cuando salga.

Cruzaron el pasillo oscuro, con olor de papeles viejos y tinta derramada. El juez estaba en su despacho. Con una señal despidió a los policías.

-He decidido sobreseer su causa.

- ¿Estaré mucho tiempo encerrao?

-No estará nada. Basta con dos meses de hospital.

- Pero entonces...

- Queda libre. No tenía antecedentes penales y no es necesario un escándalo. Váyase. No arme más líos ¡y déjenos en paz!

- ¿Y lo de mi casa?

- Olvídese. Olvide el campo y lo que pasó ¡que no me entere que anda con cuentos!

El juez llamó. Un ujier respetuoso cruzó la sala.

- ¡Llévatelo!

Pedro se sintió arrastrado hacia el pasillo. Manuela le cogió del brazo.

-Anda. Vamos.

- ¿Ande?

- A casa.

- ¿Qué casa?

- De Tía Justa, donde vivimos.

- ¿Por amor de Dios?

La mujer no contestó. Fuera estaba el aire, con olor a naranjo. Siguió el camino, escuchando apenas los pequeños discursos de felicitación que le prodigaban viejos conocidos, entre abrazos y palmadas. No quería mirarlos a la cara. Por eso, agachó la cabeza ocultando los ojos. Tenía la impresión de pertenecer a otro mundo.

Los chiquillos le abrazaron, riendo como si se tratase de una gran fiesta. No pudo aguantarlo.

Dando media vuelta, salió a la calle. Los pies se hundieron en el barro que humedeció las alpargatas. Anduvo largo rato sin detenerse para recalar en una taberna donde las caras eran extrañas.

- ¡Ponme un cuarto!

Cuando despertó estaba en el huerto, durmiendo bajo el mimoso. De la casa sólo quedaba un montón de escombros. A lo lejos sonaban las máquinas y no había pájaros.

Apoyó las manos en el suelo para levantarse. Un cristal le cortó la piel. A su lado, brillaban los restos de una botella, estrellada contra el árbol.

Volvió al pueblo con la cabeza pesada. Aún le quedaba algún dinero. Compró un cuartillo y tabaco para llevarlo al hospital.

Tomás estaba en la puerta, como de costumbre, luciendo la bata manchada de sangre vieja.

- ¿Otra vez por aquí?
 - Traigo esto p'al Anselmo.
 - Dámelo si quieres, pero ya no está.
 - ¿Se escapó?
 - P'al otro mundo. Apenas te fuiste se rebanó el cuello. Cuando entramos too estaba manchao de sangre.
- Bebieron el mosto a la salud del cadáver.

La luna había terminado su recorrido. Todo estaba negro bajo la capa de estrellas, que se multiplicaba alrededor de la nebulosa. Pedro se apartó de la pared, ensayando unos pasos hacia el centro. Una rama de brisa lamió su chaquetilla y sintió frío. Lo peor de la jumera había pasado.

Con pie firme dio la media docena de pasos que le separaban del portalón. El arco se habría sobre la oscuridad aún mayor del patio. Los chinos se le clavaron en los pies como si fuesen agujas.

Se acercó a su puerta. Entre las tinieblas creyó ver una sombra sentada junto al quicio.

II

Manuela cerró el armario. Había dejado el cubo perfectamente limpio y la escobilla en su sitio. Todo listo para una inspección. Meció los riñones, apoyando las manos en la cintura. Cada día le dolían más los huesos con el trabajo, y su espalda se encorbaba sensiblemente. En cualquier momento se darían cuenta que no rendía como antes, y la pondrían en la calle. Entonces sólo quedaba el peregrinar de casa en casa, haciendo el lavado. Quizá hasta ganase igual o más, pero era una lástima, porque le quitaban el seguro cuando aún no había cumplido la edad del retiro. Se acordó de la Virgen.

-¡Que no pase ná mientras el chiquillo no venga de la mili!

El autobús había pasado hacía un momento. Tendría que esperar media hora. El tiempo de hacerse el camino andando. Hundió los pies en la tierra de la cuneta. Los edificios blancos, perfectamente cúbicos, iban quedando atrás, mientras pasaban coches de muchas plazas conducidos por extranjeros de uniforme. Cruzó el puentecillo de madera sobre el tubo de la calefacción. Un guardia de casco blanco le indicó que debía detenerse, para dejar paso al haiga.

La carretera se extendía recta, cortada por pistas de igual anchura, que se perdían buscando la alambrada. En el fondo, cuarteles, lavandería, teatro, gimnasio, todos blancos y uniformes. Un jeep de la policía militar le adelantó. La antena del transmisor surgía de la ventanilla.

Allá, lejos, continuaba el campo. No habían surcos, ni ranchos, ni chiquillos. Las colinas estaban en su sitio y el olivar de D. César, como si nada hubiese ocurrido, porque todo estaba por dentro, por debajo: galerías y casas de cemento, para poner aquellas bombas de que tanto hablaba la radio.

Incluso el mimoso estaba en su sitio. Se había desperdigado, dejando que las ramas creciesen a su gusto. Ahora debía tapar hasta el rincón de la casa, y hacía mucho tiempo que el cañaveral se extendió a las cochiqueras. Casi todas las tardes se paraba mirando hacia aquel sitio. Durante un rato se veía en el pasado, riendo a hijos, peleando con Pedro, o limpiando las papas recién sacadas.

Cuando vinieron aquel día tuvo miedo, y aunque pensaba como su marido, hubiese dado cualquier

cosa por quitarle de la puerta, dejándolos entrar: él se empeñó en quedarse cuando todos se habían marchado.

El pago fue desgranándose, para hundirse en los barracones de la Almadraba, donde cayeron los que no tenían donde ir. Hubo listos que salieron ganando, débiles que se dejaron llevar, y tontos como Pedro, que se empeñaron en defender lo que estaba perdido apenas puso el Gobierno sus ojos en aquella tierra.

No lo negaba. Se alegró de ver al guardia en el suelo, porque con él yacía sobre el estiércol toda una raza. La que mató a su padre, al terminar la guerra, porque le querían demasiado en el pueblo. La que durante años tuvo comida de sobra mientras sus hijos se morían de hambre. Pero sabía que después llegarían más, que el triunfo de la desesperación apenas podría mantenerse unas horas, y así fue.

Cuando sonó el tiro lo estaba esperando. Pedro cayó poco a poco, como un cómico representando la muerte. Se vio a sí misma, llorando sobre el cuerpo desmayado, y al guardia, arrancándola de un tirón, que la hizo chocar contra el lebrillo.. Apenas sintió dolor y se volvió contra ellos. ¡Si hubiese tenido su fuerza!. Pero no la tenía, ni Justo, que se las apañó para dar una patada al hombrón en sus partes. Le vio retorcerse y también la culata del fusil contra las espaldas del niño. Y oyó una voz.

- ¡Déjale! ¡Es un chiquillo!

- Pero mi sargento, ¡ha pegao a uno del cuerpo!

- Es igual ¡déjale!

Después se quedaron solos con los forasteros que miraban desde arriba, hablando de otra forma. Se agitó entre los cacharros, amontonando el ajuar en el baúl y el armario de sus padres.

- ¡Venga! ¡dese prisa!

Y se la daba hasta aturrullarse.

- ¡Dense prisa!

Los de la camioneta entraban en la casa sin mirar a ningún sitio. Cargaban los muebles, como si no fuese con ellos.

- ¡Trabajo sucio! -murmuró el del agua, al cruzar junto al policía.

- ¡Tú! ¿que dices?

El hombre agachó la cabeza.

- ¡Na! ¿qué voy a decir?

La madera del armario crujió. Una pata cayó al suelo. El muchacho se detuvo a recogerla.

- ¡Vamos! ¡de prisa!

Todo estaba vacío. La casa quedó atrás, puertas y ventanas abiertas.

- ¡Suban!

Manuela obedeció, con el chiquillo en brazos.

-¿Les llevamos a la Almadraba?

-Si no tienen otro sitio...

Dio las señas de Tía Justa.

El vehículo se puso en marcha. Un ruido de vajilla rota siguió al choque de la caja contra los ejes.

- ¡Virgen del Rosario! ¡no nos dejes sin platos!

El ruido volvió a sonar.

Cuando entraron en el pueblo los chiquillos se reguincharon de la trasera. El ayudante golpeó las manos anónimas con una vara.

- ¡Irse por ahí!

Pararon frente al portalón. Manuela bajó sin esperar a que se detuviese el vehículo. Tenía que decírselo a la vieja, y la vieja no estaba al corriente.

De pronto, Jacinto rompió a llorar.

Tendió su tarjeta. El Americano -bandera nacional sobre casco blanco- hizo una señal, indicando que la salida estaba libre.

- Con Dios -murmuró Manuela, sabiendo, que no tendría respuesta.

El paso a nivel estaba cerrado. Se agachó, deslizándose bajo la barrera. El automotor hizo trepidar el suelo a su espalda.

Ya estaban encendidos los anuncios de neón. De los bares, surgía la música chillona del tocadiscos. Un grupo de borrachos le cortó el paso frente al ABC. La cara extranjera se acercó a la suya.

- ¡Guapa!

Manuela se apartó con un ligero encogimiento de hombros. El vino les hizo confundirla con una mocita.

Muchachos con cara de niños bajaban hacia el centro. No tenían barba ni malicia en los ojos. Pensó que en su pueblo jugarían a los bolindres y quizás alguno soñase con la primera novia. En el fondo, no tenía nada contra ellos, aunque por su culpa la hubiesen echado de lo suyo. Claro que aquello fue cosa de los mayores. Y le dio pena verlos acercarse a un grupo de mujeres, que les cogieron del talle, arrastrándolos tras la puerta opaca, destinada a ocultar un mundo nuevo, ignorado hasta entonces del pueblo.

Se cruzó con mujeres pintadas bajo trajes de fiesta. Una fiesta interminable que se extendía a lo largo de las noches, llenando hasta el alma del vecindario.

En los altos del *Tokio* dos muchachas se asomaban a la ventana, silbando el paso de los soldados. Gesto de niña con mirada de mujer.

El limpia apoyó su banquillo en la farola, instalándose para dejar correr el tiempo. No miraba hacia arriba. Aquello era fruto prohibido. Pero sí a los transeúntes, buscando al cliente. Su técnica era diferente. Sin gestos ni destellos. Podían preguntarle el nombre de las muchachas, y lo diría. Hasta era capaz de organizar el trato, porque para vivir, él vendía de todo. Incluso su propio cuerpo.

Manuela le saludó. Se conocían vagamente del barrio.

Al llegar junto a la obra cogió la bocacalle. Nadie había puesto luces ni adoquines en la zona de los pobres. Siguió la valla. Viviendas protegidas. Viviendas para obreros. “Entrada: cincuenta mil pesetas. El resto en cómodas mensualidades”.

Rió para sus adentros.

Otra vez las luces. Una en cada esquina como luminarias de cementerio. Al cruzar, se dejó un pie en el charco. La zapatilla se llenó de barro mezclado con excrementos.

Junto a la puerta estaba la Encarna.

- ¿Ande vas?

- A ca la Regli.

- ¡Vuelve pronto, que no me gusta que andes por ahí...!

- ¡Ya mismo! Si es pá llevarle un mandao del Justo.

La puerta de cuarterones blanqueados estaba abierta. El haz de luz caía sobre un trozo de patio. Tía Justa se agitaba frente a la hornilla de butano preparando la cena. Jacinto, tirado en el suelo, imitaba el ruido de un avión, cacheando, una lata con cuatro ruedas de corcho y alas de papel.

- ¿Y Pedro?

- Entavía no ha venio. Ya veremos cuando le da por encontrar la casa.

Manuela dejó la bolsa sobre una silla de nea. Poniéndose un delantal se acercó a la lumbre.

- ¡Ya ties bastante con el día!

- Deje usted, que anda muy vieja.

- ¡Pero valgo! que entavía no he cogio ni un mal resfriaio.

La tapa del puchero repiqueteo, empujada por el agua hirviendo. En la sartén chisporroteaba un puñado de morralla.

- He estao en el médico.

- ¿Qué hay?

- Ná. El Jacinto, que sigue con el catarro.

- ¿Dijo algo?

- Que le dé unas pastillas.

La vieja centró toda su atención en dividir las raciones de potaje.

Sólo quedaba rematar las costuras. Regli extendió el vestido, orgullosa de su trabajo. Lo entregaría al día siguiente y en buena hora, pues apenas quedaban unos duros en el cajón. La Petra dormitaba en su mecedora, recuerdo de tiempos mejores allá en el pago, descansando de su recorrido por media docena de casas. La tela chillona contrastaba con el traje negro de la muchacha y las medias de algodón. Los pies embutidos en unas zapatillas de fieltro, tremendamente pálida por su largo encierro, más parecía una viuda que una novia.

La vida se sucedió inmutable a través de las generaciones, hasta el paréntesis de la guerra. Esta terminó, y con la paz volvió la monotonía, de una tierra cultivada que rinde cada cosecha, y unos animales, reproducidos sistemáticamente.

Hasta que un día cambió todo. Hubo que recoger los bártulos y marcharse. Buscar trabajo por cuenta de otros, aprender a ser “bien mandaos”. Entonces le enseñaron de modista y su madre aprendió a fregar suelos y lavar ropa ajena.

Después vino lo del accidente. Les llamaron cuando estaba en la piedra con la cabeza abierta como una manzana. Dijeron que había sido un coche. Que se metió debajo y les dieron algún dinero. Se pusieron el luto y Regli dejó el taller para trabajar por su cuenta, en aquella casa de vecinos donde por amistad les cedieron un realquilado.

Ahora vivían una nueva monotonía. Clientes, despidos, órdenes. La monotonía de realizar mil veces el mismo esfuerzo sin alcanzar la seguridad del mañana.

Los tacones de Encarna se clavaron en el terrizo de la calle. Apoyó la mano en el cierro para cambiarlos por unas zapatillas. No le interesaba que la novia de su hermano conociese aquel tesoro, adquirido con una sisa sistemática en la entrega de las propinas. Su madre los hubiese recogido inmediatamente, armándole la bronca, porque a su edad nadie de la familia se había permitido semejante descoco.

Subió la escalera en la penumbra, procurando no tropezar en los peldaños desgastados. La puerta de Regli estaba abierta, porque de algún sitio debía entrar el aire en las habitaciones.

Entró sin saludar, sentándose en una silla de nea.

- Tengo carta de Justo.

Regli asintió.

- Yo también.

- Dice que te cuides. Que no trabajes mucho. Que apenas venga buscará trabajo pá casarse.

- De aquí a entonces tié que llover un rato. No vamos a meternos en la alcoba de mi madre.

- Bueno. Yo te doy el recaó.

- Y se agradece.

Encarna se levantó. No le caía bien su cuñada, y la cosa venía de antiguo. Antes de salir se despidió de la Petra.

- Hasta más ver...

Apenas traspuso la esquina volvió a colocarse los tacones, pasando apresuradamente una barra roja sobre sus labios. Diez minutos más tarde estaba en la parte nueva. Música, luces y mujeres estrepitosas que cruzaban apresuradas, desapareciendo tras las puertas macizas de un paraíso desconocido.

La boca de; extranjero se acercó a la suya.

- !Guapa!

Encarna hizo un regate, siguiendo su camino con la cabeza alta, la mirada fija en el horizonte. El muchacho continuó tras ella, murmurando una retahíla incomprensible. Le observó por el rabillo del ojo.

Se detuvo ante un escaparate. El desconocido hizo lo mismo. Pero cuando intentó acercarse, Encarna le esquivó hábilmente. Al llegar bajo el arco sonrió a su espalda. El americano se detuvo. Dudó un momento, volviendo sobre sus pasos. Como los demás extranjeros, evitaba colarse por el barrio indígena después que el sol había traspuesto el horizonte. La muchacha suspiró. El juego había terminado.

Rodeó la plaza. Alfonso la esperaba detrás de teléfonos.

- ¿Vienes a dar una vuelta?

- ¡No! Que está mi padre.

- ¡Pero si ni te ve! ¡con la que tiene!

- Que sí! Luego lo dice a oma y se arma... ¿no ves que salí pá un mandao?

- Bueno... ¿Cuándo podremos andar juntos?

La muchacha se encogió de hombros.

- De aquí a un par de años. Ya conoces a los de casa.

Se levantó muy despacio, procurando no despertar al Jacinto que dormía en su regazo. De puntillas, evitando los pocos muebles por instinto, se acercó a la percha, descolgando las sayas y el abrigo largo, raído por muchos años de usó. Antes de

Salir cogió un trozo de manta para cubrirse del relente. Fuera brillaba la luna. Se sentó en el quicio, dejando caer la espalda contra el muro de tierratapia, que aún rezumaba humedad. Una música de

ronquidos sordos surgía de todas las puertas

Tenía que decírselo a él, al culpable. Al fin y al cabo los demás callaron por respeto, aguantando su cabezonada, y lucharon por salir adelante. Desde que salió del médico no pensaba en otra cosa. Darle un castigo por todas las borracheras, por todo el dinero tirado, cuando hacía falta para comer, por haber tenido orgullo de señorito, siendo un simple trabajador.

Cuando fue a consultarla ya no había remedio. Desde arriba tenían echada la suerte y sólo cabía ceder. Marcharse, cogiendo las pesetas que quisieran darle, como hicieron los otros, y ponerse al trabajo porque nació pobre, agachar la cabeza como le correspondía, pues mandar es privilegio de los ricos. Se lo dijo claro, pero él no quiso atenderla. “No tía, defendiendo lo que defendió mi padre y mi abuelo, y lo defenderé siempre. ¡Si la familia no somos más que ese trozo de tierra!”.

Le dio razones, vueltas, hasta que se fue alevantao, gritando que parecía mentira oír hablar de aquella manera a la hermana de Justo Infantes el *Muito*.

Después, vino lo que tenía que venir. La Manuela con el chiquillo en brazos, Justo y Encarna agarrados a las sayas, y los muebles, desperdigados en un patio de vecindad.

Al salir del hospital tampoco quiso escuchar razones, aunque le dejaron libre como un pájaro, cuando debían haberlo metido en la cárcel. No buscó trabajo. Ni lo intentó siquiera. Se metió en la taberna, él, que ni lo probaba, enviciándose sin vergüenza de pedir a su mujer, que lo estaba ganando, o quien fuese, con tal de procurarse un cuartillo. Pronto se supo en el pueblo que Pedro se había tirado a limosnero, deshonorando su casta. Se lo echaron en cara, y no hizo caso. Manuela, que era el burro de carga, intercedió, y así pudo quedarse en el cuarto, con el puesto en la cama y el plato de comida seguros.

Las más de las veces no hablaba. Llegaba cuando quería, y salía si le daba la gana, sin que nadie le echase cuenta. Otras le daba por decir cosas de esas que no pueden mentar los pobres, muy tranquilo, muy despacio, como si estuviese discursando en la plaza en tiempos de la República.

Igual lo hacía en la calle, y no le metieron mano, porque nadie le atendía. Se reían y le daba lo mismo. Era capaz de hablar durante horas, apoyado en un árbol o frente a la costa, como si los peces pudiesen comprenderle.

Por lo general agachaba la cabeza y sólo movía la lengua para pedir un trago, o que lo hiciesen sitio a la hora de dormir.

Le vio tambaleándose en la plaza, cogiendo de lado a lado la calle principal, sin fijarse siquiera en los coches, o riendo como un estúpido cuando ella le echaba en cara el mal que estaba haciendo, y le pedía que se fuese a cualquier parte, lejos de su gente, que tenía honor y dos manos para llenarle la barriga.

Nati salió de entre las sabanas, bostezando ruidosamente. El despertador había sonado a la hora de costumbre, sin hacer el menor efecto sobre Filo, que continuaba roncando en su parcela de colchón.

Se acercó a la ventana. El sol lanzaba sus últimos destellos sobre la calle desierta. Con aire cansado se acercó al espejo, examinando su cara lavada y sin cejas, con la huella de años no cumplidos.

El agua borboteó al caer en la palangana. Cuidadosamente, fue repasando cada centímetro de su piel, en un fregado concienzudo.

- ¡Paca! ¡Paca!

Una mujer gorda, de muchos años, salió de la habitación contigua.

- ¿Qué quieres?

- ¡Trae más agua!

Desnudase sentó al borde de la cama, para zarandear a su compañera, que se revolvió entreabriendo los párpados.

- ¡Ojú! qué dolor de cabeza! Anda, dame un alcaserse.

Y Filo volvió a cerrar los ojos, escuchando el hervor de lapastilla, que se deshacía en un vaso de agua.

- ¡Como viniste anoche no me extraña...!

- ¿Qué quieres? Hay que ganarlo ¿no?

- Te vas a destrozar la salud y eso es lo que tenemos pá administrar.

Filo tragó la pócima con un gesto de asco.

- ¡Uf! ¡no está malo!

- Tenías que acordarte por la noche.

- Como anda la cosa cuando cae uno no hay que perderlo.

- Pues a ti te caen toos.

- ¡Gracia que tié la niña!. Anteayer el portón te venía pequeño.

- Una casualidad.

Entró la Paca, balanceándose entre dos cubos repletos de agua. El lebrillo se llenó hasta el borde, para recibir el cuerpo de

Nati, que se movió con la desenvoltura de una ninfa impúdicamente inocente.

- Me salió un novio.

- ¿Bueno?

- No sé. Por ahora lo parece. Me dio un par de los grandes y dice que volverá esta noche.

- Estas de suerte.

- ¡Bah! ¡Pá lo que duran!. Y al final, echando cuentas, vienes a salir por lo mismo.

- Pero te aguantan el estómago.

- Depende. Cuando les da por tragar entavía es peor porque no hay tongo.

- En eso no dices más que la realidad, pero se está tranquilo. Que no esperando toa la noche a un caprichoso... Me sigue doliendo.

- ¿Quieres otra pastilla?

- ¡Dámela!

- Las tiés al lao. ¡No me hagas salir ahora que cojo frío!

- ¡Pero si hace calor!

- Es por las corrientes.

Filo alargó la mano, buscando a tientas entre los numerosos objetos reunidos en la mesilla. Una media cayó al suelo. La Virgen del Carmen y el Niño con la cruz sonaron al entrechocarse.

- ¡Abre los ojos, chiquilla! ¿que no te morirás!

Filo hizo un esfuerzo. La luz se le clavó por dentro, martilleando en su cerebro. Entre las brumas

descubrió el tubo y un vaso lleno. La pastilla se deslizó suavemente hacia el fondo.

- ¡Ojú, mare mía! -suspiró la muchacha, tendiéndose de nuevo.

Nati chapoteó en el lebrillo. El agua se había cubierto de una baba blancuzca, formada por el jabón cortado, que se replegaba hacia los bordes, siguiendo las olas de un mar en miniatura.

- ¿Es que no vas a salir nunca?

- ¡Ya mismo!

La mujer se hirció, restregándose con la toalla, hasta dejar su cuerpo convertido en una enorme mancha roja.

- Dicen que es bueno para la piel.

- Yo no lo hago. Me pica luego.

- ¡Eres una floja!

Enfiló la ropa interior, y el traje de fiesta, que podía quitarse con un gesto, descorriendo la larguísima cremallera. Era azul celeste con volantes y escote pronunciado, dejando ver los hombros hasta el nacimiento del pecho. Tenía otros cuatro: naranja, verde, negro y amarillo, y los alternaba, cuidando de reponerlos a menudo. El vestuario absorbía la mayor parte del presupuesto, porque era un instrumento de trabajo, y el trabajo lo único importante después de sus hijos : dos chavales, recuerdo de amores pasajeros, que estudiaban en colegios de pago. Los tuvo porque le dio la gana y por que no se puede matar a nadie. Después que nacieron los quiso como a nada en el mundo. Para ellos seguía en la vida. Por darles la educación que ella no tuvo, con todo y ser sus padres personas decentes, acostumbrados a doblar la espalda de sol a sol. El día de mañana serían unos hombres de verdad, capaces de ganarlo y ¿quién sabe?, quizá hasta quisieran ayudarla...

Su única preocupación estribaba en durar ese mañana en condiciones para que no les faltase.

Se volvió hacia Filo

- Venga, niña. ¡Que se hace tarde!

Un quejido tenue fue la respuesta. Nati hizo un gesto de impaciencia, girando la barra de labios para hacerla salir del estuche.

- ¿Le digo al patrón que no vienes?

- ¡Ni hablar!

- ¡Pues tu verás!

Filo saltó de la cama, corriendo hacia la puerta.

- ¡ Paca! ¡Tráeme el agua!. -Se acercó al lebrillo, intentarlo levantarlo- Anda. ¡Ayúdame!

- Eso. ¡pá que se me caiga too encima y me quée sin ropa!

Filo hizo un gesto de impotencia, sentándose en la única silla de la habitación.

- ¡Digol ¡como que estoy pá perder los cincuenta duros!. No ¡si ties cá cosa!

Nati continuó mirando en el espejo la raya oscura que prolongaba sus pestañas.

- No sé. Creí que te ibas a dar la tarde libre.

Paca abrió la puerta, balanceando su carga.

- Venga, niña. ¡Aquí está el baño!

Dejó los cubos en el suelo. Con ayuda de Filo levantó el lebrillo sobre el alféizar. La muchacha asomó la cabeza, asegurándose que nadie ocupaba aquel trozo de calle.

- ¡Agua va!

Un ruido de cascada se apagó sobre la tierra prieta.

Los pasos vacilantes se acercaron, rodando algunos chinos. Justa levantó la cabeza espabilando el sueño.

Pedro se detuvo ante la figura acurrucada.

- ¡Andá! ¡si la vieja está esperando un ronco!

La mujer sintió que la sangre se le arremolinaba en la cara. Cogió un banquillo, tirándolo con fuerza. El proyectil aterrizó en el estómago de su sobrino.

- ¡Más respeto y a sentarte! Tenemos que hablar.

El hombre se instaló en el suelo, prudentemente alejado de la anciana.

- Desembuche. Sé que no me traga, pero yo a usted tampoco.

Y rió, colocando una mano sobre la rodilla de su tía que se apresuró a retirarla.

- Mañana no te ahumes. Ties que venir conmigo a ver al alcalde.

- ¿Y eso? ¿pá que me emplume?

- El Jacinto se muere.

Lo dijo así, con todas sus letras, como lo tenía pensado desde la tarde. Pedro se puso en pie. La ira nubló sus ojos enrojecidos.

- ¡Porque usted lo dice! ¡bruja!

- ¡Porque lo ha dicho el médico!

La expresión de Pedro cambió repentinamente. Su mirada se clavó en la vieja, intentando descubrir malicia o mentira. Poco a poco, la realidad se instaló en su cerebro. Se dejó caer, apoyando la cabeza en la falda de Justa. Esta se levantó bruscamente. La nariz aplastada contra el asiento de madera, inició un llanto quejumbroso de niño recién nacido.

- ¿Esto es un hombre? ¡más te valía matarte!

Cesaron los sollozos. Se puso en pie muy despacio, como si alguna fuerza extraña le impidiese recuperar el equilibrio. Ya no estaba borracho.

- Está bien ¿qué hay que hacer?

- Meterlo en un conservatorio o algo así -Justa rebuscó en su faltriquera, sacando el papel cuidadosamente escondido- Aquí está todo puesto.

Pedro encendió el mechero, acercándolo al recuadro blanco.

Las letras se convirtieron en signos extraños, que se entrecruzaban, sin detener su movimiento.

- ¡No puedo!

Tía Justa suspiro.

- Yo menos. En mis tiempos no se estilaba enseñar esas cosas a las mujeres.

- Podríamos llamar al Miguel.

- ¿Pero que hora crees tú que es? Los que trabajan andan dormidos hace tiempo.

- Mañana...

- Y tempranito, que sale a las cinco pála base.

La pareja se acurrucó en el patio, esperando el amanecer.

Acercó una cerilla a la funda de celofán. Las llamas rojizas iluminaron el porche, haciendo distinto el morado de la buganvilla el oscuro del tabaco curado en tierras de Cuba. El pequeño incendio se apagó, volviendo todo a la penumbra de una impotente bombilla, colgada en lo alto para evitar que la nube de mosquitos se arremolinase entre los comensales.

Una larga chupada hizo brillar la lumbre del cigarro, alejando las formas agrupadas en torno de la mesa.

D. Anselmo estaba satisfecho. Su trepadora llamaba la atención en la avenida, sus amigos eran los mejores, y su gestión constituía un éxito diario. Esto último, no todos sabían reconocerlo, pero daba igual, pues apenas se topaba con descontentos. Por las mañanas, tras la mesa de su despacho, y a veces en la calle. Encuentros fortuitos de los que se zafaba prestamente, con la ayuda de un guardia en los casos recalcitrantes. Eran gentes poco favorecidas por la suerte, a quienes hubiese querido ayudar. Pero ningún poder, salvo el de Dios, puede transformar la estrella de un hombre. Ellos la tenían mala y estaban obligados a soportarla. En cambio, serían favoritos a la hora de entrar en el cielo. Los que contaban en este mundo, bien merecían una vida más cómoda, sabiendo de antemano que el paso de un rico al paraíso es más complicado que el de un camello por el ojo de la aguja.

La luz de unos faros jugó con la enramada de la valla, cortando el ramaje de los arbustos. Sobre el olor de las flores llegó una bocanada de gasolina que nadie percibió. Ya estaban acostumbrados.

Se escuchó un frenazo y pasos sobre la acera. El grupo se detuvo, uniendo sus risas al roce de los neumáticos. Sí, estaban en una gran ciudad.

La recordaba de niño, cuando aún no habían descubierto playa, ni fabricado los chalets junto a la carretera, Y después, silenciosa y muerta en los meses de invierno, alegre durante el verano, pero siempre estática, detenida en el tiempo.

Llegaron los americanos. El milagro se realizó ante los ojos asombrados de una población, sin más horizonte que la cosecha y la pesquera. Casi de la noche a la mañana desaparecieron los barcos de madera, que hacían resonar su chap chap con la amanecida, la fábrica de conservas maloliente y los ranchos de techo pajizo.

En su lugar surgieron rascacielos, embarcaciones deportivas y salas de fiesta. Campesinos y pescadores se unificaron en una leva clase, ajena a los cambios atmosféricos y sólo dependiente del mercado de trabajo.

La vida cambié de ritmo y hubo que adaptarse. Fue de los primeros en hacerlo, transformándose en constructor sobre terrenos propios. Cuando estos se terminaron, compró otros. Viñas y huertas se convirtieron en solares. El rótulo de la vieja bodega desapareció con el negocio tradicional sustituido por una flamante inmobiliaria.

Entonces le nombraron alcalde. El gobernador le advirtió que su tarea sería complicada. Manchada por la maledicencia y la protesta. Le había elegido para desempeñarla porque supo demostrar su personalidad de hombre moderno, de nuestros tiempos, capaz de avanzar firme por el camino del progreso, sin detenerse ante escollos personales ni escrúpulos morales, pero, al mismo tiempo, capaz de mantenerse firme en los principios religiosos y políticos que constituyen la espina dorsal de la nación, ajenos, por supuesto, a su legítima ambición de medro personal en todos los campos, necesaria, según determinados dirigentes, para conseguir “una patria mejor”.

El pequeño discurso quedó grabado en su memoria constituyendo una especie de *credo*, que siguió fielmente al tomar con firmeza las riendas del mando. Gobernó como sus superiores deseaban que lo hiciese. Capeados los primeros temporales, consiguió asentarse. Hoy estaba seguro de haberse convertido en un elemento providencial e insustituible.

Todas las voces capaces de hacerse oír se lo repetían con insistencia. Le apreciaban en la base, en el

Casino e incluso entre los comerciantes, que reunían seres de todas las patrias y colores.

- ¿Me dejas salir esta noche?

D. Anselmo se volvió irritado. Le molestaba que le arrancasen con brusquedad a sus reflexiones de sobremesa.

- ¡No!

Pablo se rascó la poblada melena.

- Es que... había quedado y les va a sentar mal.

- ¿A quién?

- Unos amigos...

Dña Ramona intervino.

- ¿Qué clase de amigos?

- Los Martín... vamos con una chica de S. Jacinto.

D. Anselmo sacudió la ceniza sobre el geranio.

- No veo que podéis hacer. A esta hora hay pocos sitios abiertos que admiten muchachos de tu edad.

- Pero soy tu hijo...

- ¿Y eso que tiene que ver? -protestó la madre- Al revés. Debes dar el ejemplo. Y sobre todo, no mezclarte con gentuza.

- ¡Los Martín no son gentuza! -protestó el muchacho.

D. Anselmo pensó que tenía razón y que no era momento de incomodarse con la poderosa familia. Fulminó a su mujer con una mirada.

- No se te ocurra repetir lo que ha dicho tu madre. Además, no lo dijo por ellos. Fue por las muchachas.

- Si no voy, lo pensarán. A ellas también las conoces... bueno, a sus padres. Quieren ver el pueblo.

- Pero es... El alcalde hizo un gesto interrumpiendo a su mujer.

- Bueno ¡si sus padres les dan permiso! Pero que te vea entrar en su casa.

Pablo no se hizo repetir la orden. En dos saltos atravesó la cancela corriendo calle abajo. La mirada de D. Anselmo le siguió hasta desaparecer en el único jardín con piscina.

El alcalde volvió a su butaca, aspirando profundamente el aire de la noche.

- Yo no le hubiese dejado.

- Ni mi padre a mí. Pero los tiempos cambian. Tu no te das cuenta. Entonces éramos una familia modesta. Con un vivir, unas costumbres, y si me apuras hasta tradiciones. No nos conocía nadie, ni conocíamos. Todas nuestras relaciones estaban en treinta kilómetros a la redonda, y a las más importantes apenas las veíamos dos veces al año... Por Pascuas y el santo de la esposa, porque íbamos a felicitarles, sombrero en mano. Los viejos arreglaron nuestras relaciones, porque tu viña lindaba con la que iban a dejarme, y eso facilitaba el trabajo en la bodega. Como era de ley, nos casamos a su tiempo, tuvimos hijos y yo gasté muchas suelas intentando colocar el mosto a los vinateros de fuste, que apenas querían pagarlo. No teníamos coche, ni se nos pasaba por la cabeza comprarlo, viajábamos en tercera por ahorrar... Hoy me conocen hasta en Madrid. Vienen a verme, me piden favores que, como sabes, suelo conceder, y en el banco no se andan con remilgos para otorgarme créditos. Como es lógico, el chico conoce gente distinta a la que tratábamos a su edad. Tienen otras costumbres, otra forma de ver la vida, y como andará siempre entre ellos, no le queda más remedio que aprender.

- ¡Vicios es lo que sacará! -murmuró la mujer, suspirando a la luna.
- Es posible. Y también virtudes. Otra manera de vestir, lo sentarse, y hasta de pensar.
- Y buenas melenas. Llevo una semana mandándole al barbero.

D. Anselmo se recostó contra el espaldar de mimbre.

- ¡Déjale! Es una moda. Ya irá pasando.

Las manos de Dña Ramona se alzaron a impulsos de un suspiro.

Los Martín esperaban agazapados tras el seto.

- ¿Como te las apañaste?

Pablo hizo un gesto de superioridad.

- Ya sabéis que en casa hago lo que me da la gana.
- ¡Pa eso eres el hijo del alcalde!

Salieron por la puerta de servicio, evitando cuidadosamente las ventanas abiertas del salón. Después corrieron hacia la playa.

- Por allí no pueden vernos.
- ¿Y si nos ven qué van a decir? ¿que andaban detrás de una fulana? Porque misa a estas horas y en la zona no creo que se celebre.

Un guardia urbano se cuadró ante Pablo.

- ¡Oye! Ese te ha conocido.

¿Y qué?! cualquier día va con el cuento! ¡mañana!

Porque a mí, de casa, no pueden echarme, pero a él, de la Alcaldía, cuento que se me meta en el coco.

Puri miró hacia la puerta, distinguiendo las sombras tras la tela metálica.

- ¡Vaya! creí que no pensabais cobrar.

Hablaba con un ligero acento catalán, pronunciando lentamente cada palabra. Bajita, rechoncha, de rasgos extremadamente vulgares y piel blanquísima, intentaba parecer elegante, evitando el lenguaje de sus compañeras e imitando maneras aprendidas en las películas de princesas. Única forastera ajena alceceo regional, se había ganado el respeto de las chicas y del amo, a quién sustituía regularmente tras la caja. Filo agachó la cabeza.

- Es culpa mía. Anoche salí hartita y hoy no podía levantarme.
- Pues ¡por poco!, que si llegáis una hora más tarde no os cuenta la noche.
- Ya no pasará más -afirmó Nati, con convicción.
- Bueno. Eso espero, Si no tendré que decirlo, porque esto no puede estar desarreglado. ¿Quién evita que entren de pronto quince o veinte? Y hay que atenderles...

Nati y Filo callaron, plantadas en el centro del local, bajo la mirada entre guasona y conmisericordiosa de sus compañeras.

- Sentarse ¡pero que sea la última vez!

Se hizo el silencio. Un silencio pesado. Filo se dejó caer sobre la mesa, reanudando el sueño interrumpido.

Voces masculinas llegaron desde la calle.

- ¡Peggy!

Una muchacha pelirroja se levantó, acercándose a la barra.

- ¡Toma! Pon un disco.

- ¿Cual?

- Da lo mismo !que sea movido!

La moneda desapareció en la ranura.

Subieron la cuestecilla, pegándose a las fachadas. El soniquete del tocadiscos llenaba el aire de ritmos, que se mezclaban en una amalgama insoportable, cortada de cuando en cuando por el claxon de un automóvil.

Se llegaron a *La Torre*. La Pepi ocupaba su sitio tras la barra. Las chicas reían estúpidamente, guardando el silencio de una mente vacía.

Apenas descubrieron a los muchachos, los ojos se posaron en sus cuerpos delgaduchos, a medio hacer. Pablo se colocó en cabeza del grupo, continuando hasta el salón de baile sin mirar a los lados. La orquesta tocaba lánguidamente para una sala desierta.

- No hay nadie.

- Entonces... ¿qué hacemos?

- Irnos a otro sitio. Está demasiado aburrido.

Cruzaron otra vez ante las muchachas, que redoblaron su esfuerzo, dispuestas a retenerlos con miras al descorche.

- ¡Están como las gallinas!

- Lo que son ¿o es que no sabes francés?

Los chicos rieron a coro. Una morenita de aspecto aniñado se colocó ante la puerta. Pablo la cogió de la barbilla, apartándola suavemente.

- ¿Ya no te acuerdas de la otra noche?

- Por eso, rica.

El ruido del mar dominó los otros.

- ¿Y si entraremos en *la Cubana*?

- Es aburrido.

- Pero allí podemos esperar que esto se anime.

Carlos Martín aprobó.

- Hay una gitana que ¡ya, ya!

- Ándate con ojo. Mi padre dice que no pasan registro mientras pueden porque traen enfermedades de raza.

Su amigo se encogió de hombros.

- ¿Crees que me la puen dar? !no tengo yo vista!

Carlos tiró del picaporte haciendo chocar el bastidor contra la fachada. Las maderas crujieron con

vibración de tela metálica.

Atravesaron el local con paso firme.

- ¿Qué queréis?

- Cuba libre -respondieron a coro.

Apoyando la espalda en el mostrador, repasaron el género. Luis no pudo evitar que se le bajasen los ojos al encontrar de frente los de una mujer. Disimuló como pudo. Por nada del mundo hubiese confesado a Pablo que se trataba de su primera salida.

- No saben ni por donde se andan -murmuró Filo.

- Creo que el larguirucho es hijo del alcalde. Algunas noches se le ve por ahí.

- ¡Pues se acabó! Buena gana de merterse en líos con menores.

Filo alzó los hombros.

- Me da lo mismo. Algo tendrán pá invitar, digo yo.

Se dirigió hacia el grupo, afrentando abiertamente al muchacho.

- ¿Me das un cigarrillo?

Pablo enrojeció. Metiendo la mano en el bolsillo del pantalón, rebuscó afanosamente el paquete de *Chester*. Cuando acercó la cerilla, le temblaba la mano, tanto que casi se quemó los dedos antes de alcanzar su objetivo.

- Tengo sed.

- ¿Qué quieres tomar?

Filo se dirigió a la Puri.

- Ponme un whisky.

Carlos hizo cuentas mentalmente. A ese paso pronto terminarían la noche.

- ¿No prefieres otra cosa?

La muchacha se revolvió, visiblemente ofendida.

- ¿Pero con quién te crees que estas hablando? Yo r tomo porquerías.

- Sirva... sirva -se apresuró a ordenar Pablo, sintiéndose tremendamente ridículo por culpa de su amigo.

- ¿Vamos a la mesa?

Los muchachos recogieron sus vasos dejándose llevar. Una botella de *White Label*, que nadie había pedido, ocupó el lugar de honor.

- ¡Tira esa porquería! -exclamó Nati, derramando el cuba libre en el suelo. Como obedeciendo a una señal, Filo y Peggy repitieron su gesto.

Los chicos reían, excitados por las caricias leves de sus compañeras. Cada vez más nerviosos, se llevaban la copa los labios, encontrándola siempre llena. Ya no se preocupaba de reclamar agua o soda. El licor puro quemaba por dentro, nublando aquel extraño mundo. Luis sintió ganas de vomitar. Se levantó torpemente, dirigiéndose al lavabo.

Nati le siguió

- ¿Donde vas? -inquirió Puri, severa.

- A echarle una mano. En el fondo me da pena.

- Pero nada más ¡eh!. Que no queremos líos con la policía.

Luis ya estaba devolviendo cuando la mujer empujó puerta del reservado. Le cogió la cabeza, evitando oportunamente que cayese sobre el urinario. Cuando la última bocanada se derramó sobre la loza, le sentó en el borde de la bañera, incomprensiblemente instalada en aquel servicio, Humedeciendo una toalla le alivió la frente.

El chico bajaba la cabeza, rojo de vergüenza.

- ¡Bah! ¡No te importe! Esto les pasa a muchos.

- Pero los otros están tan panchos.

- ¡Ya caerán! Lo que pasa es que son mayores.

Nati le acarició de otra manera. Como a un niño, evitando cuidadosamente esos puntos sensibles que antes habla magullado. Sin saber por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquel muchacho era casi como su hijo. No. No le gustaría verle en semejante trance.

- ¿Por qué vienes a estos sitios?

Luis levantó la cabeza sorprendido.

- Porque soy un hombre ¿no?

La mujer sonrió.

- Por ahí dicen eso. Que los hombres necesitan mujeres, y que esas mujeres se compran. Y es verdad, pero no te lo creas. Muchos de los que vienen aquí cada noche, y nos buscan, de machos no tienen nada. Te lo digo. Llevo tiempo en la profesión. Déjate de estos asuntos. Si luego te gustan ¡y tendrás tiempo!. Pero ahora no vengas por el barrio. Sólo sacarás borracheras y alguna enfermedad si te descuidas.

Luis la miraba con los ojos muy abierto. Nunca le hablaron de aquella forma en su casa. Le decían que las mujeres de los bares eran malas, que no se debía andar en contemplaciones con ellas, porque perdían a los hombres, y también escuchó a los amigos de su padre cuando presumían, sacando cuentas de las que se habían cargado, como si fuesen cosas...

- ¿Y tú? ¿no querías venir conmigo? –suplicó, sin saber muy bien donde se encontraba.

Nati negó con la cabeza.

- Eres muy joven ¡ya tendrás tiempo!

La puerta se abrió con brusquedad. Puri, el ceño fruncido, contempló a la pareja. Después recorrió la estancia, buscando el rastro de lo que no había ocurrido.

- ¡Venga! ¡salir que están llegando clientes!.

Se quedó plantada junto al quicio hasta que traspusieron la cortina que separaba la sala. Pablo y Carlos, ya completamente borrachos, intercambiaron gestos de convivencia.

- ¿Qué? ¿se pasó bien el rato?

- Estoy mejor –declaró Luis secamente.

- Eso no era lo convenido.

- Me he mareao. No tengo la culpa.

- ¿Y de lo otro?

- ¿Qué otro?

Pablo se llevó la mano a la bragueta.

- ¡Esto! Porque más...

Luis ocupó su sitio con afectada indiferencia.

Carlos rodeó la cintura de Filo.

- ¡Vamos! Que el cuarto está libre.

La muchacha le separó bruscamente.

- ¿Pero tú que te has creído?

- ¡Pago la botella!

- ¿Y a mí qué? ¡anda con este! ¡pues no quíe joer por un trago!

Un grupo de adultos se acercó a la barra. No miraron a las chicas, continuando su conversación como si no existiesen.

Peggy se levantó.

- Ha llegado mi novio ¡la que me arma si se da cuenta que estoy contigo!

Revolvió la melena de Pablo antes de marcharse. Las otras fueron detrás. Ante la botella vacía, sólo les quedaba afrontar al camarero, que se acercaba con gesto hoscoso.

- Ochocientas pesetas.

- ¿Cree que somos idiotas?

- Es su precio.

Firme, la nota entre las manos, una servilleta al brazo, se convirtió en Dios olímpico, capaz de hacerles terminar la juerga en comisaría, con todas sus consecuencias.

Pablo rebuscó en el fondo de sus bolsillos. Billetes y monedas se juntaron sobre el tablero. El montón se alzaba lentamente, entre los vasos, confundidos en un vaivén irreal.

- ¡Ya no hay más! - declaró Carlos con desaliento.

- Ni aquí - corroboró su hermano.

El camarero contó pausadamente.

- Faltan seis duros.

- ¿Qué quiero que hagamos? ¡cóbreselos a mi padre en el Ayuntamiento!

Les dejaron marchar. Explicar a los guardias la razón en que se apoyaron para servir a menores era demasiado difícil.

Las chicas estaban en otra mesa, repitiendo sus caricias en los recién llegados. Carlos comprobó con mezcla de satisfacción y amargura que ahora se resignaban a consumir pausadamente sendas cervezas.

El fresco de la calle mejoró la situación. Podían andar más o menos derechos, apretando los pies contra el suelo. Caminaban en silencio, como si en lugar de salir de una juerga lo hiciesen de un examen. Unidos por necesidad, se sentían aislados en sí mismos ante un mundo hostil, que los rechazaba, engañándoles cada vez que intentaban tocar lo que pertenecía a sus mayores.

Pablo se separó, apoyando la frente en un poste de la luz. El líquido amarillo le salpicó los pies. Sus compañeros esperaron un poco más lejos, intuyendo que así disminuían su vergüenza.

Nati cruzó bajo el portalón, los zapatos en la mano. Le dolían los pies y la cabeza. Si andaba por derecho se lo debía a la costumbre. La luz del amanecer hacía brillar los pedruscos, humedecidos por la rociada. Hacía fresco, pero no lo sentía, ni tampoco la humedad del suelo. Estaba ausente, físicamente acorchada, como cada día al volver del trabajo.

Una noche igual a otra cualquiera, sin más recuerdo que un muchacho llorando y vomitando,

porque nadie le dijo que aún no sabía bastante de maldades para meterse en vicios de hombre.

Rozó sin querer la figura de Justa, placidamente dormida en el primer escalón. La mujer despertó sobresaltada.

- ¿Qué pasa?

Nati sonrió.

- Ná señora. Que me he topao con usted. Pero no se apure, que lo mío no se contagia a las de su quinta.

III

Subieron despacio las escaleras enladrilladas, cubiertas de polvo grasiento. Tía Justa se paraba en cada rellano, suspirando profundamente.

- ¡Hijo! ¡lo que es la costumbre de vivir en bajo!

En el pasillo encontraron un banco de madera, procedente de cualquier iglesia. La anciana se dejó caer, aguantándose el corazón con la mano.

Pedro recorrió las ventanillas. Nadie. Tras una puerta de cristal esmerilado se oía el repiqueteo de una máquina. Empujó suavemente, asomando la cabeza.

El oficial le examinó visiblemente sorprendido.

- ¡Usted! ¿no ha visto las ventanillas?

- Es que ... no hay nadie.

- ¡Pues espere!

Pedro aspiró el aire viciado en busca de valor.

- Es que... yo quisiera que usted me escuchase...

Inexplicablemente, el oficial estaba de buen humor. Por eso, en lugar de levantarse, cerrando con fuerza suficiente para restituir el intruso al pasillo, accedió a oírle. Preguntó con tono desabrido:

- ¡Venga! ¿qué quiere?

- Hablar con D. Anselmo.

- Dígame lo que sea. Es lo mismo.

- Es que me conoce -arguyó Pedro, tirándose un farol por sisurtía efecto. El oficial le repasó detenidamente. Por sus ropas sólo era un trabajador, pero nunca se sabe ...

- ¿Cómo se llama?

- Infantes... Pedro María...

El oficial apuntó en un papel aquel nombre que le sonaba de algo.

- Bueno...se lo diré... pero tendrá que esperar. El no viene nunca antes de las doce.

Pedro asintió con un gesto, retirándose hacia el banco. Dormitaba cuando la desconocida le tocó el brazo. Era un poco más joven que Tía Justa y mucho mayor que Manuela. Traía la cara cortada por el sol, como la gente de campo, y un delantal de rayadillo sobre la saya negra. Dos lágrimas resbalaban, perdiéndose en los surcos de aquel rostro quemado.

- Señor

Pedro sonrió al verse llamar de aquella manera. Su traje de domingo no era bastante bueno para que le confundiesen.

- ¿Me pue icir ande está el alcalde?

Señaló la oficina.

- Pregunte, pero entavía no ha llegao.

La mujer arrastró los pies hacia la puerta esmerilada. Ahora el oficial decidió cortar por lo sano, largándola con cajas destempladas. La anciana volvió a su sitio, sollozando quedamente.

Tía Justa olvidó sus problemas, conmovida por el dolor ajeno.

- No llore ustedé, señora, que salvo la muerte too tiene arreglo.

- ¿Vienen ustes a ver a D. Anselmo?

Pedro asintió.

- Yo también quisiera... pero como ando tan mal trajea...

- Ya verá como la recibe -afirmó Tía Justa, por darle ánimos.

La desconocida sintió necesidad de hablar.

- Vengo por lo de mi nieto. Lo trincaron la otra noche en el campo. Icen que andaba robando un saco de papas. Nosotros vivimos en una choza de latón, detrás de la base, y nos tién ojeriza, porque se ve desde la carretera y los pobres estropeamos la vista. Quién que nos vayamos, y de buena gana lo haríamos. Pero ¿ande?. No tenemos ná. En casa, pá ganarlo, está el chiquillo con doce años mal cumplios, y yo, que ya me ven. Me lo llevaron, y eso que no le encontraron ná. Ahora icen que van a meterlo a un sitio muy lejos. Lo llaman corriconal. ¡y no quiero!

La mujer lloraba ruidosamente. Pedro comprendió que debía decir algo.

- Eso le pasa a cualquiera. Es cosa de poco. Allí estará como en un colegio. Aprendiendo su obligación y alimentándose en condiciones.

- ¿Y qué haremos nosotros?. Me queda otro, más pequeño. El mayor, que ya trabajaba, se murió de un insurto, retorciéndose con el cólico. ¡No está bien que me lo lleven! Una vecina, que tuvo el suyo en ese sitio, ice que les dan mala vida. Cuando se lo volvieron andaba malo. Y en too. Hasta por los dentros.

Justa pensó que cuando los guardias se empeñan en una cosa no hay quien les haga apearse del burro. Si habían decidido encerrar al muchacho para toda la vida nadie iba a estorbárselo.

- Es posible que sea por poco tiempo. Total, un saco de papas al precio que corre en la tierra...

- Ya lo cogieron otra vez ¿sabe?. Cuando no se tié qué comer y se encuentra a la mano es fácil dejarse llevar. Sobretudo un chiquillo sin conocimiento. Aquello fue del carrillo del pan. Unos bollos que apenas valdrían catorce reales. Me lo llevaron al cuartel. Fui a recogerlo y lo encontré llorando. "Huela, yo quería llevarlo a casa pá la noche, que no temeos ná". Entonces vivía su hermano, que en paz descanse. Era un hombre serio, de los que no pasan ni una. Quiso pegarle pero me puse por medio. ¡Más me hubiese valido dejar que lo enderezasen a su tiempo!.

D. Anselmo cruzó el pasillo, haciendo resonar las baldosas sueltas.

Pedro se levantó, cerrándole el paso. El alcalde le apartó con un gesto.

- Espera ahí, que ya te mandaré avisar.

Permaneció en pie hasta que la primera autoridad desapareció en su despacho. Poco después un timbre impertinente atronó la alcaldía. El secretario cruzó apresurado, con un fajo de papeles bajo el

brazo.

Apareció media hora después.

- ¡Usted! ¡pase!

Pedro se inclinó para ayudar a Tía Justa, que se desdoblaba con dificultad, sorteando las punzadas del reuma. La desconocida le tiró de la manga.

- ¿Le verá usted?

Asintió.

- Dígame algo... que yo no sé explicarme. Dígame que los municipales no se lleven a mi nieto, que será bueno.

- No se preocupe.

La pareja se alejó pasillo arriba, preguntándose si sabrían explicarse ellos mismos.

El alcalde jugueteaba con un bolígrafo. En cierto modo aquella visita era un éxito personal. Había olvidado la enojosa historia de Infantes, ocurrida antes de iniciar su mandato. Ahora la repasaba mentalmente. Sin duda, hizo mella en el pueblo. Sí, no podía negar cuanto le satisfacía ver humillarse al orgulloso campesino, volviendo al redil marcado por la autoridad, porque, indudablemente, se acercaba a pedir un favor.

Golpes tímidos repiquetearon sobre la madera.

- ¡Pasen!

Se plantaron ante la mesa, los ojos clavados en el suelo, sin saber por donde empezar.

D. Anselmo puso sobre ellos una mirada socarronamente caritativa, prolongando con crueldad un silencio innecesario.

Fue Pedro quien se decidió.

- Tengo al chiquillo enfermo... aquí están los papeles. Dice el médico que hay que ingresarlo...

El alcalde repasó con falso interés el amasijo de documentos, separándolos con su dedo regordete.

- Te falta una póliza.

- El médico no dijo ná, pero eso se pone.

Los papeles quedaron en un ángulo de la mesa.

- Tú fuiste el del jaleo ¿verdad?

Pedro agachó la cabeza. Tía Justa respondió por él.

- Cosas de juventud, señor alcalde. Que le jirvió la sangre más de la cuenta. Ahora está arrepentido. ¿Verdad, Pedro?

El hombre guardó silencio a pesar del codazo que se le incrustó en las costillas. D. Anselmo volvió a sonreír.

- Bueno. Para que veas como soy y que aquí no se guarda rencor a nadie, te lo apuntaré.

- ¡Que Dios se lo pague, D. Anselmo!. No olvidaremos la buena obra que hace usted con nosotros.

- Es un derecho. El niño no tié la culpa de las cosas de su padre -murmuró Pedro, demasiado alto para que no pudiesen oírle. Un frío extraño se extendió por el despacho. Los ojos de tía Justa recuperaron su antigua viveza, clavándose acusadores en el sobrino.

- Lo que tu tiés que hacer es estar mú agradecio, que nosotros los pobres no tenemos derechos fuera

de los que quieran darnos las buenas almas por caridad ¡y ná más!. D. Anselmo es un alma buena y toos tenemos que besar por donde pise.

El alcalde hizo un gesto, apartando malos pensamientos.

- No te preocupes, mujer. Te apuntaré al chiquillo, que ya tenéis bastante pasado con este hombre.

La entrevista terminaba. La anciana se atrevió a prolongarla con una pregunta:

- ¿Cuándo le llamarán? El médico dice que es muy urgente.

D. Anselmo alzó los hombros.

- No es cosa mía. Yo lo mando a beneficencia y de allí viene el aviso. Eso sí, irá bien recomendado.

Tía Justa se precipitó sobre la primera autoridad, besándole las manos con reverencia.

- Es usted un santo. ¡Un santo!.

D. Anselmo sonrió. Si, le gustaba el agradecimiento tradicional. Era buen síntoma. Pedro ya estaba en el pasillo.

- Vamos tía ... vamos.

La desconocida les detuvo al pasar.

- ¿La han dicho lo mío?

Pedro no tuvo valor para mentir.

- Apenas ni lo nuestro.

El timbre, a su espalda, atronó el vetusto edificio.

El secretario penetró en el despacho. Colocándose frente a la mesa, se detuvo firme en espera de órdenes. D. Anselmo garrapateó unas palabras sobre un trozo de papel, que tendió al subalterno, en unión de los documentos.

- Es un ingreso en el antituberculoso. Que vaya con calma.

No es que tenga nada contra el crío, Pero Ya sabes que no conviene recargar los gastos de beneficencia.

El secretario se retiró con un taconazo aprendido en la guerra.

Encarna repasó los estantes comprobando que todo estaba a gusto de la María. No tardaría en llegar, escoltada por la Carmen. Se sentó en el taburete, junto a la caja, contemplando la calle a través de las vidrieras. Cuando entró a servir en la casa no las había. Una puertecilla estrecha servía de acceso a la taberna, de mostrado renegrido y mesas de tijera. Entonces atendía en zapatillas, con un trapo reliado a la cintura a guisa de delantal, mientras la patrona guisaba en el *anafe*.

Tenían mosto y tapas de la tierra, pero faltaban las filas de botellas relucientes, que ahora le servían de fondo, luciendo sus etiquetas en todos los idiomas.

Aunque su padre no podía tragar al Alfonso, se alegraba de que hubiese medrado. Según aumentaba el negocio disminuía su trabajo. De tener a su cargo la fregadera, las mesas e incluso los recados de la clientela, había pasado a la barra y al comedor, luciendo un vistoso uniforme, que, a más de favorecerla, le ahorraba gastar su ropa.

Cuando después de la reforma aceptó el puesto de camarera, hubo disgusto en casa de Tía Justa. Las dos viejas se opusieron, amenazando con sacarla del bar, para colocarla en la base o de asistenta en casa de americanos. Lloró, protestó, y al fin salió con la suya, tras probar que un local, propiedad de

nativos, no podía tan siquiera parecerse a los que instalaban extranjeros. En *La barraca* nunca habría señoritas de alquiler ni soldados borrachos.

Por si acaso, Manuela hizo una investigación a fondo, pues aunque desconocía los interiores del extraño negocio recién implantado, tenía amplias referencias, considerando el medio absolutamente inadecuado para su hija. El resultado, sin ser favorable, lo pareció aceptable. Encarna llevaba una semana ejerciendo las nuevas funciones cuando obtuvo el permiso oficial.

Los primeros tiempos volvió puntual antes de la media noche, pero la disciplina se relajó poco a poco, cayendo definitivamente cuando María le advirtió que debía quedarse hasta la hora de cierre. Como el sueldo era bueno, y faltaba dinero, tras una conferencia familiar fue autorizada a permanecer en el local cuanto fuese preciso.

La imponente figura de María apareció en el recuadro de la vidriera. Se movía pesadamente, apoyada en el hombro de su hija. Colgando del otro brazo se balanceaba una enorme bolsa de plástico, cargada con las viandas que la patrona se obstinaba en adquirir personalmente, sin permitir ingerencias.

La puerta de cristales cedió. El sonido rítmico de una respiración cansada llegó al fondo del salón. Encarna saltó del asiento, apresurándose hacia la patrona, para liberarla de su carga.

- Gracias hija ¡Que cansada estoy!-Y se dejó caer en la primera silla. La muchacha desapareció en la trastienda, seguida de Carmen. Entre sus obligaciones estaba la de ordenar los diversos paquetes en la cocina.

El ama paseó su mirada sobre cada centímetro de superficie, asegurándose de que ni la menor mota de polvo mancillaba la pulcritud ambiente. Un boquete en la tela metálica de las ventanas le hizo estremecer. Apenas llegase Alfonso se lo diría. Había que tapanlo antes de que la “pica” iniciase su ronda.

Se volvió hacia la calle. Un conocido saludaba desde el otro lado de la cristalera. María sonrió forzada, contestando apenas. Después se alejó de la zona visible, desapareciendo por la puerta del fondo.

La mujer de la limpieza se afanaba en la trastienda. La patrona torció el gesto. Ya debía haber terminado, ocupando su puesto ante la fregadera pues pronto llegarían los primeros clientes. No dijo nada, porque el servicio empezaba a ser problema, máxime cuando se pretendía pagar jornales de otros tiempos, pero apuntó el hecho, para una posible sustitución de personal.

Se colocó el delantal, disponiéndose a preparar las tapas, que poco después adornarían la sección acristalada del mostrador. Las variantes no eran muchas. Sólo las indispensables para atraer la clientela nacional que proporcionaba los beneficios matutinos.

El hígado quedó dividido en pequeñas porciones, y las gambas agrupadas de cuatro en cuatro, en platillos irrompibles

- ¡Oiga!

Encarna se miró las manos, llenas de pasta de croqueta.

- Quédate. Iré yo.

Carmen transponía el hueco que la separaba del restaurante, cuando el vozarrón de su madre la retuvo.

- ¿Ande vas?

- A la barra. Están llamando.

- ¡Deja a la Encarna!
- Es que está ocupada.
- ¡Pues que se desocupe! ¡Ya te he dicho que no te traigo pá servir!
- ¿Qué más da? Porque lo haga una vez...
- ¡Ni una ni media! ¡Encarna! ¡Encarna!

La muchacha acudió, ya con las manos limpias. No quería disgustar a la patrona, siempre molesta cuando se desatendía al cliente.

- ¿Qué haces que no has ido ya?

Contestó sin detenerse.

- Estaba preparando la masa.

Del otro lado del tabique llegó la voz desconocida, y el chocar del cristal sobre el mostrador. Carmen escuchó, preguntándose que cara tendría aquel hombre.

- Ya te estas yendo para casa.
- ¡Pero oma! ¡si allí no tengo ná que hacer
- Vete a la playa con tu hermano.
- Está en la taberna. Opa no quié que la deje.

María tuvo un estremecimiento al oír mentar su segundo negocio.

- ¡Bueno! ¡pues haz lo que quieras!. Pero que se te ocurra salir al bar y me oyes.

La muchacha desapareció en la cocina con la cabeza baja. Se aburría tremendamente en aquellas primeras vacaciones.

María se echó hacia atrás, balanceando la antigua mecedora, que crujió, cimbreado en todos los sentidos bajo el peso. Los ojos cerrados, se dispuso a dejar correr el tiempo. Terminada la tarea culinaria sólo quedaba esperar la hora del almuerzo, amedrentando con su presencia física al personal que multiplicaba su celo en el cumplimiento del deber bajo la vigilancia del ama.

El aire caliente se coló por la ventana, moviendo los visillos, corridos tras la persiana de varillas verdes.

¡Cuantas cosas habían pasado en pocos años!. Una tarde sin razón aparente, la vida empezó a transformarse, dividiéndose en periodos perfectamente delimitados. Las muertes y los nacimientos dejaron de ser hitos en el paso del tiempo, como lo fueron para sus padres. Ahora se hablaba de otra forma: “cuando compramos la tienda, cuando la reformamos, cuando trajimos el nuevo personal... El primer talonario de cheques, el cuarto de baño en la casa nueva.”

Alfonso le dio la noticia a la vuelta del pueblo. Se lo dijo con alegría, pero ella se hartó de llorar, porque no podía entenderle. Lo dejó caer en medio de la cena. Había que irse. Abandonar la casa y la sementera así, de la noche a la mañana, porque era cosa del alcalde. Los pagarían bien. Más de lo que valía la finca. Buenos dineros y ayuda incondicional si se daban bastante prisa, la suficiente para servir de ejemplo a los vecinos.

Salieron del pago antes que nadie, junto con el Brinca, que dio por bien perdida su chabola de latón a cambio de cinco mil duros.

María subió a la camioneta con el corazón pesado. En el horizonte sólo veía penalidades, trabajos y miserias, pese a la seguridad de su marido en el porvenir. Por otra parte, nadie les echaría una mano, pues habían roto el compromiso de mantenerse sobre la tierra hasta que los echaran por la fuerza.

Saludó tímidamente a sus primos, y estos le volvieron la cara. Su hermano, el mayor, que encontraron en la cañada, sentado junto a una cerca, no quiso mirarla.

Alfonso no la llevó a un cuarto, ni siquiera a un patio de vecinos. La dejó en la Almadraba, junto a los más pobres, que no tenían por donde tirar. El se volvió al pueblo, prometiendo traerles una sorpresa.

Llegó tres días más tarde, cuando ya no le esperaban. Había comprado un bajo en las afueras, cerca de la playa, con dos habitaciones y una taberna mugrienta.

Los muebles volvieron a la camioneta, para instalarse definitivamente en el nuevo domicilio. Fonso y Carmen echaron de menos el aire libre, y ella su cocina con vistas al horizonte.

Pero Alfonso no dejó tiempo para lamentaciones. En el tienducho sobraba ocupación para todos. Hubo que alicatar el zócalo y el mostrador, pintar las paredes -en rosa y verde, a gusto del comandante de los municipales- y cambiar la solería. Avalado por el propio alcalde, Alfonso adquirió las mesas de formica, con sillas vistosas del mismo material, y el toldo de lona que se extendía dando al manubrio como los organillos.

Para los últimos detalles consultaron con los de la base, que les indicaron la conveniencia de instalar tela metálica en las ventanas, con el fin de evitar el paso de los insectos, servicios modestos, con agua caliente y perfectamente pulcros, puertas que abrieses hacia fuera. Estas ya estaban instaladas y hubo que cambiarlas precipitadamente para la inauguración. Una pequeña fiesta a la que concurrieron las primeras autoridades, y ningún pariente, pues aún andaban amoscados por la deserción.

Fue un día grande, que costó dinero. De madrugada, sacando las cuentas, María se escandalizó, pero el tiempo dio la razón a su marido. La suma había sido bien empleada. Aquellas relaciones, aunque les miraban desde arriba, fueron un gran punto de apoyo.

Al principio no tenían tiempo ni de sentarse: todo corría a cargo de la familia, demasiado pobre para obtener ayuda ajena a cambio de dinero, e impopular para conseguirla por otros medios.

Pero no hay mal que cien años dure. Cuando los demás hubieron de abandonar lo suyo, a cambio de cuatro perras, para encontrarse en la calle con el cielo y la tierra, el boicot se transformó en admiración. Era él, Alfonso, quien tuvo la razón desde el primer momento. Quien más, quien menos, todos lamentaron no haber seguido su ejemplo, sin comprender que no hubiesen conseguido el mismo resultado. Si hubo para uno fue precisamente porque faltaba para muchos.

Poco después contrataron a la Encarna. A cambio de las sobras, un duro diario y lo que pudiese coger en propinas, trabajaba las veinticuatro horas cuando hacía falta, siempre de buen talante, aunque disimulase apenas sus hombros huesudos bajo la bata parduzca.

Además de aliviar notablemente el trabajo familiar, la nueva adquisición le aportó un placer desconocido a la patrona: el de mandar sin que le avalasen lazos de sangre. Por si fuera poco, la vecina de generaciones que se trataron de tú a tú, se vio obligada a llamarla “señorita”.

El ahorro, el trabajo y la ayuda de las autoridades, que no olvidaron su compromiso, haciendo la vista gorda ante faltas, más o menos graves, que se cometían en el establecimiento, les permitieron ampliar la industria, adquiriendo otra casa frente a la playa, en pleno corazón del barrio nuevo. Tras profunda reforma el edificio se transformó en plurinegocio: restaurant y bar en los bajos. Habitaciones de alquiler en el primero.

El local fue inaugurado con honores desconocidos, planteando un nuevo problema de personal. Encarna más rellenita gracias a la comida abundante y, por supuesto, de toda confianza, abandonó la fregadera, ingresando en nómina dos nuevos elementos, destinados a la limpieza: La Paca, mujer enjuta y con una capacidad de esfuerzo inusitada, para los trabajos duros y Regla, que a su potencia física ante el lebrillo unía indudable dotes de Celestina, para los altos de pensión.

El auge económico no dejó a la familia desocupada. Por el contrario, aumentó su trabajo, al menos

en el terreno “intelectual”. Alfonso quedó encargado de relaciones públicas con la superioridad, administración y arreglos de albañilería, carpintería, etc., siempre necesarios. El chico se dedicó de pleno a la taberna, llevándola prácticamente por su cuenta. En verdad, no necesitaba excesivas atenciones, pues había sido destinada a los obreros del país, quienes, según opinión de la empresa, necesitaban menos atenciones que extranjeros y señoritos.

Ella quedó encargada del restaurante, velando por su buena marcha y organización, sin descuidar la limpieza ni las sonrisas que la Encarna debía dedicar al cliente. Sólo Carmen quedó de sobra, ingresando en un colegio elegante de Heliópolis, donde se cuidaban de enseñar buenas maneras, velando al mismo tiempo por imbuir a sus pupilas un santo temor a los peligros encerrados en la letra impresa.

El gusto extraordinario de tan desusada educación materializaba la primera victoria de María. Cumplido el deseo ancestral de acceder al desahogo económico, sentía una necesidad imperiosa de obtener la promoción social. Ya no envidiaba quienes tenían automóvil, porque sabía de sobra que podía comprarlo cuando le viniese en gana, ni tampoco a los Martín y su chalet con piscina. El suyo se proyectaba con mayores comodidades y lujo. En cambio, las mujeres de abrigo negro y mantilla de blonda, que pasaban cada día hacia la iglesia mayor orgullosamente erguidas, despertaban en ella una profunda admiración, más fuerte que la envidia. Lejos de desear sustituirlas o destruirlas, aspiraba a integrarse en su grupo, guardándoles rencor porque aún no le habían llamado, ignorando invariablemente su presencia, y las tímidas sonrisas, que les dirigía a guisa de saludo.

Era inútil negárselo. No podría descansar hasta encontrar, un sitio en aquellos vetustos salones de casa blasonada. Despierta por naturaleza, comprendía perfectamente como en ascensión se estaba labrando el pasado. Si la tenencia de un restaurant no habría de mancillar su futuro, el saberla propietaria de una taberna baja, podía dar al traste con sus proyectos. Por eso maldecía el pequeño establecimiento, deseándole toda suerte de cataclismos, en un desprecio total de los ingresos que proporcionaba.

A menudo, exponía sus razones al Alfonso, que escucha pacientemente, sin intentar comprenderla. Para él, sólo las cosas tangibles tenían importancia, y la promoción social era algo etéreo, sin forma ni color. Estaba convencido de que el dinero es capaz de abrir puertas, y de que ninguna podía permanecer cerrada ante su presencia. Por eso terminaba la conversación con una frase invariable, que sacaba de quicio a María: “Con el dinero, lo mismo se quita la mancha de traje que la del honor. Lo único importante es buscarlo don esté y como sea”.

Un ruido de vajilla rota llegó desde la cocina, seguido por la voz de Carmen, aguda y áspera. La mujer de la limpieza, se estaba llevando la bronca. María sonrió, porque así te que ser. Su hija aprendía de prisa el oficio de señorita, para el que la estaba preparando con tantos desvelos.

Muchas veces había pensado que allí, en su casa, se reunían tres clases de mujeres, cuyos destinos había sido marcados por nacimiento. En lo más alto estaba Carmen. Cuando saliese del colegio la cubriría de trajes caros y joyas, para que encontrase un buen partido. Un hijo de esa sociedad que indefectiblemente habría de admitirla, porque les faltaba lo que sobraba en su casa: dinero, ya que blasones y antepasados no dan de comer.

Encarna, rellenita, con las manos finas, porque no las metía en agua, y, aunque le pesase, más guapa que la Carmen, se tiraría a la carrera tarde o temprano, para terminar vieja y enferma en una chabola, o dirigiendo un ballet de vicetiples destinado a recorrer las capitales de provincia.

La Paca, en cambio, no tenía futuro. Por los siglos de los siglos estaba condenada a pasar el tiempo junto a la fregadera, quitando la mierda que dejaban otros.

Mientras su hija riñese a la limpiadora ya Encarna si se encuartaba, y la limpiadora no pudiese reñir a nadie, todo estaba en orden. Suspiró con satisfacción. Una vez más había constatado la inmutabilidad del mundo, regido por un orden social perfecto y estático. Se felicitó por haber

abandonado el escalón que ocuparon sus mayores, situado muy poco por encima de la meretriz.

No le costó mucho tiempo encontrar trabajo. Con las obras de la base y las construcciones que se levantaban en el pueblo, destinadas a los yanquis, sus empleados y parásitos, había sitio para todos. Le cogieron los alemanes del garaje.

- Empezarás lavando ese coche. Veremos como se te da.

Pedro lo hizo bien y deprisa. Por ser el primer día, le pagaron al porcentaje.

- Vuelve mañana. Te meteremos de eventual. Si sigues así pronto estarás engrasando.

Se despidió con una reverencia. Enfiló recto el camino de su casa, acariciando inconscientemente las monedas que saltaban en su bolsillo. Al pasar frente a la tienda de Rubio se detuvo. De buena gana hubiese entrado para tomar un cacharro, pero no lo hizo. Los borrachos, cuando empiezan, no saben acabar.

Las vecinas se sorprendieron de verle llegar tan temprano. Hasta la Filo, que lo encontró muchas noches dando tumbos por las esquinas, se atrevió a saludarle delante de Manuela.

IV

La noche de un viernes Jacinto parecía más triste que de costumbre. Al volver del trabajo Filo se acercó a la puerta, alarmada por el movimiento de vecinas que se arremolinaban junto al quicio. Miró al niño y a la Manuela, que le sujetaba la cabeza.

- Conozco a gente de la base... si hace falta algo...

El médico, que acudió a la llamada más por humanidad que por obligación, contempló con sorpresa aquella mujer estrepitosamente pintada, convertida en máscara por el cansancio y la seriedad. Tía Justa alzó la cabeza en un gesto de desprecio.

- Ya la traerá Nicolás. Trabaja allá dentro y quizá se la procuren en el hospital...

Nicolás se adelantó.

- Yo digo que a lo mejor puedo... pero no es tan fácil.

Entretanto, el médico garrapateó unas palabras sobre un papel, que alargó a Filo.

- Es esto y hace falta lo antes posible. No lo hay en España.

Filo no dijo nada ni esperó nada. Ni siquiera el agradecimiento. Calzándose los zapatos que, como de costumbre, llevaba en la mano, corrió a través del patio.

- ¡Con tal que no este de servicio!

La calle obscurecía entre jardines. La mujer buscó un número. El capitán le advirtió que no le saludase en público y jamás quiso darle sus señas, pero en el cabaret todo se sabe. Había que echarlo, aunque perdiese el cliente e incluso la casa, pues a la Puri no le gustaban los escándalos, pero la vida de un chaval es más importante.

Empujó la verja. Estaba cerrada. El ladrido de un perro llegó desde dentro. Filo no se arredró. Buscó el cerrojo metiendo la mano entre los barrotes.

Se alzó una ventana de guillotina, dejando paso a la luz.

- ¿Quién es? ¿qué pasa?

Era una voz de mujer. Probablemente la esposa de Bill. Filo quedó inmóvil. El haz de una linterna

se posó sobre traje bordado de lentejuelas.

- ¿Usted qué quieres? -preguntó la desconocida desagradablemente.

Filo se volvió de espaldas, con intención de alejarse, pero contuvo. Lo peor estaba hecho. El capitán la habría visto desde cualquier parte, y de todas formas tendría la queja.

- Una medicina... -suplicó.

- ¡Lárguese! ¡está borracha! -y la ventana se cerró golpe. Entonces Filo gritó sin miedo.

- ¡Es un niño que se morirá esta noche si no la tiene!

La luz se apagó. A sus voces sólo respondía el silencio.

Otra vez los zapatos en la mano recorrió las calles desiertas.

Los sollozos se mezclaban en su garganta. Lloraba su impotencia, su vida proscrita e inútil. Bill la había visto. La había oído, pero cerró la ventana, porque Bill la quería, en una cama caliente, cuando estaba borracho. Fuera de su ambiente, del juego del amor, no le interesaba. Ni siquiera la conocía.

Fue una suerte encontrar al bueno de Fred. Lo vio de lejos, a la luz de la amanecida y corrió a su encuentro. Fred se detuvo, examinándola con extrañeza.

- ¿Qué quieres?

Se lo contó en dos palabras. Precipitadamente. El muchacho no contestaba, limitándose a inclinar la cabeza de cuando en cuando. Antes de terminar la historia ya tenía el papel en su mano.

- Espera aquí. Vuelvo.

Desapareció en su coche tras las alambradas del control. Filo los minutos se lo hicieron horas. Un guardia giró a alrededor. Por un momento temió que la detuviesen. Ya estaba el sol completo, brillando sobre los campos, cuando el automóvil se detuvo a su lado.

- ¡Toma!

Cuando entregó el pequeño envoltorio la familia estaba sola. Justa bajó la cabeza, escondiéndose en el fondo de la alcoba. Pedro salió en busca del practicante. Manuela dijo “gracias”, estrechando su mano fríamente y Encarna la abrazó.

- No lo olvidaré nunca.

Las lágrimas que acompañaron a Filo escaleras arriba no eran amargas.

También Nicolás trajo su paquetillo. Lo pasó escondido en el fondo de los pantalones, jugándose el puesto por hacer contrabando. Tuvo suerte que aquel día no le registraron.

El médico venía por las mañanas e incluso alguna tarde al terminar la consulta. Examinaba al Jacinto, le ponía la inyección, y se marchaba moviendo la cabeza. No, no hacía falta haber estudiado para comprender que el chiquillo se iba por momentos. Pedro, Justa y Manuela visitaron muchas veces el Ayuntamiento sin encontrar al alcalde. Un oficial entraba y salía del despacho diciendo siempre lo mismo: “No se preocupen, será el primero en ingresar. Estos enfermos aguantan lo que sea. Los papeles llegarán a tiempo”. Y seguía el trasiego de medicamentos, cada vez más complicados, más difíciles de sacar. Filo y Nati se pusieron de acuerdo. Durante la semana trabajaron a menudo por la medicina.

Era domingo. Justo estaba de guardia en el cuartel. Encarna a su trabajo, y los demás en la casa. Jacinto se iba, luchando contra el hervor del pecho. Su madre le sujetó la cabeza. Al día siguiente le llevaron en un cajoncillo blanco camino del cementerio. Un grupo de amigos acompañaba a Pedro. Corbata negra, brazaletes en el brazo.

Entre todos ahondaron la fosa, para que los perros no llegasen a escarbar la madera.

Manuela entró en el club con un velillo negro que le cubría hasta las cejas. Sus compañeras lo abrazaron en silencio. ¿Qué se puede decir en semejantes casos?. El duelo les quitó las ganas de moverse.

- Hoy le lavamos la cara ¡pá lo guarros que son!

La Reme balanceó su escoba, removiendo colillas y trozos de cristal.

- No más parece que se entretienen jugando a las bolas con la vajilla.

Manuela se dejó caer en una butaca.

- ¡Pues no se sientan cómodos ni ná!

Al otro lado de la mesa verde, destinada a un extraño billar sin tacos, una pared de media altura separaba la barra del salón. Sobre los azulejos, trozos de paisaje submarino, imaginados en cualquier taller artesano. Peces de mil colores sobre fondo de algas y caracolas.

De pronto se le representó Jacinto, corriendo por el patio con sus piernecillas delgadas. A él le hubiese gustado ver aquello, pero nunca se decidió a llevarlo por si caía mal a los jefes. Lágrimas impertinentes le picaron los ojos. Se tiró a suelo junto al cubo, fregando con furia las baldosas. La imagen se diluyó en el cerco de agua cenicienta.

Lo quería vivo, porque era su hijo, y había pasado muchas noches velándole, mientras echaba los pulmones por la boca. Pero estaba mejor muerto. Tranquilo, en su trozo de tierra, sin miedo al hambre ni a las fatigas.

Reme corrió los ojos sobre la estantería cargada de botellas.

Un escudo blanco llamó su atención.

- ¡Es un zapato!

Manuela se acercó.

- ¡Digo! Un zapato negro corriente y moliente. ¡ Si andan tocaos!

Alrededor había una inscripción. Su compañera deletreó con dificultad.

- Za..pa..to que u..sa la ma..ri..na a..me..ri..ca..na. Lo de España cae bajo la suela.

- ¡Como que nos tienen con el pie en el cuello!

Y Manuela volvió a la aljofifa. Sí. Aquellos extranjeros tenían la culpa de lo de Jacinto, de lo de Pedro ¡si no hubiesen venido! - ¡Maldita sea su estampa!

Reme detuvo el balanceo de la escoba.

- Yo digo que malditos los que los trajeron.

Tía Justa se abanicaba con un sobre tamaño folio. No quería dejarlo en la repisa ni encima del baúl por miedo de que se perdiese. Tenía que entregarlo a Pedro apenas llegase del trabajo.

Como de costumbre en los últimos tiempos, apareció puntual. La anciana alargó su brazo huesudo, cubierto de arrugas.

- Lo han traído del Ayuntamiento.

Pedro rasgó el envoltorio, repasando detenidamente su contenido. Jacinto Infantes, de once años, vecino de Trujena, disponía de una cama en el preventorio provincial.

Colocó el paquete sobre el armario para que nadie lo tocara. Después se sentó a la mesa. Manuela repartió el potaje anunciando que pronto licenciarían a Justo. Era una buena noticia, pero su marido no pareció interesado. Se limitó a inclinar la cabeza, en signo de asentimiento, contestando a sus comentarios con monosílabos sin sentido.

- ¿Qué tienes?

- ¡Sueño!

Se tendió en la cama cerrando los ojos. Era el único medio de aislarse. Las voces en la alcoba se apagaron, alejándose hacia el patio, junto al rastrear de las sillas. Ante cada puerta, un guirigay de conversaciones en sordina.

Por la mañana se levantó más temprano que de costumbre. El sobre apretado entre los dedos se acercó al taller. Pediría permiso. Frente al portalón cerrado cambió de idea. Por una calleja lateral se desvió hacia el Ayuntamiento, dando un rodeo para no encontrar conocidos.

Se plantó donde siempre. Bajo el árbol, frente a la puerta de la alcaldía.

Pasaron soldados americanos con ropa de turista, la máquina balanceándose sobre el muslo, mujeres apresuradas, camino del trabajo, niños que se perdían hacia la escuela, y parejas de municipales aburridos. El párroco se perdió hacia la iglesia, siguiendo los pasos de la policía americana.

Eran más de las doce cuando D. Anselmo aparcó su coche en el espacio reservado a la autoridad. Silbando una cancioncilla, cruzó la calzada. El saludo militar del portero apenas obtuvo respuesta. La firmeza de sus pisadas apagó el roce de las alpargatas contra los peldaños. El alcalde entró en su despacho. Pedro le siguió, apartando de un empujón al ujier que trataba de detenerle.

D. Anselmo pegó un respingo. La figura del campesino, enmarcada en el quicio, le impresionó desagradablemente.

- ¿Como has entrado sin avisar?

- Vengo a entregar unos papeles.

- ¡Sal y dáselos al empleado! -tronó el alcalde, apoyando un dedo nervioso en el timbre.

- Prefiero que los vea usted. Es el ingreso de mi hijo en el sanatorio.

D. Anselmo se tranquilizó. Una sonrisa fofa animó sus labios.

- ¡Bien! Me parece bien que seas agradecido, aunque siempre se deben guardar las formas. Te lo perdono por esta vez, pues supongo que debemos achacar tu impertinencia a una alegría, perfectamente natural.

Pedro se acercó a la mesa, dejando caer el sobre ante la primera autoridad. Sin levantar la voz ni cambiar el gesto ausente, repitió la frase que había soñado en su noche de insomnio.

- Lo llevamos al cementerio hace una semana. Por eso traigo la documentación. Pá que dejen la cama libre y no pase lo mismo con otro chaval.

D. Anselmo presionó el timbre por segunda vez, refugiando los ojos tras un voluminoso expediente.

Le sacaron entre dos empleados. Aún le dolían los pies de arrastrarlos por las escaleras. Y eso que no hizo nada, ni intentó pegar a nadie. Quería hablar y que le escuchasen. Creyó que le llevarían al *cuartelillo* pero no lo hicieron, contentándose con tirarlo a la calle, y advertirle que no volviese por el ayuntamiento. “Un borracho. Es un desgraciao borracho”, explicó el municipal a una mujer que pasaba por allí.

Apenas pudo ponerse en pie se alejó de la plaza. No tenía ganas de volver a su casa y mucho menos de entrar en el taller. Dudó un momento antes de cruzar la puerta de Rubio.

- ¡Ponme una botella!

Su antiguo vecino miró el reloj comprobando que estaban en hora de trabajo.

- ¿Te han dao libre hoy?

- Eso no es cuenta tuya. Pon la botella.

Rubio se acodó en el mostrador.

- ¿No prefieres un vaso? Invito.

Pedro le tiró un billete de veinte duros.

- Sobra dinero ¿no?

El patrón ejecutó la orden a regañadientes.

- Por lo que veo vuelves a las andadas.

- ¡A ti no te importa!

- De algo tenemos que servir los amigos. Pá sacarnos unos a otros de los malos pasos ¿no es así quizá?

- Cuando te lo pida y te autorice. Que mis asuntos son cosa particular.

La botella no tardó en vaciarse.

- ¡Otra!

Rubio negó con un gesto.

- En mi casa no bebes ni una copa en lo que queda de día.

- ¡He pedió otra y ya está pagá!

Rubio devolvió el billete.

- ¡Pues guárdatelo! y entérate que aquí, pá tu menda no hay vino.

- ¡Hemos terminao!

Salió dando un portazo. Por primera vez en su vida entró en casa de Alfonso.

- ¡Eh tú! ¡dame media!

- ¿Hay pá pagar? -preguntó Alfonsillo, siempre desconfiado de los pedidos que sobrepasasen el duro cuando no venían de señoritos o de habituales con cuenta.

- ¡Pregunta a tu padre quién es Pedro Infantes! -los veinte duros revolotearon sobre el mostrador.

Volvió a casa de madrugada, anunciándole su voz de borracho aflamencado.

- ¿Qué quieres?

- Cerveza.

- Vino, que está mejor.

Justo miró el reloj del ayuntamiento.

- ¿No es temprano pá empezar?

La risa contagiosa de Manolo cubrió las voces que chocaban en la terraza.

- Es el día de la libertad ¡tenemos que celebrarlo!

El guardia cambió de posición. Se detuvo el tráfico, dejando paso libre al rebaño de peatones. Un grupo de uniformes desembarcó sobre la acera.

- ¡Eh Picha! ¡vente que invito!

El muchacho señaló a sus compañeros.

- ¿Y estos? ¡también son de la compañía!

- Tráetelos!

Chirriaron las sillas sobre el cemento. Manolo tocó las palmas

- Tres botellas de fino ¡y que sea de marcar!

El camarero contempló las insignias del soldado con desconfianza, sin hacer el menor gesto que denotase su intención de atender el encargo. Manolo enseñó tres billetes de mil con fanfarronería.

- ¡Digo que habrá!

El muchacho rubio terminó su copa de un trago.

- Yo... me voy. Tengo que despedirme.

Manolo frunció el ceño.

- Vamos ¡que no quies beber conmigo!

- No... bueno, sí. Es que tengo a la novia esperando. Algo habrá que decirla antes de marcharse... digo yo.

Un compañero acudió en su ayuda.

- Es la que le dio pá vicios toa la mili. La heredó del último remplazo y ahora se la pasará a otro. Sirve ahí arriba. De cocinera en una casa grande...

Manolo alzó la mano, concediendo su permiso.

- No, si ya lo sé. ¡No valéis pá ná! Se cruza una hembra y como los perros en celo ¡con las que sobran!

Las cabezas asintieron con una inclinación.

Cruzaron extranjeras: piel tostada, faldas cortas, escotes...

Los quintos se sintieron obligados a reafirmar su hombría.

- ¡Qué polvo tienes!

- La mare que te parió ¡tía buenas

- ¿Hay algo pá nosotros?

Manolo se levantó, tendiendo su copa. La muchacha rechazó la invitación de un manotazo. El líquido corrió por la guerrera. El muchacho alzó la mano instintivamente, para responder a la ofensa. Justo le sujetó.

- ¡Chalao! ¡que entavía llevamos uniforme!

Volvió a la mesa mascullando insultos.

- ¡Será tía guarra!

Los invitados se pusieron en pie. Prudentes, habían decidido apartarse del camorrista, evitando problemas que hiciesen peligrar su licencia.

- ¿Qué os pasa?

- Ná... que tenemos qué hacer.

Justo se quedó. Habían sido amigos durante dieciocho meses. No era cosa de estropearlo a última hora.

- Calma, Manolo. Ya quea poco.

El muchacho lanzó un suspiro.

- Sí. Mañana será otro día.

Se quedaron callados, vaciando lentamente el resto de la botella.

Sí. Otro día. Había pasado más de un año desde la tarde en que saltó al andén, la maleta de madera colgando del brazo. Sus ropas de rayadillo, brillantes por el uso, las alpargatas renegridas de carbonilla, sintió vergüenza entre el grupo de soldados, que recorría las calles en vaga formación a las órdenes de un suboficial. Encerrado y mudo, tremendamente solo, cruzó el dintel que coronaba una frase pomposa y archiconocida “Todo por la patria”.

Cuando le ordenaron desnudarse ante los demás, algo se reveló en su pecho. Pero la pequeña revolución particular duró muy poco. Los segundos suficientes para llamar la atención del sargento, que clavó en él su mirada acusadora, obligándole sin palabras a la obediencia inmediata.

Los brazos a lo largo del cuerpo, ignorando a los demás con la esperanza de ignorarse a sí mismo, dejó pasar el reconocimiento médico. Después avanzó hacia las duchas, cruzando bajo el chorro frío al ritmo que marcaban las voces de mando. Más tarde le dieron el uniforme, que debió adaptar a su cuerpo, para él que resultaba demasiado grande.

Cumplidas las formalidades reglamentarias, se dejó caer en la litera, preguntándose que hacía en aquel lugar, sin ocupación precisa. Soñó con su familia, con el hambre, y con el jornal que había cobrado hasta la tarde anterior, indispensable para llenar el puchero.

Después empezó el periodo de instrucción. Órdenes. Gestos. Más gestos y más órdenes. Castigos desconocidos por no saber realizar gestos desconocidos. Un, dos... un dos ¡cuerpo a tierra! Enumerarse ¡avancen!

En su cabeza retumbaba el trepidar de los cartuchos y el sonido agudo de la corneta.

El pueblo y los recuerdos fueron quedando atrás, junto con el miedo a lo desconocido que le atenazó al principio, prolongando indefinidamente sus silencios. Un día marcó el paso e hizo el saludo mecánicamente a la vista de una bocamanga estrellada, cuya presencia apenas había realizado.

Desde entonces su tiempo quedó netamente dividido en dos partes: las horas en que se movía accionado por mandos externos y lejanos, independientes de su voluntad, y aquellas en que podía dedicarse libremente a cualquier ocupación admitida por el reglamento: dormir, contar chistes, liarse con mujeres o beber en la cantina. El mecanismo empleado en estas ocasiones dependía de su deseo, pero si al principio funcionó por resortes individuales, con el tiempo se hizo menos complicado, encajando su libre albedrío en el todo homogéneo de la camaradería cuartelera. Su horizonte se redujo al presente, impregnándose en tal forma de ejército, que incluso en los días de permiso, cuando bajaba al pueblo, tenía que hacer un esfuerzo para interesarse por los problemas familiares, contando en cambio con todo detalle las incidencias de cuartel. El mundo quedó limitado a uniformes y órdenes, a compañeros en lugar de amigos, al uso de la picaresca donde se debía utilizar el sentido del deber. En verdad, había dejado de ser Justo para convertirse en el quinto numerado de determinada compañía, sin otra ocupación intelectual que aplicar la ley del mínimo esfuerzo en la realización de cualquier trabajo.

- ¿Vamos a casa de la Tulipa?

- Bueno... pero es que ando sin cuartos

- ¡Yo pago, hombre! En mi casa sobra,

Tras los edificios del centro, con tufo a traficante de Indias decimonónico, empezaba el barrio de la Audiencia. Casas antiguas, a menudo blasonadas, con signos de ruina inminente, sembradas de *anafes* y niños correteando entre las columnas del patio. Voces y palabras soeces, chavales jugando al monte, el cigarrillo en la comisura, gestos de maricas, cantos de ciego, vendedor de cupones y chabolas.

Una gitana aburrida se acercó, ofreciendo su buena aventura.

La puerta estaba inclinada por el peso de los años. Un cartel con faltas de ortografía anunciaba al visitante que se trataba de una “casa particular”. El tin tan de la campana llegó desde dentro.

La Glori se asomó al cierro.

- ¿Quién es?

- Clientes de tronío ¡que nos licenciamos mañana!

La muchacha sonrió, conociendo a Manuel. El portalón se abrió. Olor a jazmín morisco y nardos.

- El ama está en el saloncito.

Los muchachos se perdieron en la oscuridad del pasillo.

En el dormitorio de tropa, con olor a sudor agrio, los compañeros se miraron sin reconocerse. Las bromas quedaron a medio camino y la camaradería cayó de golpe. Justo sintió un vago resquemor al comprobar que Manolo se había transformado definitivamente en D. Manuel, con su corbata de seda y el completo gris importado de Inglaterra. Que Pamela, siempre con el uniforme impecable y el pelo brillante, no tuvo tiempo de comprar unas alpargatas sin agujeros, y que su propio jersey estaba más viejo y desleído que el kaki, ya guardado en el paquete, destinado a intendencia. Tuvo intención de abrirlo para recuperar algunas prendas, pero no lo hizo. No quería estropear una hoja de servicios con complicaciones de último momento.

En la calle, muchos abrazos abortaron en apretones de manos. Invitaciones meditadas largamente no llegaron a formularse. Amistades íntimas, nacidas del sacrificio mutuo, se quebraron sin una palabra ni una protesta.

Justo despidió a Manolo antes de llegar al flamante automóvil. -Si quieres te llevamos- ofreció el muchacho sin convicción. Aunque, no quería reconocerlo, le avergonzaba presentar semejante compañero a la familia.

Justo agachó la cabeza. Tras la sonrisa forzada brillaban unos ojos enrojecidos.

- No... no. Profiero ir en tren. Llego antes ¿sabes?

Era mentira pero Manolo no insistió.

- ¡No dejes de pasar por casa si vienes a San Jacinto!

- ¡Ni tú por la mía!

Se separaron. Lágrimas inesperadas velaron ambas imágenes. Un mundo de jerarquías económicas les alejaba definitivamente.

Justo se sintió sólo e imbécil sobre la acera. Siguió lentamente el camino de la estación.

- ¿Vas a Paterno?

- No, a Trujena.

- Pues haremos medio camino juntos.

Un silbido. Los hierros crujieron tras la locomotora jadeante. Voces destempladas y nerviosas

surgieron del compartimento, rompiendo la paz de un viajante que intentaba dormir como de costumbre.

- ¿Te acuerdas de aquella noche, cuando nos escapamos?

Las carcajadas atronaron el espacio.

Las últimas despedidas. Quizá se vieses alguna vez, pero era más probable que no se encontrasen nunca, y si lo hacían ¿para qué?. Ya no tenían nada que decirse. Absolutamente nada.

El tren se puso en marcha. Justo cerró la puerta del compartimento. Por la ventana abierta entraron nuevas canciones.

Si, la mili había terminado. De la noche a la mañana, una licencia le convirtió en hombre maduro. Un hombre solo, con sus obligaciones. En el cuartel no había más preocupación que cumplir las ordenanzas y obedecer a los jefes con diligencia suficiente para no echarse encima un arresto. Nunca faltaba el plato lleno en los comedores, ni la manta para cubrirse en la litera. El mañana no era una preocupación...

Ahora sería distinto. Volvía a lo de antes, al trabajo por cuenta de un amo, al paro, al jornal demasiado corto y los equilibrios para redondearlo. Volvía a lo que nunca quiso dejar. Sintió miedo. Un miedo racional a lo conocido.

Las primeras casas. Estaban llegando. Justo se tiró al andén, la maleta de madera colgando de la mano. Miró a su alrededor y se vio a sí mismo en traje de paisano, reflejado por una luna.

Junto al uniforme había quedado su juventud.

Se sentó en un poyete muy cerca de su novia, despreciando la mirada acusadora de Petra, que se perdió en el vacío.

- Bueno ¡ya te tenemos en casa! Ahora supongo que intentarás hacer algo...

- Sí. Eso parece...

El silencio se hizo pesado al prolongarse. Frases sueltas, que nadie recogía, atravesaban el aire. Regli sintió la desazón del aburrimiento.

- ¿Por qué no vas a casa de tu madre? Debe estar esperando.

El muchacho se levantó con desgana. Hubiese querido prolongar indefinidamente aquel período de inercia. Avanzó por las calles contando los pasos. El descubrimiento de un chino suelto o una lata vacía era suficiente motivo para detenerle, enfrascándole en un partido solitario.

El corrillo de mujeres detuvo su cháchara para contemplarle.

- ¡Vaya! Te licenciaron.

Sonrió abiertamente, dispuesto a contestar cuantas preguntas quisieran hacerle. Su voz llegó al interior, provocando una llamada inmediata de Manuela que se lanzó al encuentro de su hijo.

- ¡Anda, que te llama tu madre!

Dos gruesos brazos le atenazaron.

Era la hora de cenar. La mujer no pudo impedir que se le humedeciesen los ojos cuando su hijo mayor ocupó resueltamente el lugar de Jacinto.

- Ahí se ponía tu hermano.

Justo se encogió de hombros, molesto por la observación.

- ¿Y qué le hacemos, madre?. La vida tié sus cosas. Hay que olvidar los malos tragos.

Manuela suspiró, distribuyendo raciones de potaje.

- ¿Y la Encarna?

- No vuelve hasta tarde. La tienen de camarera y es otro trabajo.

El muchacho torció el gesto. Había aprendido mucho sobre camareras durante el servicio, gracias al Manolo, siempre con dinero de sobra y ganas de invitar.

- No me gusta ese oficio...

- Pues otro no le gusta a ella. Además, está con la María. No puedo pasarle nada.

Otra vez tuvo que contar su mili, aunque ya la conocían por episodios. Omitió conscientemente cualquier alusión a Manolo.

- ¿Y tu amigo? ¿también le han licenciado?

- ¿Cuál de ellos?

- ¿Cuál va a ser? ¡Manolo! Le traje un domingo ¿no te acuerdas?

Justo se mordió los labios, rojo de vergüenza retrospectiva. Cuando le presentó en su casa los dos llevaban uniforme. ¡Cómo debió reír por dentro de su pobreza!

- Pues claro que sí.

- ¿Vendrá alguna vez?

- No creo. No es de la provincia.

- ¡Si dijo que vivía en S. Jacinto!

Justo se impacientó ¿Hasta dónde pensaban arrastrar la conversación?

- Lo dijo por chulearse. Es de un pueblo de la Serranía.

Manuela no hizo más preguntas. La cena terminó, dando paso al silencio. Hasta Tía Justa cortó su ataque habitual de verborrea, dormitando pausadamente, mientras Pedro roncaba sin rebozo, tirado sobre la cama.

Manuela eligió aquel momento para plantear el problema.

- Sabes como andamos. Tu padre ya no trabaja.

El muchacho asintió con un gesto.

- Bueno... pues creo que debías colocarte enseguida. En la base falta gente.

Justo recorrió el cuartucho con la mirada. La mesa que trajeron del campo, el baúl, y la cama desvencijada por el uso. Sillas de nea, hornillo de butano, ya demasiado viejo, y el estante, donde se almacenaban platos desiguales y descascarillados. Verdaderamente, hacía falta dinero, como en el potaje, adornado por un hueso limpio en la carnicería y dos gotas de aceite.

- Iré mañana, madre. Mañana temprano.

- La oficina de colocaciones abre a las nueve...

Se tiró en la cama, extendiendo los brazos.

- Ten cuenta. Hay que dejar sitio para Encarna.

El cuerpo del muchacho se replegó. En la alcoba, el matrimonio dormía más ancho, porque faltaba el pequeño.

Fonso asomó a la calle. Los pasos tranquilos de algún noctámbulo se perdían hacia el castillo. El silencio del barrio no era buen augurio para el negocio. Siempre, ocurría lo mismo a principios de

semana. Y no sólo habían desaparecido los trabajadores que reservaban los extraordinarios para el día de paga. También los señoritos que solían visitar la taberna antes de ir al cabaret.

Esperó un rato por tranquilidad de conciencia, fijando la mirada en el reloj que avanzaba con una lentitud exasperante. Según su padre, debía estar en la tienda hasta la medianoche, aunque no tuviese un solo cliente. Pero aquel día se le hizo demasiado aburrido. Decidió echar el cierre. Por una vez no pasaría nada.

Trepando sobre el mostrador, abrió cuidadosamente el cristal que protegía la esfera. Muy despacio, para no romperla, hizo girar la aguja, fabricada a principios de siglo. Doce campanadas prematuras retumbaron en la tienda vacía.

Se tiró al suelo. Si al viejo se le ocurría pasar, achacaría su desobediencia a la mecánica. Antes de salir se detuvo frente al espejo, peinando cuidadosamente le espesa pelambreira negra, cubierta de brillantina.

Filo subió trabajosamente al taburete, procurando no rasgar su vestido, excesivamente estrecho. Nati prefirió quedarse en pie, evitando la ejecución de un número casi circense. Habían tomado la costumbre de pasar por *La Barraca*, reafirmando la amistad iniciada en la enfermedad de Jacinto y que pronto se extendió más allá de unos vagos saludos en casa de vecinos.

- ¿Qué tomáis?

- Medio whisky.

- ¿Tan mal están las cosas que andáis buscándolo por fuera?

- ¡Digo!. Ni un gachó que se retrate.

- Con decirte que la Puri nos ha mandao en descubierta por ver si pescamos algo...

- Pues andarse con vista que anda por ahí la ronda.

Nati agarró el brazo de su compañera.

- ¿¡No te lo dije?!. Ya verás como nos meten a la treña sin haberlo ni olió.

Filo desafío a un policía imaginario.

- Hija, hay que arriesgarse. Que quien no se arriesga...

- ¡Déjate de bravuconas, que no anda la cosa pá bromas!

En la vidriera se reflejaron las sombras de tres marineros, seguidos por la gorra de plato del policía nacional. Siluetas negras recortadas por el alumbrado público.

Nati hizo la señal de la cruz.

- ¡Chiquilla! ¡Cualquiera sale ahora!

Las siluetas se detuvieron ante la puerta. Esta se balanceó, dejando paso a dos gorros blancos. Cuatro ojos recorrieron el local, deteniéndose en las tres mujeres, inmóviles como estatuas. La puerta se cerró y las sombras siguieron su camino.

Filo suspiró aliviada.

- ¡Oju! ¡que mal rato he pasao!

- ¡Pues anda que yo! -exclamó Encarna, que tenía terminantemente prohibido recibir mujeres solas durante la noche.

- Claro, como no tenéis permiso ¡ya podía sacarlo tu patrona!

- Dice que es una casa seria.

- Eso no se lo cree ni ella.

Rieron a coro.

- ¿Tú no bebes?

Encarna negó con la cabeza.

- Me hace daño y luego me lo notan en casa.

- Pues ya debías irte acostumbrando.

- ¿Pá que? Aquí no hace falta.

- Ya saldrás algún día ¡no vas a tragar pá siempre con lo que te pagan!

- Es que piensa casarse con el hijo del amo.

Encarna sonrió sin contestar. Filo acercó a la luz su pequeño reloj de pulsera.

- ¡Hay madre! ¡si son y cuarto!

Besos húmedos subrayaron la despedida. Las sombras se recortaron en la vidriera, alejándose en la misma dirección que la vigilancia. Encarna suspiró. No le gustaba quedarse sola detrás de la barra. Se aburría, le entraba sueño, y a veces no podía evitar la cabezada, sorprendida a menudo por un cliente inesperado. Miró la hora en la trastienda. Faltaba mucho para que llegase Fonso.

Tres americanos se acercaron al mostrador.

- Cevesa.

Fonso no pudo reprimir un gesto de ira. La mano de aquel extranjero, apoyada desmayadamente en el brazo de Encarna borró todo el paisaje. Sabía que dejarse acariciar por encima del mostrador era práctica habitual en las chicas de barra. ¡Pero su novia no tenía que dejarse tocar. Ni tan siquiera una mano.

En dos zancadas se colocó al lado de la muchacha, que abandonó el cliente con la brusquedad del miedo.

- ¡Venga! ¡a cerrar!

- ¿Y si viene tu padre?

Fonso se encogió de hombros. Estaba demasiado excitado para reflexionar. Escenas pornográficas llenaron su cerebro, convirtiendo a la muchacha en intérprete de actos inconfesables.

Los americanos hablaban entre ellos. Observó que le miraban de reojo y sonreían. ¡Se estaban burlando de él!. La humillación se le clavó en el pecho, transformándose en celos.

- ¡A cerrar!

Encarna se encogió de hombros, alejándose. No era momento de discusiones. Había decidido evitarla por inútil, o al menos eludirla mientras pudiese. Por eso deseaba que se quedasen aquellos clientes y que viniesen otros, obligándole a mantener abierto hasta última hora, cuando quedase el tiempo justo para llegar a casa.

El rubio que le había acariciado llamó. Se colocó a su altura, procurando no acercarse demasiado.

- ¿Cuanto?

Se entretuvo calculando el total. Fue Alfonso quien presentó la cuenta. Las monedas quedaron sobre el mostrador. Antes de cruzar la puerta los extranjeros soltaron una última carcajada.

Mesas vacías. Anaqueles de botellas y calendarios estrepitosos. Fonso levantó el brazo. Por primera vez en su vida golpeó a una mujer. Encarna le dejó hacer sin protestar. Sin moverse. Tenía oído que

los hombres se desahogan pegando, y que las mujeres tienen la obligación de aguantarles.

De pronto, el muchacho dejó caer los brazos. Ardía por dentro, y al mismo tiempo sentía vergüenza. Aunque nadie le hubiese dicho que aquello estaba mal, se acusó de cobarde. Sintió ganas de tirarse al suelo, suplicando el perdón de la muchacha, y bajó la cabeza, buscando una frase cariñosa, algo que la hiciese olvidar sin necesidad de humillarse.

- ¿Por qué te portas como una puta? No pretenda decir semejante cosa. Le salió así, por las buenas, como si alguien le hubiese soplado, y quedó en el aire, porque le faltaron fuerzas para rectificar. Ahora Encarna le miraba de frente, sin amor.

- ¡Porque lo manda tu madre!

A Fonso se le puso un nudo en la garganta.

- ¡Eso no es verdad!

- ¿Que no? ¿te crees que esos entran sólo por echar un trago?. Si no me dejó algo y les escucho, más valía no abrir de noche. ¿No ves que hay mucha competencia?

- ¿Y eso a ti qué?

- Pues ná. Que si no vendo ya puco irme pá otro sitio. ¡Me iba a tragar mucho la María!

- ¡No te consiento hablar así de mi madre!

- ¡Si no digo ná!. Te contesto.

- Lo que tenías que hacer es estarte en tu casa, como las mujeres decentes.

- Que tú ibas a darnos de comer ¿no?

Fonso dejó caer los hombros. Dando media vuelta salió del restaurant. El aire fresco le revolvió el pelo, aliviando el calor que sentía en la cabeza, donde las ideas se mezclaban en una confusión indescriptible.

Encarna se precipitó en la trastienda. Necesitaba llorar y lo hizo apoyada en el fogón, sin atender las llamadas, dejando el bar abandonado a la clientela.

La última lágrima coincidió con la voz enérgica de un habitual. Salió más gorda que las otras, pero ya no venía de dentro,

Con un suspiro canceló la escena solitaria acercándose a la fregadera. El agua borró las manchas rojas de sus mejillas dejando un círculo alrededor de los ojos. Se miró en el espejo antes de aparecer en público. Se le notaba mucho. Demasiado. Hubiese querido esconderse y esperar pero no podía ser. Abandonar el negocio significaba el despido. Se acercó al grupo de militares borrachos, que bebían un último trago antes de batirse en retirada hacia sus cuarteles.

- ¿Qué desean?

- Gin.

Fue directamente a la habitación de sus padres. La puerta estaba cerrada, dejando escapar los ronquidos sordos del Alfonso, que formaban dúo con los mucho más suaves de su madre.

Aporreó la madera con los nudillos, aumentando su fuerza a medida que pasaba el tiempo. Por fin le contestó la voz sobresaltada de la mujer.

- ¿Qué pasa?

- Soy yo, oma. Tengo que hablar contigo.

- ¿Ahora?

- Si ¡ya mismo!

Los muelles del somier crujieron al liberarse del peso, María apareció con el pelo revuelto y greñudo, dentro de una camisa de dormir excesivamente ancha.

- ¿Qué quíés a estas horas?

- Una cosa mía. Muy importante.

La mujer le siguió hacia la salita restregándose los ojos. Cerró la ventana, para cortar la brisa de la marea.

- Bueno. Expílicate ¿se ha quemao la taberna?

Fonso hizo un gesto de impaciencia.

- ¿Es cierto que has mandao a la Encarna dejarse tocar por los americanos?

La mujer alzó los hombros.

- Hombre, tanto como mandar, no... además ¿a ti qué te importa?

- La quiero.

- No es mujer para tí. Tú necesitas otra cosa. Una señorita educá.

- ¿Y si estoy enamora?

- ¡Bah! ¡tonterías!. Se te irá pasando con el tiempo. ¿Pá esto me ha levantao?

- ¡Es que lo he visto!

La mujer empezó a interesarse por el cotilleo.

- ¿Qué?

- ¡Le cogía la mano por lo alto del mostrador!

- ¿Y eso qué? -¡Lo que te quea por ver!. Tú hazme caso. ¿Que te gusta?. ¡Pues a divertirte!. Tiempo tienes pá buscarte el matrimonio.

Le besó en la frente antes de retirarse. Fue un beso desagradable que el muchacho borró con el dorso de la mano. El gesto no molestó a la mujer. Nada podía molestarle fuera de los problemas económicos y sociales.

Se quedó en la sala hasta muy tarde, viendo como se balanceaban los visillos a impulsos del levante.

Cuando salió hacia su cuarto había tomado una importante decisión: atender los consejos maternos. Al fin y al cabo, tendría que ser alguien, con carnet del Casino. Su roce con una Infantes nunca podría pasar de la aventurilla juvenil, propia del señorito.

Se le quitó un gran peso de encima: los sueños idealistas del hombre inmaduro.

Aquella noche durmió profundamente.

V

Se levantó de madrugada. El sol estaba rojo en el borde del cielo.

En el control le indicaron su camino.

- ¡No vayas a salirte!

- ¿Por que tenía que salirme?

El soldado hizo un gesto de indiferencia, dejándole marchar.

La cola frente a la oficina de colocaciones ya estaba formada, como si algunos hubiesen esperado toda la noche. Justo pensó que no podía ser, porque ningún nativo, salvo los militares, estaba autorizado a quedarse dentro del recinto después de sonar la última sirena.

Miró a su alrededor. Rostros cansados, llenos de desesperanza. Camperos curtidos, marineros quemados por el salitre. Gente que no sabía leer ni escribir, que apenas pensaba, porque las ideas son lujo de ricos. Eternamente preocupados por llenar el puchero, sin otro futuro que doblarse en el esfuerzo, o recorrer campos y oficinas en busca de un jornal insuficiente, negado las más de las veces.

Apenas hablaban entre ellos, ni siquiera los que llegaron juntos, casi de la mano, porque en aquel momento no existían amigos. No buscaban ganar mucho ni hacerse ricos. Cuando abriesen la ventanilla, ante la cara gris del funcionario, lucharían encarnizadamente por la supervivencia, y en su lucha, como en todas las del mundo, habría vencedores y vencidos. Sobraban hombres en aquel mercado de trabajo, tantos, que sólo la suerte podría ayudarles a ganar.

Se estiraban, procurando lucir sus músculos, sus manos callosas, para mostrar claramente que no eran inútiles ni estaban enfermos. Los más viejos, sonreían mecánicamente, procurando aparentar juventud. Los jóvenes, acicalados, hacían lo posible por ocultar las huellas del hambre. En aquella cola, todos eran enemigos.

El rostro inexpresivo del empleado apareció en el hueco.

- ¡Venga! El primero.

El hombre acercó su rostro al cristal. Desde su puesto, Justo vio moverse los labios del funcionario. El ruido de la conversación llegaba atenuado. No podía entender las palabras pese al silencio.

El desconocido abandonó la ventanilla. La cola avanzó un paso.

Justo se entretuvo examinando a su vecino. Pantalones de patén, una faja negra rodeándole la cintura y alpargatas con suela de goma, deshilachadas por los bordes. En la mano, una gorrilla de tela gris, arrugada de tanto estrujarla. Evidentemente, venía del campo. De cualquier campo, pero no era Trujenero. Le hubiese conocido. Miraba a su alrededor con asombro y miedo, deteniéndose en los detalles: la máquina de café, que se descubría tras los cristales, cuyo buen funcionamiento pudo constatar al manejarla a menudo los de la oficina, la de chicle, la fuente de agua potable que lanzaba un surtidor en miniatura apenas se apretaba el pedal, el soldado de guardia, perfectamente ausente a la escena, la enorme pistola colgando del cinto...

El forastero llegó ante la ventanilla.

- ¿Sabe escribir?

Negó con un gesto. El funcionario se agitó irritado.

- ¡Pues ya podían aprender!

- Es que... trabajo desde los siete años y en mi pueblo no hay maestro -se disculpó el desconocido.

El empleado se inclinó sobre una hoja impresa.

- ¿Nombre?

Los blancos del papel se llenaron de extrañas patitas de mosca que Justo tampoco comprendía. Sintió un escalofrío temiendo que conocerlas fuese condición indispensable para triunfar. Por si acaso, siguió con interés el interrogatorio, procurando grabarlo en su memoria.

-¿Ha pertenecido a organizaciones cuyo fin sea derrocar al gobierno de los Estados Unidos?

El campero abrió desmesuradamente los ojos. ¿Qué eran los Estados Unidos? ¿como podía él, un serrano sin conocimientos, tener cuentas con gobiernos?

El funcionario suspiró. Ahora hablaba con marcado desprecio, como quien enseña contra su afición la primera letra del alfabeto a un niño retrasado.

- U pregunto si ha pertenecido a organizaciones subversivas.

-Yo... pues no sé, señor... sólo a la peña de fútbol de mi pueblo...

El de la ventanilla escribió, sonriendo con suficiencia. Ante él estaba el buen latino, subdesarrollado, inculto, pequeño y moreno, ajeno a los beneficios de una civilización que la magnanimidad norteamericana le haría conocer muy pronto.

- ¿Ha sido alguna vez encarcelado, detenido o complicado en actividades destinadas a derribar el Glorioso Movimiento nacional? ¿Ha pertenecido a grupos que persiguiesen este fin o hayan sido declarados ilegales?

El serrano se acarició la mejilla. Empezaba a entender. Cuestión de memoria. A menudo le llamaban al cuartel, porque a su padre lo encontraron una mañana junto a la tapia del cementerio, con dos balas en la cabeza. Hacía mucho tiempo, pero ni los ricos ni él habían olvidado.

- Mire usted... yo de eso no sé ná. ¿Qué hay que decir?

El funcionario continuaba sonriendo. Evidentemente, aquel subhombre no podía comprender.

- Está bien. Puede retirarse.

El serrano no se movió. ¡Que le dijiesen si o no!. Vino andando y pensaba pedir un anticipo para coger el tren, porque los pies empezaban a dolerle, pese a la costumbre de correr monte.

- ¿Me dan trabajo?

El extranjero de la ventanilla alzó los hombros.

- Ya recibirá nuestra contestación. Hasta entonces no puedo decirle nada. No es cosa mía.

- Pero...

- ¡Retírese y deje paso al siguiente! ¡no estarnos para perder el tiempo!

Justo se apoyó en el cristal. Le temblaban las piernas, y el sudor había cubierto sus manos.

- Mire señor, yo tampoco sé leer en condiciones. Sólo las letras. Donde me crié, que fue aquí mismo, no teníamos escuela...

Las preguntas se sucedieron. Se limitó a contestar sí o no, convencido de que la parquedad era su mejor defensa.

- ¿Es del pueblo?

- Pues sí, señor.

- En ese caso venga pasado mañana a recoger la contestación.

Iba a retirarse, pero no fue capaz de hacerlo sin dejar caer la pregunta.

- ¿Usted cree que me cogerán?

El funcionario hizo un gesto de duda.

- Es posible. En todo caso, los que viven en la zona tienen preferencia. Se trata de evitar problemas de transporte y pérdidas inútiles de energía.

Salió de la oficina lleno de esperanzas. Pegado a la cuneta, enfiló hacia el control. Hacia calor. Tanto, que el vapor del asfalto le subía hasta la cara. Pensó en el serrano, andando por cualquier carretera hacia las montañas del horizonte.

Le dieron trabajo, y una tarjeta grande donde se contrastaba un ancla. Sus datos personales, incluido el tipo de raza, figuraban en ingles, de manera que sólo podía comprender su nombre y sus señas. Estaba guapo en la fotografía. Se prometió pedir una copia para la Regli cuando fuese a pagarla con la primera semana,

Pasó el control junto a Nicolás, exhibiendo orgullosamente el cartoncillo. El tajo estaba a un par de kilómetros. Los hicieron a pie, porque había tiempo de sobra y tenían ganas de hablar. Cuando llegaron el capataz pasaba lista.

Le dieron una pala, colocándole en la boca de la hormigonera. Dos muchachos desconocidos compartían su trabajo, moviéndose rítmicamente. No hablaron, porque no había tiempo. El enorme vientre de acero no se saciaba nunca, consumiendo material ante la mirada de capataces y técnicos de uniforme, que vigilaban celosamente, porque aquello no podía trabajar en vacío.

- ¡Deprisa! ¡más deprisa! - gritaban de cuando en cuando en su mal castellano.

No había cigarro como en el campo ni bocadillo. El ritmo no lo marcaba el hombre más fuerte de la cuadrilla, si no una máquina, que sabía muy poco de como pega el sol sobre la espalda. A Justo le entró un dolor agudo en los riñones, y después la cabeza se puso a darle vueltas. Luego no sintió nada.

A la hora del almuerzo se tiró al suelo junto a Nicolás, que comía ávidamente.

- ¡Vamos! Se te pasará el tiempo y entavia no has abierto el canasto.

- ¡No pueo ni abrir la boca!

- ¡Anda hombre! ipa trabajar hay que comer!

En un supremo acto de voluntad sacó las sardinas de la barra, tragándolas prácticamente enteras.

- ¡Chiquillo! Esto no hay quien lo aguante.

Nicolás le palmeó cariñosamente.

- En los primeros días, que traes hambre atrasá. Luego te vas haciendo y es que ni te enteras. Ya verás.

Tronó la sirena. Otra vez a la máquina.

Apenas abrieron apareció la pica. Puri no pudo ocultar su sobresalto ante aquella visita intempestiva. Con amabilidad untosa se acercó a los uniformes.

- ¿Quieren tomar algo? Invita la casa.

Los americanos se negaron. Incluso el del pueblo rechazó la invitación.

- ¿Está el jefe?

Puri abrió los brazos con impotencia. En casos semejantes la mejor defensa estribaba en la ignorancia.

- No sé... creo que ha salido.

- ¡Ve a buscarle!

- Es que... no sé donde habrá ido. Se llevó el coche.

Los marinos no se movieron. Apoyados en la barra recorrían las mesas, recontando cuidadosamente a las muchachas.

- Falta alguna ¿no? apuntó el nativo.

- Puri asintió.
- La Filo. Siempre se retrasa...
- Tampoco veo a la Loqui.

La encargada alzó les hombros.

- A lo mejor se ha tomado el día libre.

Los últimos compases del disco se apagaron, aumentando la pesadez del ambiente en aquella noche calina. Hasta los pasos sobre la acera podían distinguirse de los motores que cruzaban la avenida.

El municipal pasó tras el mostrador, recorriendo con la mirada el anaquel de los vasos, perfectamente limpios y colocados sobre un plástico, como mandan las ordenanzas. El celofán del Elen - brillaba en un lugar de preferencia, demostrando que se aceptaban los consejos de la autoridad en cuanto a detergentes. El policía abrió el grifo del agua caliente, colocando la mano bajo el chorro. Pasaron algunos segundos.

- Esto no da la temperatura.
- Es que hay que esperar.

Hizo un gesto de duda. Las telas metálicas estaban en orden, el suelo perfectamente limpio, los lavabos con jabón y toalla. Ni un detalle para justificarse. Era una pena.

Se sentó en el centro de la sala.

- Bueno. Vamos a ver. ¿Habéis pasado el último reconocimiento?

Una tras otra, las muchachas tendieron sus tarjetas de control “voluntario”, donde figuraba la fecha y el resultado de los exámenes sufridos en el hospital. El policía se las tendió al suboficial americano que las examinó detenidamente.

Puri decidió intervenir.

- Como ustedes verán todo está en orden.
- Todavía nos faltan dos...

La encargada empezó a impacientarse.

- Tú misma, Nati, haz el favor de buscarme a la Filo ¡que se dé prisa! Y si encuentras a la Loqui le dices lo mismo. Ya le daré libre mañana. Tú, Peggy, acércate a su casa, no vaya a ser que esta no la encuentre. Se lo dices. Que la estoy esperando y tengo prisa.

Las dos muchachas se esfumaron, contentas de abandonar *La Cubana*.

Puri se preparó un whisky. Tenía necesidad de beber.

- ¿No quiere usted, mi teniente? - preguntó, ascendiendo intencionadamente al cabo indígena.

La gorra del guardia se ladeó ligeramente.

- Cabo. Simplemente cabo.
- ¿Pero me le aceptará? - y la sonrisa se hizo insinuante.
- Bueno, pero que sea pequeño. No debes olvidar que estoy de servicio.

La encargada acercó la copa a la autoridad, gesto que en el mundillo nocturno significaba una importante deferencia. Puri jamás abandonaba el parapete de la barra, sin molestarse en atender después de las once. Se sentó junto al policía.

- No entiendo nada. ¿Me puede decir qué pasa?

El municipal hizo un gesto de impotencia, significando que él no tenía la culpa.

- Lo de siempre. Una denuncia.

- ¿Por que?

- Venéreo.

Puri enrojació.

- ¡Eso sí que no! Aquí no tenemos ni una enferma. ¡Vamos! ¡que no me ando yo con cuidado!. Al menor síntoma ya las estoy largando, y si no salen del pueblo yo misma las denuncio. ¡Eso lo sabe usted!

- ¿Qué quieres que haga? La ha presentado un suboficial cuando le llegaba hasta los ojos y no tuvo más remedio que entrar en el hospital.

- ¿Como le dicen? ¡seguro que ni es cliente?

- No sé. Eso se lo callan.

Puri carraspeo. Antes de avisar a Jacques tenía que saber por donde andaban los tiros.

- ¿Qué nombre ha dao?

- Tres o cuatro. Dicen que es uno de esos boinas verdes, y tiran de largo.

- ¡Vaya! ¡del Vietnam!. Pues seguro que no ha estao con ninguna de aquí. Les tengo prohibido andar con los del Pacífico. ¡Toos vienen enfermos!

El policía repitió su gesto. Puri sonrió melosa.

- ¿No podría enseñarme la lista?

La mano señaló hacia los yanquis, que se mantenían alejados, muy cerca de la puerta.

- La tienen esos.

- Se la pedimos...

El cabo se levantó de mala gana. Hablando en infinitivo, pidió el documento, que el americano no tuvo inconveniente en alargar.

- Toma.

Puri dio un grito.

- ¡Pero esto es imposible ¡si estoy la primera!

- Las cosas...

- ¡Si usted lo sabe! Ando con el jefe hace un par de años y es la mar de celoso. ¡Menuda la que va a organizarme!

- Yo... lo que han puesto.

Destras estaba Filo, la Loqui, Peggy... Una rubia alta y otra regordeta.

- ¡Ni que fuese Sansón!

- Mi tarjeta y la de Peggy ya la han visto. Estamos en condiciones.

- Dicen que eso puede cogerse en un día, y como hace ocho que pasasteis registro...

Nati volvió sola.

- Filo dice que no quiere venir, pero aquí está su tarjeta al corriente. A la Loqui no la he visto.

El cabo se levantó, recorriendo la sala con grandes zancadas. Las cosas se complicaban. ¿Como iba a presentarse ante sus jefes sin dos de las principales?

Un grupo de americanos entró por la puerta lateral. No habían llegado al mostrador cuando sus

compañeros les ordenaron marcharse. Fue entonces cuando las chicas constataron que el local había sido declarado “fuera de zona”. El miedo les hizo bajar los ojos.

- Buenos. ¡Búscame al amo que esto se pone serio!

Esta vez Puri no se hizo rogar.

- Veré si ha llegado - advirtió, antes de salir.

Jacques repasaba las cuentas ante el aparato de televisión. De cuando en cuando, levantaba los ojos para seguir una escena, apartándolos de la pantalla apenas disminuía la violencia. El timbre de la puerta interrumpió sus complicadas reflexiones matemáticas.

Puri irrumpió en el saloncillo.

- Está la pica. Quieren cerrar el bar y llevarnos a unas cuantas.

Jacques enfiló la chaqueta, trotando escaleras abajo. La voz del televisor resonaba a su espalda.

- ¿Qué pasa? ¿me lo pueden explicar?

El cabo se sintió visiblemente incómodo ante el ilustre propietario de cabarets.

- Mire usted, D. Jacques... yo... lo que me mandan... Que esto se tiene que precintar... bueno, cerrar al público o dejar que los de la pica se queden plantaos a la puerta, pá que no entren de los suyos... y que cuatro de sus chicas tienen que acompañarme.

- Creo que está la Puri...

El policía asintió con un gesto.

- ¡Pero es imbécil! ¡imbécil!. Mañana hablaré con el alcalde.

- Es él quien me manda. Bueno, el Ayuntamiento. También me han dicho que no se preocupe. Que todo se arreglará, pero ahora tienen que hacerlo.

- ¿Y el crédito? ¿y la fama? ¡eh!. Esa ¿quién la repone? ¿quién la paga? ¿y las pérdidas, con la flota llegando?

- Yo no sé, D. Jacques. Yo, lo que me mandan.

El brigada repiqueteaba un bolígrafo sobre la suciedad de la mesa. Un número situado frente a la enorme máquina se disponía a escribir sobre el papel timbrado cuanto le mandasen.

Jacques se agitaba en el espacio libre, haciendo revolotear los bajos de la americana.

- ¡Le digo que no! ¡es imposible!. Ese imbécil se ha equivocado.

- Ya se sabe. A veces andan tan borrachos que no se enteran ni de con quien se acuestan, y como tienen prohibido hacerlo con las que no llevan tarjeta, pues largan el primer nombre que se les viene a la boca.

- ¡El cabo tiene razón! Y eso no lo ignoran las autoridades de la base.

El brigada carraspeó.

- Eso se lo dirán al juez, o a quien sea. Yo sólo tengo que r los datos y detener. Vamos a ver, señorita, díganos su nombre.

- ¿Es que no me conocen?. Puri Alcántara

El representante de la autoridad suspiró.

-Quiero el de verdad. El que tiene escrito en la tarjeta de identidad, ¡vamos!

Puri encogió la cara. Jacques se acercó.

- ¡Díselo y no complique más las cosas!. Mañana lo arreglaré en el Ayuntamiento.

La muchacha rebuscó en el bolso. La tarjetilla envuelta en celofán brilló sobre la mesa. El brigada leyó en voz alta. No le caían bien aquellas mujeres, y sabía que escuchar su verdadero nombre dentro de la profesión les molestaba.

- Pancracia Pérez González.

La máquina repiqueteó, consignando datos.

El brigada repasó la denuncia.

- Aquí falta una mujer.

- Es que no la encontramos. Habrá salido de viaje –arguyó el cabo tímidamente.

- ¡Pues hala! ¡a buscarla!

- Pero...

- ¡A buscarla he dicho!

El suboficial no se hizo repetir la orden. Seguido de un número se perdió en la noche, dispuesto a registrar hasta el último rincón del pueblo.

- A estas las pasan al calabozo.

- ¡Pero si tenemos las tarjetas en orden!

- Es igual. Eso se coge de momento.

- Pues que venga D. Juan a reconocernos.

Jacques le indicó que debían obedecer

- Es mejor. Hasta mañana no podemos hacer nada.

Las chicas desaparecieron en el largo pasillo.

El pied-noir se sentó junto a la autoridad.

- Esto será una tontería ¿no?

El brigada negó con la cabeza.

- Puede ponerse serio. A lo visto se trata de un oficial y está muy tocado. Se han puesto por las nubes. ¿Usted cree que si no hubiesen insistido le habríamos hecho el menor estorbo?. Este tipo de escándalos no benefician a nadie. Ni a usted ni a nosotros. Por eso le aconsejo que no se comente mucho.

- Eso delo por descontado, pero le sigo diciendo que es una sarta de patrañas. Hasta han metido a la Puri, que tengo retirada. ¡Es mi derecho guardármela con tranquilidad como ustedes las suyas! ¿no cree?

El guiño del francés fue subrayado por una carcajada del policía, que terminó golpeando la mesa con su mano abierta.

- No se preocupe. A esa podremos soltarla... las otras...

Jacques se encogió de hombros.

- Haga lo que quiera. De cuando en cuando conviene variar el género, pero es que a esta la tengo puesta en la caja, y eso es difícil de encontrar... por lo demás ¿usted entiende, no?

La Loqui esperaba, encerrada en el cuarto. Peggy le avisó y tenía miedo. Mucho miedo a la cárcel,

al juez, y la ley de vagos, que no hacía mucho tiempo aplicaron a su compañera, alejándola definitivamente de su vida. Lloraba, sin poder contenerse, apagando los sollozos contra la almohada, el oído atento al menor ruido que llegase de la escalera. Los pasos reales se mezclaron con los imaginarios, que la sobresaltándola repetidas veces en aquellas horas. Cuando golpearon la puerta contuvo sus lágrimas y hasta la respiración.

No, ella no había sido. Conoció al boina verde y hasta subió con él a los cuartos, pero no pasó nada, porque se lo notó a tiempo. Venía enfermo. Bien enfermo. Casi bastaba con mirarle para tener la seguridad. Se lo dijo y él no protestó. Estuvo hablando, hablando mucho tiempo, y le pagó como si de verdad hubiese pasado algo. Ahora comprendía por que le pidió su nombre con tanta insistencia, y el de algunas compañeras. Para justificar su salida del barco. No debió habérselos dado, pero ya estaba hecho.

Los porrazos sonaron de nuevo. La Loqui continuó inmóvil. Su tarjeta estaba en regla pero sabía de sobra que aquello no le serviría de nada a la hora de la verdad. El jefe era buen amigo de las autoridades, quizá hiciese algo, porque ella se lo ganaba bien. Pero era más seguro que se cruzase de brazos, limitándose a traer una sustituta como hizo, las otras veces. Y las compañeras lo mismo. ¿O es que iban a perder el pan de sus hijos por defenderla?. Ella no movió un dedo cuando se llevaron a la Marylin, aunque era su amiga de muchas años, y se lo quitaban de la boca por ayudarse.

- Sé que estas ahí porque me lo han dicho abajo ¡abre!

Reconoció la voz. El cabo era buen catador de mujeres y no sería la primera vez que exigía sus favores. Sí, exigirlos, porque él nunca pagaba. Se limitaba a cobrar un impuesto en especies, obligatorio cuando se pretendía ejercer la profesión con una cierta tranquilidad, igual que las propinas semanales, que los regalos, cuando la pillaban “in fraganti”, porque entonces decían que aquello estaba prohibido, aunque se permitiese en el pueblo entero, y necesitasen tarjeta oficial para trabajar.

- ¡Abre o tiro la puerta abajo!

La Loqui se levantó, acercándose muy despacio a la entrada, para descorrer el pequeño pestillo que había soportado milagrosamente los primeros envites de la autoridad. El cabo sonrió.

- ¡Vaya! ¿Con que estabas aquí?

- ¿No so lo habían dicho?

El policía rió groseramente.

- ¡A mí de que!. Lo que pasa es que no soy idiota.

Y se estiró, orgulloso de su perspicacia.

- Bueno ¡venga!. El jefe quiere conocerte.

- ¿Puedo hacer la maleta?

- ¿Tan segura estas que sales de viaje?

- ¡No!. pero como pasó aquello a la Marylin.

- ¡No te van a mandar con ella, mujer! Esto lo arregla mañana tu patrón.

- ¿Y si no lo arregla?

- Ya te la llevarán. Ahora vamos, ¡que tengo prisa!

Metió el llavín en el bolso, bajando la cabeza para esconder las lágrimas.

Jacques volvió malhumorado. La semana no habla sido buena, y aquello tenía que pasar

precisamente en jueves, cuando la cosa se animaba y a dos días de la flota. Las mujeres que pidió de refuerzo estaban en camino. Tendría que ofrecerlas por ahí, a lo que quisieran darle. Con mucha suerte escaparía ras con ras, pero a poco que flojease la demanda le tocaba perder, pues todos habían preparado el material necesario.

- ¡Les saluds de merde!. Ils vont tout foutre en l'air –murmuró para sí.

Los marinos yanquis continuaban a la puerta del bar, desviando la clientela hacia la competencia.

- ¡Couillons!

A llegar junto a ellos recompuso el gesto, saludándoles con afectada amabilidad.

- Pueden retirarse. Les garantizo que cerraremos inmediatamente.

- No. Quedar aquí hasta luces apagadas y mujeres fuera.

- SI, sí ¡luces apagadas! ¡sí!

Desapareció en el interior. Había que liquidar deprisa, de que corriesen las voces, creando una alarma en la clientela que sería difícil borrar. En la base anunciarían que *La Cubana* estaba fuera de zona, pero no importaba. Nadie echaba cuenta de aquellas órdenes absurdas, ni se redactaba la nota manera que pudiese reflejar la razón de semejante medida. En cambio la pareja impresionaba a todos, pues sólo guardaba locales donde habla ocurrido algo extremadamente grave.

Si la veía mucha gente sería difícil hacer tragar la clásica historia del viaje imprevisto o la enfermedad familiar, que siempre paliaba las consecuencias económicas de un cierre repentino.

- ¡Vamos chicas!. Esto se cierra ahora mismo. Y mañana, sin falta, os quiero a todas en el hospital apenas abran la puerta. El brigada me ha dicho que tenéis tres días de registro. La que lo pase ya puede tomar soleta. Y no quiero veros por la calle. Con que ¡deprisa y sin armar escándalo!.

Nati se adelantó.

- ¿Y la Filo?

- Quedó allá. Si quieres hacerle compañía ...

La muchacha se eclipsó tragándose las lágrimas.

Rosa fue más práctica.

- ¿Quién paga hoy?

Jacques sonrió despectivo.

- El alcalde, rica.

- Pero hemos entraó al trabajo...

- Y habéis salido ... La que no este conforme que vaya a Sindicatos ... y me avise, para reírme a gusto con la cara que le pondrán.

- ¿De que viviremos estos días?

- Cuando apriete el hambre llegarse por un anticipo. ¡Pero con firma fetén que luego no hay quien cobre!

- ¡Huyi ¡que no se lo desquita usted!

Jacques se impacientó.

- ¡Venga! ¡a la calle! ¡No quiero ver la pica por estos alrededores!

Las muchachas se dispersaron huyendo hacia cuartos, sin responder siquiera a las invitaciones que les prodigaban los borrachos.

Un billete de mil se agitó bajo la nariz de Nati. Hubiese querido cogerlo, porque los necesitaba, pero

las circunstancias le obligaron a retirarlo de un manotazo.

Encarna echó en falta la visita nocturna. Se había acostumbrado a verlas y a escuchar sus historias, más o menos truculentas, generalmente vividas y regularmente exageradas. Más pendiente de la hora que otras veces, procuró mantenerse apartada de la clientela, temiendo la aparición prematura de Fonso. Éste no llegó hasta muy pasada la media noche. Ya no le esperaba.

Se colocó a su lado como si nada hubiese ocurrido.

- ¿Entramos dentro?

Encarna accedió, aprovechando un claro de clientela. Apenas cruzaron la divisoria, las manos del muchacho recorrieron suavemente su cuerpo.

- ¿Ya no estas enfadado?

- No. ¿Por que iba a estarlo?. Fue una tontería.

- Pues la otra noche te pusiste como un loco.

- Es que lo he pensado. La verdad, no tenía importancia. Encarna se dejó caer sobre una manta tendida en el suelo.

-¿Seguimos siendo novios?

- ¡Pues claro!

La muchacha le besó. Ahora estaba segura de que sus relaciones serían eternas.

D. Anselmo esperaba. Aún no le habían anunciado la visita de Jacques, pero estaba seguro que llegaría. Era la costumbre cuando ocurrían incidentes semejantes. Repasó el escenario. Sobre la mesa, una pila de documentos, destinados a mostrar su exceso de ocupaciones. El sillón, un poco ladeado, como si acabase de salir la última visita. Las gafas blancas, que no necesitaba pero usaba para impresionar, al alcance de la mano, junto al bolígrafo.

Dio una larga chupada al cigarro, derramando la corola de ceniza en la escupidera.

Unos nudillos golpearon tímidamente el cristal.

- ¡Pase!

El secretario estaba excitado.

- ¡Ya lo tenemos ahí!

- Bueno... Me lo traes dentro de cinco minutos. Dile que estoy firmando.

D. Anselmo dividió el paquete de oficios, hechando la mitad hacia la derecha, Después, extendió el garabato elegido para presentarse como hombre culto y de negocios, al pie del escrito que le cayó a mano, cuyo contenido desconocía, pero aceptaba. Estaba seguro de que su secretario jamás pondría a la firma algo inconveniente, que hiciese peligrar su magnífica posición en la administración local. Por otra parte, había comprobado que leer aquella multitud de papelajos le robaba un tiempo excesivo, aburriéndole enormemente. Otra vez repicaron los nudillos.

- ¡Pase!

La puerta se abrió ante un alcalde inclinado sobre la mesa, literalmente sumergido en documentos.

- Es D. Jacques, señor alcalde.

La cabeza semicalva se alzó, exhibiendo la mirada perdida del intelectual a quien arrancan de una tarea delicada, que exige toda su atención. El gesto vago se concretó de pronto una amplia sonrisa,

destinada a probar que la luz se había lecho, permitiéndole reconocer la personalidad del visitante.

- ¡Caramba D. Jacques! ¿qué le trae por aquí?

La primera autoridad abandonó pluma y sillón. La mano tendida, abordó al recién llegado. Jacques la estrechó, señalando con un gesto al secretario.

- Es confidencial...

D. Anselmo agitó la mano izquierda.

- Puedes irte, Matías.

- Es que le traía unos documentos... son importantes.

El alcalde se pasó la mano por la frente fatigada.

- ¡Qué barbaridad! ¡qué mañana!. Bueno, ya me los darás luego. Necesito mirarlos con calma y a D. Jacques hay que atenderle como se merece.

El secretario desapareció. D. Anselmo indicó a su visitante el sofá del tresillo.

- Estaremos mejor aquí - explicó, sabiendo que la deferencia de renunciar a una mesa entre ambos sería apreciada por su huésped, pues denotaba el deseo de convertir un encuentro oficial en algo mucho más íntimo.

- Y bien ¿en qué puedo servirle?

Jacques contó los sucesos de la noche. Le habían cerrado el local, deteniéndole a cuatro muchachas. Había sido por una denuncia, evidentemente equivocada. Con los borrachos ya se sabe. Posiblemente habría adquirido la enfermedad en otro sitio, fuera del pueblo.

El alcalde escuchaba, fingiendo atención y sorpresa. La noticia llegó a su casa muy de mañana en boca de Matías, secretario y confidente siempre a punto en el servicio de su amo, enriquecida con toda suerte de detalles.

Se hizo el silencio. D. Anselmo se reajustó las gafas inútiles.

- En fin... es un problema indudablemente. No quiero perjudicarle pero tampoco puedo ponerme enfrente de las autoridades norteamericanas. Ya conoce lo convenido cuando llegaron: las personas denunciadas deben salir del pueblo inmediatamente, y para sacarlas no hay otro medio que aplicarles la ley de vagos. Por otra parte, todas las que tuvieron contacto con ellas deberán ser cuidadosamente examinadas y el local donde trabajen cerrado temporalmente.

- ¡Pero habría que aplicárselo a todos!

El alcalde rió.

- Sabe usted que esos muchachos solteros necesitan mujeres... Y usted también, pues gracias a esta debilidad humana funciona su negocio, lo que nos permite la satisfacción de tenerle entre nosotros. Se procura mantener una relativa higiene. Y no cabe duda que tienen razón al exigirla.

- Bueno... pero en este caso concreto podremos arreglarlo... El alcalde hizo un gesto indefinido. Jacques comprendió que las armas ya estaban afiladas. Había llegado el momento de usarlas.

- Por cierto ¿recibió mi regalo de Navidad?

El alcalde afirmó ligeramente molesto. Se trataba de un reloj de oro macizo, y un sobre azul, relativamente grueso. El de *La Cubana* no había faltado a la costumbre. Es más, se había excedido, quedando por encima de los otros comerciantes.

Jacques volvió a la carga:

- Entre las que se han llevado esta Filo ¿Se acuerda de aquella noche en Facanias?

D. Anselmo se removió incómodo. Siempre ocurría lo mismo cuando tocaba enfrentarse con aquella

raza. Sabían demasiado y eran capaces de pringar a un santo.

- Creo que algo podremos hacer ¿Cuántos días le han puesto?
- De momento, el cierre es indefinido, pero tengo oído que quince.
- Quizá consigamos reducirlo a una semana, si todas las chicas pasan reconocimiento en esos días... y no se encuentra nada. Compréndame. Intervienen otras autoridades en el caso.

Jacques abrió los brazos.

- Ya sabe que a veces vienen de fuera, como clientas. No as podemos echar. De esas no puedo responder. Ni siquiera están en la casa. De las mías si respondo ¡pero hagan el favor le no ponerlas juntas!. Tenga en cuenta que sólo soy un honrado comerciante.

El alcalde reflexionaba.

- Claro que las detenidas... Hay que contentarlos.
- Tengo algo que pedirle sobre el particular. Una de ellas, Pancracia Pérez González ocupa el cargo de cajera. Me es indispensable, pues me lleva el negocio. ¿Podrían soltarla?. Le aseguro que no va con la clientela.

- Es difícil.

- ¿Cuándo celebra su santo?

El alcalde llamó.

- El día quince.

La cabeza del secretario apareció en el dintel.

- Llama a la comisaría. Entérate como tiene la tarjeta una tal Pancracia Pérez, de *La Cubana*, que detuvieron anoche. Si está en regla que la pongan en la calle.

Se volvió hacia Jacques.

- Más, no puedo hacer.

El francés sonrió, estrechando por segunda vez la mano fofa de la autoridad.

- Siempre me había intrigado la fecha en que celebraba su fiesta. Hace años que tengo intención de mandarle un recuerdo en ese día.

VI

Esta vez Justo terminó el contenido del canasto. Tenía razón Nicolás. Era cuestión de costumbre. Ya no le dolían los riñones ni tenía que pensar cada paletada para que la grava cayese en el sitio. El trabajo quedaba reducido a un movimiento mecánico ajeno a cualquier esfuerzo intelectual. Por otra parte, en casa iban comiendo mejor, y la carne de cuando en cuando se dejaba sentir. Los hombres del tajo, apenas se conocían. No quedaba tiempo de conversaciones, y por la tarde andaban con demasiada prisa por llegar a su casa para entretenerse en amistades. Sabía de sus compañeros en la boca de la hormigonera. El uno estaba soltero, como él, y el otro tenía seis hijos. No cobraba puntos, decían que ya estaban incluidos en la prima, y vivía ras con ras. Sonaba la sirena de mediodía cuando apareció el jeep. El capitán Bill saltó al suelo, tambaleándose ligeramente. Los muchachos sonrieron, pocas veces se le veía fresco a la hora de girar ronda. Venía del Casino, con D. Cesar. Recorrieron el tajo, saludando a los hombres.

- ¡Tú!

Nicolás se acercó al oficial.

- Diga, señor.

- Vete al coche y espera.

Llamaron a uno que le decían El Serrano, y a Juanillo, que de puro infeliz se mataba trabajando.

- ¡Subirse!

Los obreros obedecieron.

- ¿Ande nos lleva, mi capitán? -preguntó el Serrano. Amoscado por tan desusada invitación.

- A enseñaros una cosa...

Los trabajadores guardaron silencio, escuchando con respeto retazos de una conversación, repleta de giros y palabras extrañas. “Desarrollo” y “atraso” se repetían insistentemente.

Un frenazo. Estaban en la pista de despegue. Los pies sobre el asfalto, aguardaron el acontecimiento prometido.

Desconfiado por naturaleza, Nicolás observó a sus anfitriones, que cuchicheaban, riendo quedamente.

- ¡Aquí de tontos!

Sus compañeros no comprendieron. Esperaban algún trabajo extra, una propina, o una reprimenda.

- ¡Sí! como en el circo. ¡Pá reírse de nosotros nos han traído!

Un potente rugido. El caza se levantó camino del mar. Bill no pudo evitar un ligero estremecimiento.

Otro aparato cruzó la pista. Cesar reculó, comentando los progresos de la técnica. Sólo los trabajadores continuaron en el sitio, como si aquello no fuese con ellos.

Bill se volvió al grupo.

- ¡Esto es América! ¡Progreso! ¡América es futuro! ¡el futuro de todos los pueblos!. En todo el mundo aviones americanos al cielo, y dólares americanos a la tierra.

Los camperos se hicieron los sordos. Cesar lo atribuyó al ruido. Por eso gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Que debéis admirarlo, porque esto es muy importante!. Nosotros no somos capaces de hacer instrumentos tan rápidos.

Las manos en los bolsillos, el cuerpo ligeramente inclinado hacia detrás, Nicolás se volvió al oficial americano.

- Yo lo que digo. ¿Ha visto alguna vez un borrico cargao de cañas? Pues pá hacerse la comparación, estos son burros cargaos de cañas p'al paso que llevarán ustedes el día que podamos meterles mano.

Bill cogió el brazo de Cesar, arrastrándole hacia el automóvil. Arrancó, sin esperar a los muchachos, que volvieron al tajo, por sus propios medios preguntándose que había sucedido.

Se detuvieron en la Oficina de Colocaciones.

- ¡Pero hombre! ¿qué quieres hacer?

- ¡Mi deber! -respondió Bill con énfasis.

La puerta de cristales crujió impulsada por el militar.

El funcionario se puso en pie ante la ventanilla.

- ¿Qué desea, mi capitán?

- Ver inmediatamente a su superior.

El empleado desapareció, volviendo poco después.

- Venga, por favor. D. Marcelo le está esperando.

Bill se dejó caer en la butaca sin esperar la autorización del ocupante del despacho. Un Español bien vestido, de buenas maneras y corbata discreta, preocupado por la visita intempestiva.

- Inadmisibile! Es necesario vigilar más estrechamente las personas que contratan. Hay falta de fidelidad a los Estados Unidos entre los obreros. Esto es peligroso. En cierto modo, nuestros secretos están en sus manos.

- Bien, mi capitán, se hará como usted dice... pero hasta el momento no he recibido ninguna queja en tal sentido.

- Es grave, tan grave que exige tres despidos inmediatos.

A Marcelo se le hizo un nudo en la garganta. Aquel tipo de órdenes le disgustaba en sobremanera. Le obligaban a realizar un acto injusto, y a veces traían complicaciones con el sindicato, a pesar del traslado y la buena disposición de los responsables. - ¿Y en qué forma? -preguntó secamente.

- Falta de respeto y amenazas. Está usted obligado a liberarnos de ellos. O en caso contrario lo pondré en conocimiento del Jefe encargado.

- Como usted mande.

El capitán Bill abandonó la oficina sin despedirse. Sentándose al volante, accionó el contacto. César sonreía a su lado. El capitán sintió un deseo irreprimible de borrar aquel gesto de suficiencia indígena.

- ¡Vamos! te enseñaré algo.

Marcelo llamó a un subordinado entregándole la ficha.

- A estos hay que buscarles las cosquillas.

- ¿Como?

- Como sea. Nos va el cocido en ello.

Salieron de la carretera, internándose por un camino de tierra. Un soldado español se cuadró al reconocer las insignias del oficial.

- ¿Y ese?

Bill alzó los hombros con desprecio.

- Al fin y al cabo somos base conjunta ¿o no?

Entraron en la zona secreta. Uniformes americanos. El capitán exhibió la documentación.

- Te dejan pasar por venir conmigo. Ningún extranjero puede pisar este sector sin nuestro permiso. Ni siquiera el almirante.

Un líquido amargo llenó la boca de César. Precisamente estaban cruzando su finca.

Aquí y allá se veían pequeños montículos recubiertos de hierbajos y árboles. El Español creyó descubrir pequeñas escotillas.

- ¿Y esto? ¿por que lo tenéis tan guardado? El yanqui rió ante la ignorancia de su amigo.

- ¡BOUM! Cohetes. Hiroshima, Nagasaky ¡pero mucho más potentes!

- ¿Bombas?

- Sí. ¡Bombas para la defensa de Europa! ¡Polaris para la paz!. Cuando desembarcamos allá en el Japón, apenas quedaban ruinas, y sin embargo algunos locos se obstinaban en seguir viviendo. Ahora es mejor. Somos más fuertes ¡mucho más fuertes!

A César se le quitó la alegría del vino. Un agudo dolor de cabeza le impedía escuchar las explicaciones del capitán, que hablaba pausadamente, repasando un futuro de horrores con la frialdad del profesional que comenta los resultados de un adelanto técnico.

Hiroshima... Nagasaki... Trujena...

Despertó en *el Crazy*. Bill continuaba su monólogo. De la muerte había pasado al amor, comentando nuevos juegos excitantes. La Juani estaba en sus brazos. César hizo un esfuerzo para recordar como y cuando la había llamado.

Como todos los sábados se sintió en forma. La seguridad de que al día siguiente tocaba descanso le permitía tomar la noche como una conquista, que había de aprovechar hasta el límite.

Después de lavarse cuidadosamente en el pilón del patio, enfiló la camisa nueva, peinándose ante el trozo de espejo colgando sobre la palangana, resto del que engalanaba la habitación del campo. Antes de salir se acercó a la Manuela, para recoger los diez duros que le correspondían de su propia paga.

- Que lo pases bien, hijo. ¡y cuidado con tu novia!

Las manos en los bolsillos, silbando una canción de moda, se dirigió a casa de Regli.

La muchacha esperaba en el patio por evitar enfrentamientos con su madre. La vieja soñaba en casarla con quien tuviese al menos un par de aranzadas. De nada valía explicarle que en los nuevos tiempos escapaba mejor el obrero a jornal que el ranchero. Para ella lo importante era tener algo propio, por poco que fuese. Algo que permitiese al hombre no depender absolutamente de la voluntad del señorío.

Apenas apareció en el portalón, la muchacha corrió a su encuentro.

- ¡Vamos!

- ¿Qué? ¿la Petra anda a contrapelo?

Regli rió.

- Cuando no es Pascua?

Nati llevó la maleta de Filo al cuartelillo.

- Haces bien en traerla. Salen dentro de un rato camino de Paterno.

- ¿Puedo verla?

El guardia dio su permiso. ¿por qué no?. Alguna tarde de aburrimiento podría cobrar su amabilidad.

Estaban en la celda, sentadas sobre el poyete de material. Sin maquillaje, tremendamente pálidas, parecían cadáveres con vida prestada.

- ¿Y Puri?

- Salió! ¡Cualquiera se mete con la amiga del jefe!

- Pero a vosotras os han dejao.

- ¿Qué coño quies que hagan?. Alguien tendrá que pagar la jodienda del yanqui ese.

Se abrazó a Filo. La muchacha rompió a llorar.

- ¡Dile al médico que venga! ¡deprisa!, antes de que nos lleven.

- ¿Es que nos os ha visto? -preguntó, por decir algo.

- ¿De qué?. Los cabrones ni le han avisao.

Loqui tenía más experiencia.

- ¡Y aunque le llamasen! Por nosotras iba a molestarse ese tío maricón que no piensa más que en el parné.

- Lo mismo sería. A estos les gusta dar escarmientos. Nos ha tocao la china. Ná mas.

- Anda ¡ve a llamarle! -suplicó Filo. Nati salió, enjugándose las lágrimas, y fue al hospital porque de todas maneras tenía que hacerlo.

En el pasillo destartalado se arracimaban las mujeres, sin perder sitio ni deshacer la cola. Pañuelos de seda artificial guirnaldas y claveles cubrían las cabezas llenas de rulos. El maquillaje desleído se extendía, formando extraños paisajes a lo largo del rostro. Una se quitó las bragas, abriendo las piernas. Varias la imitaron. La monja cruzó presurosa, murmurando jaculatorias para alejar malos pensamientos entre aquel conjunto de piezas íntimas que se agitaban a su paso.

Nati escupió a su espalda. Aquellos seres empachado, de pureza, con hábitos hasta los pies y mirada acusadora la saca de quicio. Las odiaba con más fuerza que a los médicos, o incluso que a los guardias, cuando abusando de su poder omnímodo le exigían su cuerpo a cambio de dejarla en paz. Ellas no tenían problemas. Las despreciaba precisamente por esto, y porque eran incapaces de comprender los ajenos.

El olor que se desprendía de sus faldas, producto de una castidad llevada más lejos de lo razonable, contrastaba con los perfumes baratos que impregnaron de manera definitiva el ala destinada a recibir las mujeres públicas.

La religiosa, desgranó las cuentas del rosario.

- Más puta que las gallinas -murmuró una muchacha.

La monja se volvió, dejando caer una mirada dereproche sobre la entrepierna descubierta. Nati sacó la lengua. Lahermana se santiguó, ahuyentando al diablo. Una carcajadanerviosa recorrió el pasillo.

- ¡Anda esta! Pues si no fuese por nosotras cualquiera aguantaba a los machos.

- ¡Quita ya! ¡Si la ha desvirgao el cura!

- ¡Ni eso!. Lo mismo lo tocó a la madre superiora.

Apareció el portero. Con dos vigorosas palmadas impuso silencio.

- Tener cuenta que aquí, la falta de respeto acaba malamente. ¡A mí se me da poco llamar a los guardias!

- ¡Eso! ¡después de vernos el coño!

- ¡Anda, que no darías ná por metermelal

- Ya lo intentó conmigo. Pasa que ya no pué ni con los calzoncillos.

El portero se alejó, evitando insistir. Aprendió muchas cosas de aquellas mujeres que invadieron la institución por orden del

alcalde. Entre otras, que nadie era capaz de dominarlas cuando estaban reunidas.

El ayudante de D. Juan asomó al pasillo. Nati miró el reloj. Aquel día la consulta empezaba con hora y media de retraso.

Una muchacha de dieciséis años entró en la sala, roja hasta las orejas. Le habían contado muchas cosas y tenía miedo de aquel primer reconocimiento.

D. Juan estaba de mal humor. Con lo de las chicas le aumentaron el sueldo, pero no en proporción al nuevo trabajo. Cuando conseguía reglamentarlo, ordenarlo casi, caían líos como el *La Cubana*, que lo desorganizaban todo, haciéndole duplicar sus horas de permanencia en el consultorio. Por eso había ordenado la instalación de una segunda mesa de reconocimiento, teniendo la colaboración de un estudiante retirado, incapaz de terminar la carrera, pero sí de detectar las enfermedades venéreas, además de ser, útil, bien mandado y barato.

Algunas veces su lentitud exasperaba al doctor, que adivinaba como sus interminables reconocimientos no se debían a un exceso de celo, sino a cierto vicio oculto, generalmente inofensivo para la especie a examinar. Pero nunca le dijo una palabra, por miedo a perderle. Por el contrario, procuraba reservarle las que parecían más de su gusto.

Apenas apareció la jovencita le hizo un guiño.

- Te la cedo. Pásame un par de ellas.

El muchacho salió al pasillo. Cuando volvió, encontró a la chica esperando, sin saber que hacer.

- ¡Anda! Sube a la mesa y abre las piernas.

La muchacha obedeció

- ¿Pero no te has quitao los calzones?

Negó con un gesto.

- Creí que iban a mirarme por otro sitio...

Nati, que esperaba su turno con D. Juan, no pudo reprimir una sonrisa.

- ¿Pero que te has creído?

La niña guardó silencio, quitándose las bragas. Púdicamente, se sentó al borde de la mesa.

- No. Así no. Échate y alza las piernas ¡Como si tuvieses uno en lo alto!

- Es que...

El estudiante la colocó en la posición debida. Descubierta de medio cuerpo, sintió una mano que la acariciaba el sexo. Sobre su cabeza, al otro lado de la puerta, vio como la religiosa se detenía un momento.

- ¿Mucho trabajo, hermanita?

- Más le espera a usted. La cola nos llega hasta la escalera.

Nati ocupó con desenfado la mesa libre, mirando de reojo a la muchacha, que dejaba escapar un río chuelo de lágrimas, sobre la sábana sangrienta.

- No te preocupes, chavala. Todo es acostumbrarse.

El joven continuó sus caricias.

- Doctor. No se corre. ¿Será malo?

D. Juan se encogió de hombros.

- Apriétale bien la pipa. Si no grita, es que no hay nada.

La muchacha gritó.

- ¿Caramba, qué sorpresa!

Después se puso a llorar abiertamente.

- Si no estuve con ninguno ¿como pué ser?

D. Juan sonrió.

- Son las bromas de D. Arcadio. No le eches cuenta.

- Pero tengo que reconocerla más a fondo –afirmó el joven con seriedad afectada, incrustando su dedo carnosos. La chica volvió a gritar. Los ojos de Arcadio brillaron. Una extraña excitación hizo vibrar su cuerpo.

- ¡Coño! ¡si era virgen!

Una mancha de sangre floreció en la sábana.

D. Juan apenas quiso escucharla. Tenía demasiado trabajo.

- No te preocupes, mujer. Ya las mirarán en la cárcel. Si no tienen nada las soltarán inmediatamente.

- Pero vaya usted, doctor, que luego les aplican la ley y no hay ná que hacer.

- ¿No ves que no puedo?. En día así ni salgo a comer.

Nati se fue desesperada, dejando el sitio a la siguiente.

En los últimos tiempos Tía Justa había dado un bajón. Se lo notaron hasta los vecinos, pero sobre todo Manuela, que se esforzaba en aliviarla, dejando la casa limpia y el almuerzo preparado antes de marcharse. Incluso Encarna renunció a sus ratos libres, por quitarle qué hacer.

- Cualquier día nos dará un disgusto –solía decir Justo cada noche, antes de acostarse. Y nadie se atrevía a negarlo, aunque sabían cuanto la quería el muchacho.

Una mañana no se levantó a preparar el almuerzo del sobrino como de costumbre. Manuela se lo advirtió a la Encarna y le dijo que no hiciese ruido.

- Está muy acabada. Más vale que descanse. Déjale la comida hecha junto a la hornilla y too en su sitio. Pá que no semueva lo mejor es no dejarle trabajo.

Cuando Pedro despertó no había nadie en la casa. Sólo la anciana, en la penumbra de la alcoba. Se levó en el pílón, afeitándose torpemente ante el espejo partido. Antes de marcharse se acercó a la vieja, intrigado por tan largo sueño. Tras un somero examen tomó el camino de la taberna. Para sentirse medio hombre necesitaba matar el gusanillo.

- Pá mí que la vieja está muerta aventuró, removiendo en la boca el buche de aguardiente.

Chato le miró, pensando que ya empezaban las alucinaciones.

- ¿Qué vieja?

- Mi tía. Tié una cara mú rara.

El ventero llamó a su mujer.

- Llégate a casa de este. Paece que a la señá Justa le ha dao un insurto. Con la edad que tié pues esperar lo peor.

La Juana se quitó el delantal. Echándose un chalequillo sobre los hombros corrió calle arriba. Apenas conocía a la enferma, pero las muertes ajenas, anuncio ineludible de la propia, tenían la virtud de excitarla. Pedro quiso se Chato le detuvo.

- ¡Te queas aquí, que no estas pá ná!

Una vecina golpeaba obstinadamente la puerta.

- No me atrevo a entrar. Pá mi que algo pasa. Siempre anda por el patio a esta hora.

Abrieron de una patada. El bulto yacía sobre el camastro, semicubierto por una manta parduzca.

- ¿Usted qué piensa?

- Tanta quietud me da mala espina.

- Hay viejos que duermen con los ojos abiertos, pero ésta los tié mu raros.

- ¡Señá Justa! ¡Señá Justa!

Juana alargó el brazo, zarandeando el cuerpo. El frío del cadáver le llegó a los huesos.

- ¡Está como el mármol!

La vecina se santiguó.

- ¡Pobrecilla!. Ha debió pasar a mejor vida.

Otras mujeres se arremolinaban en el quicio.

- Una muerte así quisiera yo, que ni se ha enterao.

Encarna fue la primera en llegar, previo permiso especial de la patrona.

- ¿Qué ha pasao a la tía? -preguntó por decir algo. El bulto rígido bajo la manta, los sollozos entrecortado y las alabanzas más o menos exactas de las que espontáneamente formaron el duelo, no dejaban lugar a dudas.

- Lo que nos pasará a toos cuando nos llegue el tiempo -respondió alguien. La muchacha, cumpliendo una obligación ancestral, lanzó un primer lamento de plañidera.

Y así pasó la noche. Conocidos y extraños se turnaron alrededor del cuerpo. Venían, del campo de Gibraltar, de S. Jacinto, y hasta de Oliva, porque era la más vieja de los Infantes .

Parientes desconocidos se abrazaban, compartiendo un dolor tradicional y correcto, mientras se preguntaban en qué punto del tiempo habían perdido el lazo emocional que les unía en aquella ocasión.

Llantos, rezos, chistes y noticias se entrecruzaban, según conviene, estaban convencidos de cumplir un deber ineludible hacia los pobres despojos que apenas se notaban sobre el colchón.

El cura llegó por la mañana. Se lo dijeron en misa unas beatas, reprochándole el haber permitido que un alma se perdiese en el fuego eterno, para gozo del diablo, enemigo ancestral del orden instituido, y dolor de los cielos, sede probable de los poderosos.

Traía el ceño fruncido bajo la teja. Los llantos se calmaron y también las bromas.

- ¿Donde está la familia?

Justo se adelantó, procurando ocultar a Pedro, que, borracho como de costumbre, se obstinaba en hacer acto de presencia.

- Dígame usted, padre.

- ¿Por qué no me avisaron?

- Pasó tan de repente...

- ¡Tienen obligación de hacerlos!

- Bien hubiésemos querido. Pero estos viejos se marchan así. Sin decirlo.

- Algo ya le andarían notando.

El muchacho se encogió de hombros.

- Pué, pero no se nos vino en pensar lo peor.

El cura miró el cadáver. No estaba ni para recibir la extremaunción.

Los síntomas de la muerte se manifestaban por el líquido untoso que resbalaba desde las comisuras, bajo un ejército de moscas. La blandura de los pies, notoria bajo las zapatillas, anunciaba, que ya se había iniciado el proceso de descomposición.

- Por esta vez lo dejaré pasar. Pero ¡que se enteren todos!. Si hay otro muero en la casa y no se llama, ya estoy denunciando, ¿Qué se creen ustedes? ¿que estamos entre moros?

Sealejó en un revuelo de sayas negras.

- ¡Chiquilla! De verdad que paecen cuervos.

Enterrada Tía Justa volvió la normalidad. Una normalidad nueva e independiente. A falta de otros herederos, la casa pasó a la familia de Pedro, subrogándose el contrato sin necesidad de notario, y aunque los primeros días se les humedecieron los ojos al contemplar el sitio de la vieja, su recuerdo fue borrándose poco a poco, como se había perdido el de Jacinto. Entonces constataron con cierta macabra satisfacción, que dormían más cómodamente, permitiéndose el lujo de abrir los codos en la mesa camilla a la hora de comer. Naturalmente, estos descubrimientos fueron individuales, sin que nadie se atreviese a expresarlos en voz alta. No había necesidad de hacerlo, hubiesen sonado mal entre aquellas paredes donde, según algunos, debía rondar el fantasma.

De recuerdo vivo la vieja se transformó en anécdota. Sus frases y gestos reales se entremezclaron con imaginarios, sirviendo de comentarios para vecindad. Durante meses se escuchó a menudo : “Como solía decir Tía Justa”, “como hacía la Tía Justa”, hasta que se convirtió en “la vieja”, que sólo recordaban los chavales, porque habiendo sido la encargada de vigilar el edificio, los despachó a menudo del patio, con sendos escobazos.

Encarna fue la más beneficiada con el suceso, pues era Tía Justa quien vigilaba sus entradas y salidas, atrayendo sobre sus huesos sendos correctivos. La primera noche que no la sintió removerse, intentando averiguar la hora en el reloj de pulsera que Justo acababa de comprar, sintió un nudo en la garganta que se disolvió en un sollozo. Pero pronto se acostumbró. La pena se cambió en tranquilidad al comprobar que los demás no hacían el menor gesto a su llegada preguntando la hora durante el almuerzo, lo que le permitía fijarla dentro de los límites admitidos con un riesgo mínimo.

Así pudo prolongar sus coqueteos con Alfonso sin exponerse al despido por un cierre prematuro. La seguridad de que sus andanzas nunca serían descubiertas le llevó hasta solicitar del muchacho un regalo que soñaba desde hacía varios meses.

- ¿Porque no me llevas a bailar?

Alfonso alzó las cejas, extrañado.

- ¿Y en tu casa? ¿no te armarán la de Dios?

- Ná. Desde que murió la tía ni se ocupan. Los que trabajan están rotos y padre ya sabes.

El muchacho prometió complacerla cuando tuviese dinero de sobra.

VII

- ¡Tú! ¡Al despacho!

Nicolás salió de la fila. En la pequeña antesala esperaban sus compañeros de excursión.

- ¿Qué pasa?

- Ná. Que el jefe de personal quiere hablarnos.

- ¿Pá que?

El serrano alzó los hombros, hundiéndose en su mutismo habitual.

Marcelo abrió la puerta personalmente.

- ¿vosotros estuvisteis la otra tarde con un capitán americano en el aeropuerto?

Respondieron a coro.

- Si , señor.

- Bien. Entrad.

El funcionario ocupó su lugar al otro lado de la mesa. Sin levantar los ojos, tendió un paquete de fotografías.

- Dadles un repaso.

Los tres hombres se reconocieron fumando, orinando, defecando tras unas matas, y gesticulando, la herramienta caída a sus pies.

- ¿Y esto? –preguntó Nicolás.

Marcelo sacudió la ceniza del cigarro.

- Ustedes dirán...

Se miraron, sin comprender qué debían decir.

- Esas fotos tienen un número. Léanlo.

Nicolás los repitió en voz alta.

- Diez veinticinco ... doce quince ... quince treinta. Bueno ¿y qué?

Marcelo se acarició el pelo con gesto cansado.

- Que han perdido ustedes un total de: tres horas cinco minutos el nº 77, seis cuarenta el 920 y cuatro treinta usted mismo.

Nicolás intentó comprender donde iban a parar.

- ¿Y eso qué tié que ver con las fotos?

-Son la prueba.

- Fumando se pué trabajar... y lo otro hay que hacerlo.

- No tan a menudo en horas de trabajo.

- ¡Cuando entran ganas!

- En América se descuenta el tiempo perdido.

- ¡Aquí no estamos en América!

Marcelo se levantó.

- En todo caso están despedidos por falta de rendimiento continuado.

Los sobres azules temblaron en las manos. Por una vez recibían paga doble.

Marcelo cerró la puerta tras ellos con un suspiro de alivio. Le molestaba la injusticia, y mucho más cuando las circunstancias le obligaban a enfrentarse con las víctimas.

En el autobús se sintieron tremendamente solos. La cabeza baja, intentaban comprender lo que acababa de ocurrir. Sus compañeros adivinaron, pero nadie se atrevió a compadecerlos abiertamente por miedo al contagio. Los extranjeros andaban recelosos, mirándoles como si fuesen enemigos, y evitando los contactos de antes. Ya no les regalaban chicle, ni se preocupaban en facilitarles el acceso al economato, para buscar entre los desperdicios latas abolladas, quasi no servían a los yanquis hacían el avío en casa de familia, siempre para la hora de comer.

La Guardia civil, por su parte, había multiplicado los registros, sin razón aparente para ello.

Nicolás alzó los hombros.

- Bueno... ¡Si una puerta se cierra otra se abrirá!

El serrano sorbió una lagrima.

- En mi pueblo ya se sabe lo que toca. Si no es entrando aquí pasar más hambre que un caracol, esperando caer en gracia al capataz o a su señorito pá que te lleve al campo... eso si hay faena.

Juan tampoco era optimista.

- ¡Y yo que dejé la bodega por ganar más! Ahora no me querrán ni ver. Andan sobraos de gente.

- Pero tú tienes un cacho tierra y eso te ayuda - protestó el serrano.

- ¡Pá lo que sirvel!. Después de criar la cosecha te vienen pagando ná y tiés que darla porque no se pierda der too. ¡La viá!. Hasta pá ahorcarte hace falta encontrar el árbol.

- ¡En cualquier lao tiés ande apañarte. El problema está en comprar la sogá.

- ¡Que te lo crees! Pá topar con uno sin amo hay que andarse toa la provincia.

- ¡No! Si al final irán los iguales pá detener el fiambre por entrar lindes.

Al doblar la esquina Justo se acercó a su vecino.

- ¿Te han dao libre?

Nicolás asintió tristemente.

- Esto me huele mal. No sé porque me paece que soplan malos vientos.

- No. Es sólo con nosotros. Por lo del otro día. Nos fuimos de la lengua con uno de ellos.

Justo hizo un gesto de duda.

- Te digo que barrunta algo. Andan mú raros y la obra que llevamos p'alante se terminará cualquier día.

- ¡Encarna!

- ¡Mande!

- Llégate a la tienda y traste un kilo de cuadradillo, que se me olvidé esta mañana.

La muchacha se quitó el delantal con un gesto rápido. No le gustaba exhibir atributos de criada.

- ¿Pago o digo que lo apunten?

- ¡Que lo apunten!

Eligió el camino más largo. Siempre era agradable quitarse de la tienda pero mucho más a la hora del paseo. Recorrió lentamente la calle principal, deteniéndose ante los escaparates.

Santos de Olot se mezclaban con televisores, máquinas fotográficas y ropas confeccionadas. Junto a libros y cuadernos brillaban adornos de bisutería, que hacían juego con blusa de última hora. Encarna suspiró. Algún día ganaría bastante para acercarse al dependiente, y pedirle lo que más le gustase.

El almacén también lucía escaparate acristalado. Botellas, latas, botes conteniendo una achicoria negra que llamaba “caviar ...”, casi todo bajo etiquetas extranjeras. Guirnaldas de papel y carteles de toros colgaban de los estantes: adornos intempestivos conservados por el dueño, pues llamaban la atención del cliente.

Le despachó el mancebo. Un paquete de fábrica, envuelto en papel azul.

- A la cuenta del Alfonso ¿no?

- ¡Digo! ¡que van a pagarlo en mi casa!

Volvió, bordeando la tienda de los turistas. Joyas de Toledo, flamencas con volantes de cinta y pulseras de purpurina, toreros de barro y oro, inmóviles en su gesto grotescamente arrogante.

Le pareció ver a Alfonso llevando al brazo a una muchacha forastera. Sonrió para sus adentros, pensando que el amor le hacía descubrirlo en todas partes, incluso cuando estaba en la taberna, harto de aguantar borrachos. La pareja se deslió en un bar.

Encarna se miró en la luna de la vidriera. Los ojos atravesaron el cristal, vagando inconscientemente a través del salón. Efectivamente, allí estaba su novio, dejando caer el brazo sobre los hombros de la desconocida. Sintió el deseo de llegar a la mesa, y gritarle que era un sinvergüenza delante de todo mundo. Un bandido que la había deshonrado, valiendo tanto o más que aquella señoritinga, pues podía estar bien seguro que en decencia no la ganaba nadie.

Pero no lo hizo. Lágrimas de rabia y de pena le picaron los ojos el resto del camino. Apenas entró en el bar, se precipitó en la cocina, donde no había nadie.

- ¡Encarna!

Tragó el hipo de un sollozo.

- ¡Mande!

- ¿Trajiste el mandao?

- Sí señora. Aquí lo dejo.

Aquel canalla podía prepararse. Una Infantes no nació para dejarse torear.

Con tan sabio pensamiento rondándole la cabeza se hundió en el trabajo.

Nati se aburría en aquella habitación orientada hacia la mar. ¡Si por lo menos hubiese caído sobre la calle principal!. Pero no. Hasta en el paisaje tenía mala suerte. La vista terminaba a la orilla del patio interior, con sus caras, sus voces y sus flores, resbalando sobre los tejados para caer en el azul monótono.

Se tiró en la cama, repasando una novela de amor realquilada, que hablaba de un mundo desconocido, donde las gentes se unían para siempre a consecuencia de besos tímidos y caricias angélicas, no por algunas horas, para revolcarse en cualquier parte. Tenía ganas de salir. Necesitaba aire libre. Pero no se atrevió. Había pasado todos los reconocimientos, y le dijeron que daban negativo. Sin embargo, hasta que no autorizasen otra vez el bar, no podría considerarse a salvo. Le permitían, bajar al mercado por las mañanas, y cruzar el pueblo a primera hora de la tarde hacia el hospital. En verdad, nadie lo prohibió andar por la calle, pero sabía de sobra que cualquier malage de uniforme tenía autoridad para detenerla si le venía en gana, pretextando que la vio con un hombre. ¿Como explicarse con un mala uva como el Largo, que no buscaba planes ni

consumiciones?.

Abrió el cajón de la mesilla, sacando un arrebujado de billetes. Los separó con cuidado, contando a media voz. Quedaban sesenta duros. Tendría que estirarlos hasta el final del encierro, Pues la cuenta del banco estaba para otras cosas. Pronto llegaría da el colegio de los chavales y era importante pagar a su tiempo, pues cualquier disculpa es buena poner en la calle al hijo de una fulana, sobre todo tratándose de curas y beatas.

Pablito se acercó a la alcaldesa.

- ¿Puedo ir al cine?

- ¡A estas horas! ¿es que no se te puede ocurrir por la tarde? Echaban la misma película.

El muchacho se balanceó sobre sus piernas.

- 'Voy con Carlos Martín. Ya sabes. Tiene otras costumbres.

D. Anselmo agitó su mano regordeta.

- ¡Déjale que se divierta! Ya tiene edad y le sobrarán años para llevar una vida arreglada.

- No sé. No me gusta como anda este verano.

- ¡Más vale que la corra de joven que de viejo!. Te di que esas cosas vienen con la barba.

Pablito se tiró al cuello de su padre.

- ¡Gracias opa!

El alcalde sonrió satisfecho, palmeando la espalda delgada.-

¡Hala!. A divertirse y no hagas tonterías.

Apenas había gente en la calle. Sólo algunas mujeres aburridas y la pareja de marinos, luciendo brazaletes azules indicaban su condición de policía extranjera.

Al pasar junto a *La Ballena* echaron una mirada.

- ¿Te has fijado en la chavala?

- ¡Bah! Es del pueblo.

- Bueno, pero está sola y en una barra. Pá rezar el rosario no será, me supongo yo.

Carlos hizo un gesto de duda, empujando la puerta. Avanzaron hacia el mostrador con andares de ganster americano

- ¿Qué desean?

- Cuba libre.

Encarna sirvió generosamente.

- ¿Te aburres?

- Un poco....

Cuando apareció Fonso, Carlos reía a mandíbula batiente, observando como el hijo del alcalde besaba a la campesina sobre fondo de botellas, todo dentro de la más pura tradición regional.

- ¡Chiquilla! ¡que te van a echar?

Encarna se volvió hacia la sala, los ojos nublados por el alcohol.

- ¡Sí, si! ¡cuando diga a tu madre que he sacao mil pelas cualquiera me tose! .

Hizo un esfuerzo, para seguir los gestos de su novio. No estaba enfadado. Sonreía francamente, aprobando el espectáculo. Se acercó al grupo, pidiendo una copa con desenfado. La muchacha sirvió con cierta prevención, barruntando bronca. Ésta no llegó. Un nuevo tono se unió a la risa de los clientes.

Antes de irse, Pablo quiso besarla otra vez. Fonso otorgó.

- No hay que llegar muy tarde, que la vieja se enfada.

Estaban solos. Encarna se encaró con el muchacho.

- ¿Hoy no dices nada? Razón tendrás por una vez.

Fonso alzó los hombros.

- ¿Qué voy a decir? Cumples la obligación.

- El otro día la liaste.

- Era otro día.

Las mesas empezaron a girar cruzándose con las luces. Encarna gritó con todas sus fuerzas.

- ¡Pues entérate que lo hago porque te vi esta tarde! ¡andabas con una señorita, de esas que si tien más dinero que yo, durmiendo las gano en vergüenza!

- Con quién, si no estuve con nadie?

- La veraneante esa que para en el chalet de D. Braulio. Fonso rió estúpidamente, intentando besarla. Su novia le apartó bruscamente.

- ¿Pero qué te pasa?

- ¿Es que no lo sabes? ¡Anda en busca de ella!

El muchacho hizo un gesto de sorpresa.

- ¿¡Yo?! ¡Si no me importa!. Fue por pasar el rato. Na más.

- ¿Tampoco la tiene que otros me metan mano?

- Tampoco. Lo he pensao. Lo importante es ganar dinero. Te lo digo. Y que ganemos lo más posible pá los dos.

- ¡Tú ya no me quieres!

El chico se sintió vagamente incómodo.

- Mira, déjate de novelerías y vamos dentro. Pasa que me estoy haciendo razonable. Debías alegrarte.

Camino de su casa la muchacha intuyó que algo se habla roto. En las caricias de aquella noche no hubo amor, si no otra cosa. Algo nuevo, quizá más excitante, pero al mismo tiempo desolador.

El sábado los trabajadores se apiñaron a la puerta de la oficina.

Justo se acercó a la ventanilla, firmando torpemente al pie de la nómina. El empleado le tendió el sobre.

- Tienes una carta. Te interesa leerla.

Frasco estaba en la parada del autobús. Tenía fama de entendido en letras, porque su padre, viejo anarquista, le enseñó el alfabeto en los únicos libros que poseía, obligándole a estudiarlos de memoria. Se trataba de una enciclopedia, cierta novela del siglo XIX, tan mal escrita como revolucionaria... y la Biblia protestante, con inclusión del nuevo testamento.

- ¿No te importa leérmelo? Ando pegao.

Frasco echó una ojeada.

- ¡Ni falta! Me dieron otra igual. ¡Dentro de ocho días se terminó!. Dicen que sobra gente y nos han elegido teniendo en cuenta la familia y nuestras circunstancias personales.

- ¡Más me hubiera varío casarme! Frasco sonrió con amargura.

- ¿Y yo qué? Andamos esperando el octavo. ¡Que se lo cuenten a su abuela!

Manolillo intervino.

- Me dejan dentro y no será por la prole. Estoy más solo que una seta y salgo pá la mili cualquier día.

- Será por eso. De cualquier manera te pierden de vista.

- Supongo que por Lacón podremos hacer algo.

Frasco rió francamente.

- ¿Entavía no te has enterao que somos eventuales?. Aquí noestá fijo ni Dios. Entré de los primeros y a toos nos dan el mismo pasaporte. ¡Con lo que saben van a cogerse los deos!.

El mal talante de Frasco aumentó con las apreturas del autobús.

- Al principio too lo pusieron mú bonito. Indemnizaciones por los campos, y buenos jornales. Hasta se creía uno que iba ganando en el cambio. ¡Aquí estamos! Ni rancho, ni casa, ni empleo.

- ¡A la calle como los perros!. Lo que somos por no haber hablao a su tiempo.

Quien no había examinado el sobre, lo palpaba disimuladamente. Largo se hizo sitio para sacarlo del bolsillo. Estaba seguro que no le tocaba la china, porque hacía buenas migas con los capataces; y siempre terciaba a favor de la empresa cuandolos compañeros se metían en protestas.

Palpó. Sobraba un papel. Leyó de reojo.

- ¡A mi también! ¡es una injusticia!

Los demás sonrieron satisfechos.

- Por una vez dan en el clavo.

Un frenazo. Los cuerpos se inclinaron hacia adelante. El soldado americano repasó la masa que se hacinaba en el vehículo.

- ¿Cuantos?

- Lleno hasta el techo.

- ¿Todos obreros?

- Algunos parecen de la oficina. No sé. Es imposible andar por el pasillo.

Se abrieron las puertas, liberando al rebaño. Uno tras otro exhibieron el paso. El Americano los repasó distraídamente.

Al otro lado la Guardia civil.

- ¡Tú!

Frasco se adelantó.

- ¡Trae el canasto!

Un resto de comida la sardina que guardaba para el pequeño y media tableta de chocolate.

- ¿Y esto?

- Me lo han dao pá mis chiquillos.

El número quiso recoger el envoltorio. Su compañero lo impidió.

- ¡Déjalo! Por tan poco no vale la pena.

Le cachearon, pasándole las manos a lo largo del cuerpo, y le mandaron volver los bolsillos. No encontraron tabaco.

El guardia le dejó ir, para ocuparse de una nueva presa.

- ¡Tú!

Los del pueblo continuaron a pie, separándose instintivamente en dos grupos. Los despedidos elegían el camino más largo, retrasando el momento de llegar a casa. Los otros se apresuraban. La noticia ya andaría en lenguas. Debían tranquilizar a la familia.

Largo iba solo. Nadie quiso acompañarle porque nunca le consideraron compañero.

- ¡Por una vez hicieron las cosas a derechas! -gritó Frasco para que le oyese.

En los corrillos de mujeres se comentaba la novedad. La Isabel se explicaba, removiéndole el aire con los brazos.

- Dicen que los echan a toos por no se que líode sabotaje.

- Algo se escuchó por la lavandería, a un escribiente Pero hablaban de marcharse ellos.

- ¡Ni que te lo pienses! ¡Con lo que han gastao van a dejarlo!

- Es que se terminan las obras.

- ¡La ruina! ¡eso seria la ruina!

Agazapadas en sillas bajas al fresco de la calle, oliendo detritus y polvo, hacían cábalas, intentando adivinar el nombre de los condenados.

- Mi Manuel lleva muchos años sin una queja.

- ¡Pues y el Justo! ¡hasta le felicitaron una vez por no sé que trabajo extraordinario.

Cuando llegó, le acorralaron las preguntas desordenadas. Mintió descaradamente.

- No se ha oído ná.

Era el único medio para que le dejasen refugiarse en la alcoba, guardando su secreto. Valía la pena evitar el disgusto a su madre. En siete días pasan muchas cosas. Hasta se puede encontrar un nuevo empleo.

Vestido de limpio, cuidadosamente peinado, atravesó el patio, alejándose con presteza de la curiosidad vecinal.

Su padre no estaba en *La Mary*.

- Fue pá casa de Rubio -le anunció un desconocido.

Le esperaba sentado ante una mesa vacía.

- ¡Como te tardaste!

Justo tocó las palmas. El mancebo trajo un cuarto de mosto, disfrazado en un botellín de cocacola. El trapo sucio repasó el tablero, enjugando apenas los charcos de vino, abandonados por anteriores clientes. Pedro bebió a gollete. Rubio salió precipitadamente de la barra, acercándose al antiguo compadre.

-¿Esto qué va a ser? ¡Te digo que en mi casa entras cuando quieras pero no pá emborracharte!

Le quitó la botella, arrancándosela de la mano. Justo la recuperó al vuelo, devolviéndola al viejo.

- ¡Pá ti si mando servir, pero no pá tu padre!

- Le gusta.

- ¡Que hables de esa manera sabiendo que el vino acaba con él! ¡Vergüenza debía darte!

Justo sonrió tristemente.

- De verdad, con el corazón en la mano, ¿crees que queda algo?

Rubio se alejó, la cabeza baja, mientras Pedro se precipitaba sobre su hijo, besándole en ambas mejillas. Lágrimas de borracho le mojaron la piel. El muchacho retiró la cabeza instintivamente, sin poder reprimir un gesto de asco. El viejo no se ofendió.

- ¡Un hombre! ¡eres un hombre!

Rompió a llorar con estrépito. Al agradecimiento animal se mezcló un vago desprecio de sí mismo. Justo le cogió la mano.

-¡Vamos, padre, vamos!. Beba un trago que le sentará bien.

Pedro se echó al colete el resto del cuarto. Efectivamente, se sintió mejor.

- A veces es malo. Muy malo. ¿Te acuerdas?. Entonces era distinto. Empiezas. Eres joven. Tienes algo tuyo y ganas de trabajar. La tierra es dura. Te pierde la sementera pero sacas adelante y vienen los hijos. Miras la vida al frente y piensas que mañana todo seguirá igual. Mañana es hoy.

La expresión de Justo cambió repentinamente, recordando algo ya casi olvidado.

- ¿Qué te pasa, hijo?

- Ná. A mi no me ha pasao ná.

El viejo movió la cabeza.

- Sí. Algo de hace tiempo. Otra vez te vi como ahora. Fue cuando empezó todo esto. Estabas a mi lao. Te aparté, porque no era cosa tuya. Y me miraste igual. Después no quise saber ná. ¡No quiero saber ná!

Se llevó la botella a los labios. Estaba vacía. Agitó el casco, reclamando una segunda ronda. Justo se levantó sin hacerle caso.

- ¿Te marchas?

- Si.

Pídeme otra que Rubio no me sirve y por ahí ya no fían.

-Está bien por hoy.

Pagó al salir. El tabernero rebuscó la vuelta en el cajón mientras componía una frase destinada a reconciliarle con el hijo de su antiguo compañero.

- Quizá estos en lo cierto... pero a mí no me cabe e cabeza. ¡Tú allá! Al fin y al cabo es tu padre.

Fuera estaba la noche. Una noche templada, que anunciaba turistas y llenos en las terrazas de café. Dio un rodeo acercándose al malecón. No tenía prisa por llegar a casa de Regli. El equipo que empezó casi niña estaba terminado. Sábana de algodón con bordados de lujo como si fuesen de hilo. Iban casarse apenas llegasen los papeles. Ahora...

Se acodó en la muralla. Abajo, el mar negro rompía suavemente contra la arena. Casi al alcance de la mano, las luces de la base y el puerto de los yanquis. Barcos de guerra con farolillos encendidos como una calle del ferial.

Le hubiese gustado bajar a la orilla y correr el borde del acantilado como en otros tiempos, cuando no había alambradas ni metralletas.

La iglesia blanqueaba sobre los arriates de la calle. Un borracho se paró a su lado.

- Un sitio ande se pié pá Dios y no se da ni a Jesucristo.

Una carcajada. La noche cayó definitivamente. Recordó que su novia esperaba en el patio, con el traje de domingo. Abandonó el mar, apretando el paso sobre las piedras.

Llamó desde la puerta sin aventurarse a penetrar en la casa. Era mal día para encontrarse con la Petra.

Regli abandonó su labor sobre la nea del asiento. Su mi frunció el ceño.

¿Ande vas?

A dar una vuelta.

- ¿Con ese ganapanes que se las apaña pá que lo echen?

- ¡No digas cosas, oma! Más bueno no lo hay en to el término.

Le encontró rígido como una estatua. Sin aguardar comentarios se colgó de su brazo.

- Ya se enteró ¿no?

- ¡No lo echas cuenta! Son cosas de la edad.

Justo acarició la mano de la muchacha.

VIII

Pasó de largo ante los bares y las tiendas del centro. Allí no daban trabajo. Cruzando ante el municipal siguió la carretera bordeada por chalets con jardín, surgidos sobre viñas y cojumbrales. El taller coronaba un repecho.

- ¿Necesitan alguno?

El extranjero rió.

- Andamos sobraos de gente.

Siguió hasta la casa de los chinos. Compraban terrenos que convertían en huertas, esperando el momento de venderlos como solares. En el pueblo tenían otros negocios: sastrerías, tintorerías, lavanderías, y casi todos los bares de señoritas, importados por ellos. La colonia se dividía en dos clanes, que obedecían ciegamente a sus jefes. Lo sabía todo el mundo. Si de arriba daban trabajo, era seguro y para tiempo.

Anduvo un buen rato antes de llegar frente a la valla de cañizo, cruzada por alambre de espino, de manera que nadie pudiese entrever el interior de la exótica propiedad. Dos dragones de cerámica coronaban los hitos de la cancela. Sobre los ladrillos brillaba la cadena del llamador. Dudó un momento antes de hacerlo sonar. Tenía miedo de aquellos personajes extraños, que hacían correr tantos rumores de tráficos juegos prohibidos, capaces de mandar en la alcaldía y hasta en la base. La campana obtuvo por respuesta el furioso ladrido de un perro. Estaba por abandonar la empresa cuando apareció el rostro andaluz de la criada.

- ¡Tú! ¿qué quieres?

- Me han dicho que aquí dan trabajo.

- Espera que pregunte a la señora.

La puerta se cerró. Ahora el perrazo olfateaba, gruñendo entre las cañas. Oyó gritar a la doncella llamando al animal. Apenas penetró en la finca, el perro se lanzó hacia el sendero, tensando la gruesa cadena que le sujetaba. Justo pensó jamás había visto un bicho semejante.

- Es muy fiera --- explicó la mujer-el otro día, si no es por el señorito, nos destroza al chico de la tienda.

El muchacho asintió distraídamente. Hombre de campo por nacimiento y naturaleza, contemplaba fascinado aquel huerto donde se aprovechaba hasta el último rincón. Cultivos desconocidos rivalizaban con los más comunes, el todo perfectamente ordenado. En su fuero interno admiró a los propietarios.

La casa apareció tan exótica como su guardián. En el salón se sintió transportado a un mundo desconocido y brillante, diferente en todo al que vivía.

Sentada en una enorme butaca, un libro entre las manos estaba la señora. De cuerpo fino, perfectamente construido parecía creada para el amor. Pero la mirada negra y fría que clavó en el muchacho, mostraba que lo fue para la más despiadada lucha por la supervivencia.

- ¿En qué ha trabajado antes?

Justo se sintió intimidado. Carraspeó por dos veces antes de contestar.

- En la albañilería... y también en la huerta. Teníamos campo.

-¿Cual fue su último empleo?

- Con una hormigonera... en la Base.

- ¿Por qué razón no continua?

- Nos han hechao a unos cuantos.

- ¿Motivo?

-No sé. Dicen que reducción de personal.

Preguntaba mecánicamente. Justo comprendió que no tenía rostro ni nombre. Para aquella mujer era simplemente “un obrero”, susceptible de ser utilizado. Se sintió cosa. Aparato de radio, del que se accionan botones para comprobar funcionamiento.

Le tendieron papel y bolígrafo.

- Apunte su domicilio y su nombre.

Sonrió embarazado.

- Es que... no sé escribir.

- Es igual. Lo apuntaré yo misma.

Dictó con voz temblona.

- Si alguna vez nos hace falta, le avisaremos. Sepa que aquí se debe obedecer sin preguntar. No queremos complicaciones con nuestros hombres ni con las autoridades ¿comprendido?

El muchacho entendió a medias.

- ¿Es que no podré quedarme?. Ustedes me prueban...

La mujer interrumpió secamente.

- Ya le he dicho. Avisaremos. Ahora márchese.

Volvió a su libro, sin notar el saludo respetuoso de Justo.

En el jardín, los ladridos del perro.

Los de *la General* apenas le escucharon.

- Venga en días de trabajo. Si por casualidad hay coches que lavar, tendrá que hacer. Pagamos por horas.

- Aunque ganase menos quisiera algo fijo.

El encargado hizo un gesto de impaciencia.

- No se puede aumentar la plantilla porque no haya trabajo en la calle.

El aprendiz que le acompañaba intentó consolarle.

- Somos tres. Dos mecánicos y yo. Hay un par de americanos, pero no hacen más que pasearse, dando órdenes. Nos matan a trabajar. Más te vale ir a otra parte. Si yo encontrase algo ¡los aguantaba su padre!.

- Lo que pasa. No hay donde meterse y abusan.

- Me vine del pueblo porque andábamos siempre paraos, y dijeron que aquí faltaba gente. No he juntao ni pá el viaje de vuelta.

Subió la alameda, entrando en cada obra. Los equipos estaban completos.

-Vuelve por si se marcha alguno ... Es difícil, pero siempre puede pasar.

- Un vejete, que vigilaba montones de ladrillos, fue más explícito.

- Si pues largarte, hazlo. Van lo menos cincuenta que pasan pidiendo un hueco desde que amaneció el día. Han debio armar algún lío en la base.

- Que ponen en la calle a un montón.

El viejo balanceó la cabeza tristemente.

- Mal asunto ¡mal asunto!.

Los ojos grises cayeron sobre Justo, recortando una juventud perdida.

- Te invito a una copa. Esto puede quedar solo. ¿Quién va a llevarse ná?

- Como no sea algún gamberro de la base...

- ¡Que lo digas! No pierden ocasión de hacer daño y luego la culpa a los españoles. Basta que uno ande por los alrededores pá cargarle con el muerto.

Cruzaron la calle asfaltada, adentrándose en un camino de tierra. Un rótulo y varios coches desvencijados anunciaban que la casa ruinoso se había convertido en garaje. Un muchacho de mono grisiento se agitaba en el foso de artesanía.

- ¿Crees que tendrán sitio?. Aunque paguen *a dita* dispuesto a probar.

El viejo levantó las cejas.

- No sé. Vamos al bar del amo. Puedes preguntar tú mismo.

Una cortina confeccionada con chapas de coca-cola y alambre cerraba la entrada. Había sido colocada para impedir el paso de las moscas, revelándose perfectamente ineficaz, pues éstas zumbaban libremente en el interior, cubriendo espacio, superficies, y los papeles engomados que colgaban del techo.

Tres mujeres se hacían la manicura en un rincón, los botes de esmalte y acetona junto a los vasos.

En otra mesa, hombre bien trajeado descansaba ante una taza de café, entreteniéndose con las evoluciones de los insectos. A su lado, el periódico abierto en la página de toros.

El mozo dormitaba, dejándose caer sobre el mostrador.

- ¡Eh, Agapito!. Sirve aquí.

Se espabiló, apareciendo despejado y sonriente, sin la menor huella de sueño.

- ¿Qué va a ser?

El vejete se volvió a su compañero.

- ¿Que quieres?

Justo se encogió de hombros. Cualquier cosa era buena en semejantes circunstancias.

- Ponte un cuarto y dos vasos.

El vigilante tenía ganas de hablar. Su oficio le obligaba silencios prolongados por falta de interlocutor. Cuando suerte, se lo proporcionaba, no dejaba de aprovecharlo, conteniendo apenas su berborrea para atender a las contestaciones y preguntas ajenas.

- Ya lo dije al principio, cuando empezaron a llegar forasteros. ¡Que no! ¡que esto tié que acabar y nos vamos quear toos en la calle!. Pero como subía igual que la espuma nadie me echó cuenta. Hasta que vino el palo y las cosas volvieron a su ser. ¿Te acuerdas? Éramos cerca de los diez con jornal asegurado.

- Si después de esto les quea el millar de hombres será mucho -replicó Justo, pensando en todos los que recibieron la carta.

- ¿De ande? Porque Trujeneros no habrá ni la mitad.

- Es lo que pasa. Y luego se quean, y a esperar meses y meses hasta que les dé otra vez por obrar, porque da vergüenza volver con las manos vacías.

Bebieron en silencio. El anciano se dirigió al mozo.

- ¿Está Peter?

- En su casa. A esta hora duerme la siesta.

- ¡Ve a buscarle!. Y dile que le llama Lorenzo, el de la obra.

Agapito desapareció por la puerta falsa.

El amo no tardó en llegar. Bajo y moreno de cara, hubiese pasado por indígena, de no ser por el pelo rubio albino y lo ojos azules. Saludó a Lorenzo con un fuerte puñetazo en e estómago. El viejo se dobló, tosiendo ruidosamente. Su ceño fruncido publicaba un repentino enfado. El americano rió de su propia broma.

- Tú, español, ¡siempre serio!

Unas palmadas en la espalda liquidaron el incidente.

- Bueno ¿qué hay?

- Este amigo. Le veo con ganas de currelar, pero se ha quedao en la calle. Si sabes de algo...

Peter examinó al muchacho. No parecía excesivamente despierto, ni completamente tonto. Uno más, fuerte, joven, y quizá con madera.

- De momento, no. Pero aquí viene mucha gente y toos los pelajes. Te avisaré.

El americano tenía más acento andaluz que de su tierra. Era lógico, pues llevaba mucho tiempo en el pueblo. La patria significaba el recuerdo borroso de un mundo donde no quisieron darle sitio. Aprendiz de mecánica, de albañilería, y lo que se encartase. Parado de profesión, experto en barrios

bajo, tenía mucho corrido y pasado cuando se alistó en el ejército, con el único fin de llenar el estómago. Pidió ir al extranjero, porque se ganaba más, sin el menor interés por conocer mundo, y dio con sus huesos a la costa del Atlántico, gracias a sus conocimientos del español, fruto de contactos estrechos con portorriqueños en los suburbios neoyorquinos. Se reenganchó sistemáticamente mientras le garantizaron la paz, retirándose oportunamente de las armas cuando empezaron a rumorear que tras la repatriación le tocaría un destino en Vietnam, para morir en los arrozales. Licenciado, obtuvo fácilmente permiso de residencia, abriendo su negocio con el ahorro de muchas pagas, y la ayuda más o menos oculta de los orientales, que vieron en el antiguo cliente de billares y trastienda, un magnífico elemento para llevar adelante determinados asuntos.

Respetado y apoyado por las autoridades, mimado por sus jefes, dueño moral de la clientela, estaba dispuesto a renunciar a su nacionalidad apenas le provocase el menor problema en su pueblo de adopción, conservándola en cambio celosamente mientras pudiese proporcionarle ventajas.

- Pues lo dicho. Te pasas a diario por la obra, que yo siempre estoy cuando termina el trabajo. Te daré la razón. Este tipo tiene influencia ... si le caes bien.

Peter sonrió alagado.

Fue directamente a casa de Rubio. Se habían citado para estudiar la situación. Los compañeros esperaban, tan cabizbajos y desalentados como él. Apenas llegó le acosaron de preguntas.

- ¿Has encontrado algo?

- Sólo con los americanos de allá arriba. Los de los haigas. Dicen que me pase y quizá caiga un coche pá lavar.

- También me lo ofrecieron, pero pá eso prefiero trabajar por mi cuenta. Da más resultado. Esos cobran doble al cliente y a ti te dan dos gordas.

Frasco no convenció.

- ¿Como nos buscaremos el tajo?

- Es fácil. Te vas al barrio ande viven y te ofreces. Muchos dirán que no, pero tendría que ser mala suerte que no encontrásemos siquiera uno al fía, con la harta que hay.

Quedaba una semana de respiro. El Manco se decidió a exponer su idea. Debía recurrir a soluciones jurídicas. Más influyente que sus compañeros por tener un abuelo mutilado en la guerra de Cuba, y un tío sargento de los Nacionales, confiaba en que las autoridades se inclinarían a escucharle.

- A mí me huele que esto no es legal. Creo que debíamos ir a Lacón.

Frasco le rió en las narices.

- ¡Y al Generalísimo! El mismo caso nos harán en un sitio que en otro.

- Lo que yo digo es que hay que hacer algo. Demostrar que somos gente.

- En eso lleva razón -apuntó Bala- Si nos callamos mejor pá ellos. En cambio, hablando, lo mismo se arregla el asunto.

- Sobre too, que no se pierde ná... y algo sacaremos.

- Eso lo dices tú porque saliste vocal. Con cargo pues estar tranquilo. Pero los otros...

El Manco estuvo a punto de enfadarse.

- Entavía peor pá mi, que pierdo la posibilidad de ascender.

Puedo llegar a provincial, y en ese sitio ya se sacan ventajas. Si protesto lo más seguro es que me echen.

- Dice verdad -afirmó Chato- Así me pasó por meterme en camisa de once varas con D. Diego, y estaba más alto que este. Después de tenernos en su campo un par de semanas echando deshoras de sol a sol, no quiso pagar ni una extraordinaria. Me metí a defensor de los compañeros con el delegao. ¡Pue ná!. Dijeron que naranjas y no pueo ni entrar en Sindicato.

- ¡Pá que vean que soy desinteresao! –exclamó Manco, triunfante. Justo inclinó la cabeza hacia Frasco.

- Yo digo como éste. Tanto nos da llegarnos a sindicatos como a la capital. Con la puerta nos van a dar en toos los sitios.

- ¡Que no, hombre! ¡que no puén!

- ¿Es que tú has visto que no puean algo de lo que quieren?

Como a los de arriba se les meta una cosa entre ceja y ceja, ya pues echarte a morir.

- Hay límites -apuntó Rubio, que seguía atentamente la discusión.

- Pá nosotros, los que te dé la gana. Entavía no hemos movio un dedo que ya estamos a la sombra.

Se separaron sin llegar a un acuerdo. Hablarían durante la semana. Por el momento sólo quedaba esperar.

- Y reunirlos a toos, que deben ser una harta.

- Yo no me meto en líos. Pá que luego digan que ando revolucionando y nadie me dé trabajo...
-murmuró Frasco, resumiendo su experiencia de medio siglo.

Bala señaló a Manco.

- Pues yo tengo confianza en éste. Acordarse que es nieto de militar y tié parientes mutilados. Eso, aunque no se diga, da mucha fuerza.

- ¡Tanta como si fuesen curas!

Toño, el de los mandaos, se paró ante la ventana.

- i Eh, Nati!

La muchacha asomó la cabeza. El aburrimiento y el hambre ensombrecían sus facciones.

- ¿Qué pasa?

- De parte de la Puri, que no dejes de venir esta noche ¡Ya nos dejan abrir!

- ¿No será de broma?

- ¡Te juro que no! Han traio hasta la orden escrita.

El chico se alejó, corriendo sobre el polvo.

La música se filtraba a través de las ventanas abiertas. Ritmos desenfrenados mezclándose en el aire. La luna, en lo alto, reía estúpidamente ante el espectáculo insólito de la ciudad nueva.

Luces amarillas de neón envejecido. Estrellas de papel brillante y piernas descubiertas. Las muchachas dormitaban inclinadas sobre los tableros o hablaban a gritos, dominando el tumulto surgido de la plaza, que devolvían las superficies.

Nati alargó el brazo, zarandeando sin miramiento el cuerpo de la Josefa.

- ¿Qué pasa?

- ¡Ná! Tengo ganas de contarte cosas.

- No sé si aguantaré. Me he acostumbrao a dormir como las gallinas.

- Suerte que tienes. He dao más vueltas que un trompo en lo alto del colchón. ¡Y sin un duro pá comer!

- ¡Que las demás hemos estao en coche!

La Marilyn so despabiló.

- Yo hasta he perdido el novio.

- ¿No anduvo por tu casa?

- ¡Quia! Con eso de la enfermedad le entró el repeluco. No le valieron ni los análisis.

- Aguanta poco el gacho.

La interesada hizo un gesto de indiferencia.

- Otro saldrá ¡con subir la bandera!

El aullar de la máquina se quebró con la última nota, dejando paso a un silencio desacostumbrado que despertó a la Puri.

- ¡Anda! ¡poner música!

- Danos cuatros.

- ¡Eso! ¡Para buscarme un disgusto con Jacques a la hora de cerrar la cuenta!

- Pues de dejarle el jornal en los discos nadie ha dicho ná.

- Más perdéis. Si no se escucha animación no entra ni Cristo.

- Aquí no hay quien se meta mientras no pase el ruido del cierre, que son muy descrupulosa esa gente.

Ros se acercó al mostrador.

- Dame un par de duros y no seas mala. Al fin y al cabo a la caja vuelven.

Puri suspiró, haciendo saltar el cajón. El paquete se destripó sobre la tapa.

- No, si no se te pue negar nada.

La muchacha introdujo las monedas en la ranura, procurando no equivocarse al pulsar letras y cifras que habían de coincidir con los títulos preferidos. De pie ante la máquina, contempló el fascinante espectáculo, siguiendo con unción el brazo mecánico que recorrería la fila de discos, perfectamente alineados, para detenerse resueltamente ante el elegido, que volvería a su lugar apenas terminada la música.

Poco instruida en cuestiones mecánicas, concedía al aparato poderes mágicos y milagrosos, prestándole inteligencia humana. Aunque muchos lo intentaron, nadie pudo convencerla de que el extraño robot no pasaba de simple juguete, inventado y construido por el hombre para su entretenimiento. Josefa se apoyó en el quicio. Estaba prohibido exhibirse horas de trabajo, pero la improductividad de la noche hacía indispensable aquel desafío a la autoridad. Si llegaba la pica, siempre podía disculparse diciendo que a falta de ocupación, tomaba el fresco. Soldados de paisano cruzaban junto a ella, ocultando los ojos. A muchos los conoció por haber compartido sus noches. Otros parecían novatos. Sus miradas de fuego se perdieron en el vacío. La clientela se alejaba, hundiéndose en otras puertas, como si los placeres ofrecidos más allá fuesen distintos de los que pregona el reclamo viviente de *La Cubana*.

La humedad se hizo sentir. Volvió a la mesa, frotando sus brazos desnudos.

- Ni uno. Hoy no entra ni uno.

Otra vez la música sobre el silencio. En aquella media noche de fin de mes nadie tenía ganas de broma.

Un grupo de marines uniformados invadió el salón. Sus ropas revelaban que se trataba de aves de paso, tripulantes de la flota. Marisol se acercó, esbozando unos pasos de baile. Tras un somero examen abordó al que parecía más necesitado de hembra.

- Zigarrete, plise.

El marino la separó de un empeñón, encarándose con la Puri..

- Sebessa. ¡rápido!

Debía ser sus únicas palabras castellanas. Media docenas de botellines formaron sobre la madera. Las chapas saltaron. No había vasos ¿para qué si los yanquis bebían a gollote por razones de higiene?. Manolo apareció tras la tela metálica, su caja mugrienta bajo el brazo, el banquillo colgando de la mano.

- ¿Hay faena?

- ¡Nál. Esta gente ni joe.

- Estarán avisaos. Hay barcos de estos que ya lo saben y no sueltan una chica.

Pese a tan malos augurios el recién llegado se aproximó a la barra, ofreciendo sus servicios con profusión de gestos. La risa franca de los extranjeros ante la representación inesperada, abocó en un “no” rotundo y unánime. Tan inmerecido premio al primer acto de su representación no desanimó a Manolo.

Rebuscando en el cajoncillo hizo surgir multitud de objetos, subrayando cada aparición con un derroche de mímica: billetes de lotería, premiados indefectiblemente, fotografías pornográficas para todos los gustos, carteles de toros, cuidadosamente envueltos en papel de seda, mecheros, paquetillos de contenido inconfesable...

Su improvisado público le contemplaba, sin hacer el menor gesto que denotase intención de comprar. Agotado, decidió exhibir la joya de su colección: un reloj chapado en oro, importado directamente de Algeciras.

La mano rubicunda y regordeta se amparó de la correa. Sujetándose entre el índice y el pulgar, hizo girar el objeto. Una sonrisa de esperanza y triunfo iluminó el rostro del limpia.

- Son cinco billetes –explicó, separando los dedos.

El yanqui abrió los suyos. Un amasijo de muelles y ruedecillas se estrelló en los baldosines. Manolo hizo un gesto de triste indiferencia.

- Quien rompe paga. Son cinco billetes.

Y tendió la mano. El marino la rechazó, coreándole las carcajadas de sus compañeros. La tez aceituna del gitano blanqueó repentinamente. Con un salto felino se agarró a la espalda extranjera, ancha y grasienta. Las uñas se clavaron hundiéndose en la carne fofa. Puri corrió en busca de Jacques.

- ¡Baja! ¡se están pegando!

El francés no se entretuvo en apagar el televisor. Saltando de tres en tres los escalones se plantó en el bar.

Seis enormes cuerpos cubrían al betunero que, pese a sus esfuerzos, sólo había conseguido liberar un zapato de suela agujereada. Las mujeres rodeaban el amasijo, esforzándose inútilmente por liberar a su compatriota.

- ¡Fuera!

La voz del amo resonó como la del oficial en el campo de maniobras. Las chicas se apartaron asustadas.

Entraron los municipales. Sin hacer preguntas arrastraron al gitano que se obstinaba en reclamar el pago de los vidrios rotos, exhibiendo sin vergüenza un ojo a la funerala y la nariz llena de sangre. Dos sonoras bofetadas se añadieron a los golpes recibidos, acallando definitivamente su protesta.

Encuadrado por los uniformes, cabizbajo, abandonó el local camino del cuartelillo.

- ¡Pobresillo! Le caerán unos días a la sombra y hasta puén quitarle la licencia. ¡Con la harta de chiquillos que tiene!

- Pero para él. Peleas con los de la base dentro de casa no nos benefician en nada, y menos con lo que ha pasado.

Puri tenía razón. Las muchachas otorgaron conforma por omisión.

Zambo asomó por la entrada de servicio.

- ¡Eh, vosotras!. D. Anselmo me manda buscaros.

Puri hizo un gesto, indicando a las muchachas que podían marcharse. Nati, Josefa y Rosi se dirigieron a la puerta. Marisol quiso seguirlas.

- ¡Tú quieta, que el alcalde tiene otros gustosa

El coche esperaba en la avenida. Zambo abrió la portezuela, haciendo entrar a las chicas. Puso el vehículo en marcha mientras su amo repasaba distraídamente el pezón de Josefa, que rechazó la mano con brusquedad.

- ¿Es que no pué usted esperar?

D. Anselmo rió bonachón continuando el sobeo. César, con el voluminoso trasero de Rosi sobre las rodillas, exploraba otros puntos de la anatomía femenina, animado por la risa de su víctima, que jugaba a proteger las zonas más sensibles, aunque hacía muchos años que ningún hombre conseguía hacerla vibrar.

- ¿Vamos a casa de *La Cordobesa*? - insinuó Luis.

D. Anselmo torció el gesto. No le gustaba gastar más cuenta, y menos exhibirse en semejante compañía.

- Mejor estaremos en *el Puntal*.

- ¿A la playa? -exclamó Nati alarmada. Harta de tumbarse en la arena cuando las exigencias del trabajo lo imponían, esperaba de tan altos magnates una habitación de lujo con cuarto de baño, que compensase en comodidad la pesadez de sus bromas.

- ¿Por qué no? Llevamos la juerga ¡Maldita la falta que nos hace un espectáculo!. Comida y bebida tampoco han de faltar, que la maleta del coche va hasta lo alto. ¡¿Hay quien de mas?!

-La arena no es buen colchón, D. Anselmo. Luego too se mete p'a entro y pué rozarle.

El alcalde aprobó sin otorgar.

- ¡Anda que no te habrás visto en otras peores!

El muchacho de ojos pintados hizo un quite, librándose por milímetros de morir aplastado bajo el imponente automóvil. Josefa saludó agitando el brazo.

- ¡Es la Gata! ¿por qué no le llevamos?

- No me gusta el género -anunció César, fijando una mirada insinuante en el jovencito.

A D. Anselmo le brillaron los ojillos.

- Zambo no tiene hembra. Podría hacerle el avío.

El chofer paró de mala gana. Dando marcha atrás se colocó a altura del marica. Josefa y Nati asomaron por la ventanilla.

¿Llevas prisa?

El muchacho hizo un mohín, destinado a mostrar su profundo desaliento.

- Ando buscando al Pepi. Me ha dao el esquinazo.

- Estaba en el bar. Con un yanqui de esos.

- ¡No digas infundios!

- ¡¿Infundios?!. Anoche mismo se metieron arriba. ¡Que lo diga ésta!. La llevaron pá cubrirse y vio hasta too.

Josefa alargó la mano, agarrando la blusa de seda azulina.

- ¡Anda! ¡vente con nosotras!

El muchacho dudó un momento. Si encontraba a su amigo, noche sería buena, pero si no daba con él, le tocaba pasarla blanco, a lo que quisiese la suerte. Por aquello de “más vale pájaro en la mano ... “ se introdujo en el vehículo.

Al cruzar la plaza Zambo recordó la existencia de Pedro. El viejo podía completar la reunión, quitándole el muerto de encima.

- D. Anselmo ... hay uno que le caería la mar de bien. Por vaso hace lo que le pidan. Se cantínea apañao, hasta por cuplés, y sabe una harta de chistes. Tié la mar de gracia. Pála Gata sería el ideal.

- Si vale, tráetelo. Uno más o no molesta. Con arrebujaarse en condiciones le llevamos hasta allá.

Zambo apagó el motor para acercarse a la tienda más próxima.

- ¿Anda por ahí el Mostrenco?

El patrón señaló una oscuridad entre los árboles.

- Ahí le tienes. Refrescándose pá volver a casa. Toas las noches se esconde por estas horas, pá que no le vean tambalearse. Dice que los chiquillos la tién tomá con él.

El chofer se acercó á la sombra que descansaba apoyado en el muro.

- ¿Te gustaría seguir bebiendo?

- ¿Por qué no?

- Vente.

- ¿Ande?

- Eso no te importa. Soy el criado de D. Anselmo, el alcalde.

Pedro le siguió. ¿Para que andarse con remilgos cuando ofrecían vino gratis?

Se alejaron del pueblo. Tras la curva que señalaban los barracones del campamento estaba la vereda. El soldado de guardia contempló sorprendido el imponente haiga, que hacía rechinar los neumáticos peligrosamente.

Zambo organizó el traslado de las provisiones hasta el sombrero de Eleuterio. El viejo dormía profundamente, cuando aporrearon la puerta de la caseta.

- ¡Soy Zambo, el de D. Anselmo. ¡Abre y deja la cama libre por si el amo la necesita!

El tasquero apareció, frotándose los ojos cargados de sueño. El interior de la casamata era

anormalmente amplio. Un espacio de arena cubierto por tablones y chapas de uralita, que delimitaba un tabique de madera. Pilas de cajas conteniendo toda clase de bebidas, se apilaban contra los frágiles muros que dejaban correr libremente las corrientes de aire. Ristras de ajos y pimientos colgaban del techo, completando la decoración. El mobiliario se componía de una vieja cama de hierro, un par de mesas, unas cuantas sillas, y cajones vacíos.

Del trozo de playa cubierto por cañizo, llamado pomposamente “terrazza”, se trajeron los asientos necesarios.

- ¿No estarán mejor fuera? - inquirió el ventero, con vistas a limitar destrozos en su vivienda.

Josefa negó con un gesto. Hacia demasiado frío junto al mar para aguantarlo con la ropa de cabaret, destinada a cubrir escuetamente las zonas cuya exhibición prohibía la censura, o la edad, cuando se dejaba sentir.

- Ya nos pondremos calientes y cogeremos la playa por nuestra cuenta aclaró Luis malicioso.

Se descorcharon botellas, esparciéndose cañas de cristal grueso sobre el tablero. Zambo rasgó la guitarra. No era un virtuoso, pero se las apañaba para animar reuniones. Nadie pretendía exigirle otra cosa, y mucho menos su jefe.

Sonaron las palmas. Nati carraspeo, aclarando la voz. Josefa se arrancó, moviendo sus generosas carnes al son de la rumba.

Los cascos vacíos yacían por los rincones. D. Anselmo, emulando costumbres de la vieja Roma, aprendidas en películas americanas, ocupaba el camastro en compañía de dos mujeres, que cambiaba de acuerdo con las necesidades del momento. Un espectáculo ininterrumpido animaba su letargo. A la más inocente sevillana sucedía el strip-tease aflamencado, o la exhibición pornográfica, destinada a mostrar plásticamente como interpretaban el culto báquico en aquel rincón tartésico. El deseo morboso, insatisfecho a causa del alcohol, que disminuía la potencia sexual de los espectadores hasta anularla, daba un brillo extraño a las miradas, donde se reflejaban los efectos de un intenso y continuado placer.

Pedro, demasiado borracho para moverse, no tomaba parte en el juego. Hundido en la penumbra, alternaba el sueño con sustanciosos tragos, reviviendo en su soledad escenas de otros tiempos.

Un capricho del carburo hizo que el alcalde descubriese la figura acurrucada. Apartando bruscamente a la mujer de turno, se irguió sobre la tierra, con gesto de Marte triunfal. Los calzones abiertos resbalaron, dejando al descubierto sus vergüenzas, que no habían resistido incolumnes el paso de los años.

El descubrimiento de esta circunstancia provocó la hilaridad general. D. Anselmo, acostumbrado a convertir los hombres bufones, se sintió bufón. El deseo se transformó en furia y la furia vino a caer sobre el causante inocente de aquella levantada.

Se acercó al borracho dando tumbos. Con una solemne patada le arrancó del sopor.

- ¡Eh tú! ¡que se te vea!

Pedro se puso en pie, con mirada de perrito sabio, dispuesto a complacer al amo. La voz del alcalde volvió a tronar.

- ¡A ver! ¡tus gracias!

- ¿Mis qué?

- ¡Eh, Zambo! ¿pá que has traído a este? ¿de esponja quizá?.

Zambo se separó penosamente de la Gata y César. Los tres habían caído al suelo, víctimas de una absurda danza.

- ¡Eso digo yo! ¡que me estas dejando má!

- ¡pues a darle por ... !

Los hombres se ejecutaron con ayuda del marica. El nuevo entretenimiento les pareció apasionante.

Las primeras luces despertaron a Eleuterio. Poco amigo de juergas, prefería eludir las que se presentaban, durmiendo bajo las estrellas. Tardó un momento en recordar porque se encontraba al raso, la camisa y los pantalones húmedos, perrillo tiritando a su costado.

Se levantó, estirando los brazos al aire de la amanecida, antes de acercarse a la caseta. Los clientes roncaban, tirados donde les sorprendió el sueño. Zarandó al chofer con energía.

- ¡Eh tú! ¡que ya ha salió el sol!

Zambo dio un respingo. A su jefe no le gustaba mostrarse al pueblo con cara de resaca. En pocos segundos hizo que los reunidos volviesen a la vida.

D. Anselmo se enjuagó la cara con agua mineral para terminar de espabilarse. Los otros lo hicieron en la orilla.

- Ahora, a preparar la retirada. Nosotros volvemos como si viniésemos de cualquier parte. Por ejemplo del cortijo. Los demás hacéis el viaje por vuestra cuenta.

Josefa torció el gesto.

- ¡Después de una noche de jodienda cuatro kilómetro al lomo!

Nadie le apoyó. Habían cobrado en condiciones y no estaba dispuestas a perder un cliente asiduo y poderoso, ni tampoco a disgustarle.

El alcalde se alejaba entre las mimosas cuando Eleuterio descubrió el cuerpo desnudo de Pedro.

- ¿Y este? ¡Aquí no vayan a dejármelo!

El amo rió.

- ¡Apáñatelas como puedas!

- Eso sí que no, D. Anselmo. Se pué morir o tener mala resaca y no quiero disgustos. Me pué usté sacar de la cama, y en mi casa hacer como si fuese suya. ¡Pero dejarme estos paquetes ni hablar!

El alcalde se rascó la cabeza reflexionando.

- Tú dirás Zambo. Vino por mor tuya y no quiero quebraderos.

- Pues los llevo a ustedes y me vuelvo por él.

- No es mala idea - aceptó el jefe supremo.

- ¡No vayas a dejarte de ir! - gritó Eleuterio, antes de que el grupo traspusiese la loma.

Zambo volvió con la Gata. No le hacía gracia aquel viaje suplementario, La culpa era del Mostrenco. El mal humor del patrón, agravado por los remordimientos habituales, cayó finalmente sobre su espalda, en forma de una bronca histórica.

Cuando terminó de cargar el fardo imprevisto, pisó el acelerador con rabia.

- ¡Éste me las paga!

Cruzaron el pueblo, deteniéndose en un descampado, camino ineludible de los trabajadores que cruzaban hacia la base. De una patada, Zambo hizo caer el cuerpo sobre la tierra.

Lo descubrieron poco después. Uno que le conocía avisó en casa de Rubio. Entre dos amigos cubrieron desnudeces de Pedro bajo una manta, y le llevaron a la tienda, con el tiempo justo para evitarle un encuentro con la policía, bastante más enojoso que el primero.

IX

La semana pasó como otra cualquiera. El mismo trabajo. Igual ritmo. Los jefes no hablaban de despidos, comportándose como si no ocurriese nada anormal. Sin el recuerdo de aquella carta, nada habría cambiado, pero los hombres no podían borrarla de su memoria. Por su culpa, la tensión en los tajos aumentaba de día en día. A la hora del almuerzo, la gente dividía en dos grupos, llenos de cuchicheos. En las miradas el odio se confundía con el temor.

- Si te toca, el sábado nos encontramos en *La Mar*.

- ¿Cuándo?

- Después del trabajo.

- ¿Y eso quién lo dice?

- ¡Toos!

Había quien estaba conforme y quien tenía miedo, pero todos aceptaban la cita en principio.

- ¿Qué más dá? De perdidos al río.

Encarna se adaptó fácilmente a la nueva situación. No hacía falta un exceso de inteligencia para comprender que ya no era la novia de Fonso. Se había convertido en “la amiga”. El muchacho continuaba aprovechando la situación de la chica, porque en aquella tierra no era fácil encontrar quien se dejase “por la cara”. Ella se sometía pues no era bueno complicar, las cosas en el trabajo, haciendo peligrar un jornal indispensable.

Sólo la clientela notaba el cambio. Sus maneras se transformaban, e incluso la sonrisa, componiendo un estilo inédito, surgido del deseo inconfesado y práctico, de convertir actos gratuitos en actividad rentable. La familia y el miedo a lo desconocido, que se escondía en aquel tipo de vida, importado al lugar junto con los yanquis, la retenían, haciéndole posponer el gesto definitivo que la separase de un presente gris y monótono.

Nati apareció poco antes de llegar el Fonso. Venía con dos muchachos.

- Ponos whisky. Para todos.

Encarna miró a los ojos de su amiga, esperando una seña que efectivamente llegó. En uno de los vasos el alcohol fue substituido por colorante.

- Yo te quiero a ti - afirmó rotundamente uno de los extranjeros, los ojos enramados por el exceso de bebida.

Encarna rió, encogiéndose de hombros.

- No entiendo de esas cosas.

Nati le hizo un guiño.

Dice que le gustas... Podías venirte. Falta una.

- Eso digo ¿dónde anda la Filo?

La mujer hizo un gesto vago.

- La invitó la bofia a conocer mundo...

Encarna comprendió.

- Ya...

- Yo te quiero a ti -repitió el yanqui, machacón.

- ¡Vente y no seas panoli! Pa lo que te pagan...

- ¿Y esto? No puedo dejarlo solo.

- ¡Vamos niña! ¡con esa cara que tienes no hay más trabajo pá ti que el mostrador!

- ¡Qué remedio! Algo tendré que llevar a mi gente.

- ¿Crees que les sirvo de cicerone por la cara?

El rostro de Encarna se ensombreció.

- Cualquiera dice en mi casa que cambió el empleo. Entavía no han eslomaio un gato pero a mi es que me parten.

- ¡Bah! Too es cuestión de empezar.

El americano seguía mirándola. A Encarna le gustó su admiración.

- De buena gana lo haría, pero pué pasar el amo, y si no ¡ya se encargará de contarlo el niñato!

- Di que no había nadie o que te pusiste mala. Más sacarás, y por hoy no te toca el pelo de la ropa. ¡Te lo juro! Tié más vino que una bodega ¡y lo que le queá que tragar!.

Estuvo tentada de bajar el cierre. Apelando a toda su voluntad las dejó marchar enbusca del ambiente prohibido que rabiaba por conocer.

Diez minutos más tarde reapareció el americano. Apenas podía sostenerse sobre sus piernas, pero la lengua le funcionaba.

- Yo Tony...

- Yo Encarna...

Hechas las presentaciones, iniciaron una conversación que, pese a las dificultades idiomáticas se prolongó hasta la llegada de Fonso. Este hizo un guiño desde la puerta.

-¿Qué? ¿lo despachas?

Encarna sonrió con una satisfacción nueva, convirtiendo instintivamente al joven extranjero en instrumento de venganza.

- A quien te despacho es a ti. Me gusta más.

Sin una palabra, se colgó del brazo del cliente, abandonando al hijo del amo el local desierto. Fonso se agitó entre las mesas sumido en la más completa confusión. Después echó el cierre, guardando la llave en su bolsillo como todas las noches.

Se despidieron en la calle. Un beso fugaz y un apretón de manos.

- Hasta mañana ¿verdad?

- Sí. ¡Hasta mañana!

La muchacha se hundió en la oscuridad del patio, chocando con su madre. Manuela había despertado poco antes, descubriendo su ausencia. Decidida a recuperarla inmediatamente, se lanzó hacia el portalón, con la furia de varias generaciones decentes hirviendo en su alma.

- ¿Quién era ese?

- ¿Cual?

- El que te acompañaba.

- ¡Si vine sola y acabo de cerrar!

- ¡Que te crees que soy tonta! ¡como que no le he visto escurrirse!

Encarna decidió mentir a medias.

- ¡Ah ese! Uno que encontré en la esquina y se empeñó en seguirme.

- ¡Pues que no vuelva a pasar! Ya le hablaré mañana a la María. Me parece que esa anda muy equívoca contigo. ¿Quién se quéa de noche en la tienda?

Encarna contó con los dedos.

- Pues toos... La Carmen, la María, Alfonsillo, que se llega después de cerrar la taberna...

- ¡Mucha gente pá ser verdá! -exclamó la mujer, empujando a su hija hacia el interior del cuarto. La decisión de acabar radicalmente con el descoco de la muchacha había sido tomada, en silencioso monólogo.

Encarna se prometió advertir a la patrona de las posible investigaciones maternas. No quería perder su trabajo. Era mejor que quitar mierda ajena como en otros tiempos.

Hicieron el camino andando. No tenían prisa y estaban mejor al aire que apretados en el autobús.

- Paga doble ¿no?

Frasco asintió.

- ¿Crees que vendrán?

Justo se encogió de hombros.

- En estas cosas no se pué decir ná hasta que no están hechas.

Les pidieron los pases. Después de confrontarlos con una larga lista, los tiraron al montón que aparecía sobre una mesa.

- ¡Sigan!

La Guardia Civil reclamó el documento.

- ¿Qué pasa? ¿los dejasteis allá?

- Sí. Se lo regalamos al de la puerta por no llevar peso.

El registro fue minucioso. Debieron quitarse la chaqueta y subir las perneras del pantalón.

- El último día es más fácil dejarse llevar por el matute, pues ya no hay nada que perder -explicó el policía, intentando disculparse en cierto modo.

- Pá lo que podemos comprar ahí dentro con lo que paga no vale la pena pringarse.

Les dejaron marchar, para ocuparse del siguiente grupo. El trabajo extraordinario había obligado a doblar los efectivos de la garita.

A las ocho, más de trescientos se arracimaban en la plaza, esperando impacientes la orden de marcha.

- Aguantar hasta que lleguen los otros. Cuantos más seamos más caso nos harán.

Manco explicó su programa.

- Os quedáis en la calle, sin moverse del sitio hasta que salgamos. Si os parece bien, Frasco, Justo y

Antonio entran conmigo.

Justo se hizo a un lado.

- A mí dejarme fuera. Con lo de mi padre ya está la familia bastante señalada.

Frasco le miró sorprendido.

- ¡Un Infantes no se ha rajao desde que el mundo es mundo! No vas a ser tú el primero.

- Tened por cuenta que mi madre trabaja con ellos. Ahora es el único jornal medio apañado que entra en casa.

Bala comprendió.

- Bastante hace con venir. Voy yo mismo que tengo un montón de hijos y eso pué hacer más fuerza.

- Pero no eres de los que vivían en el pago.

- ¿Y qué? Pedimos pá toos ¿o no es as! quizá?

Los cabecillas dudaban. La promesa de trabajo seguro se hizo a las familias expropiadas. No a las otras.

Antonio se impacientó.

- ¡Bueno! Vamos los que sea. Si nos ponemos a discutir no se hace ná.

El grupo atravesó la plaza, asustando a Luis y a César que de teléfonos.

- ¡Chiquillo! Esto es una manifestación.

- ¡No digas cosas! eso sería antes de la guerra.

Luis se dirigió hacia los trabajadores.

- ¡Yo les pregunto qué pasa!

Su amigo le retuvo.

- ¡Estás loco! Lo mismo les da por lincharnos.

El municipal de servicio contemplaba anonadado el espectáculo.

- ¿Eso que es?

El hombrecillo alzó los hombros.

- Yo no sé ná, pero paecén los despedidos de la Base.

- ¿Por qué no los detienes?

- Porque son muchos... y además pá mi que tién razón.

El ruido de la masa llegó al despacho del Delegado, seguido casi inmediatamente por un ujier, pálido de miedo.

- Ahí están un vocal y un montón de gente. Dicen que quieren verle a usted.

El delegado se asomó contemplando la riada que llenaba la calle. Su actitud mostraba claramente que no tenían la menor intención de disgregarse por una simple orden. El problema era nuevo para el flamante cargo, que no recordaba cosa semejante desde que se instituyó la paz por decreto. Se sintió desamparado. Olvidando todo principio de jerarquía a la nueva escuela, consultó a su empleado, pidiéndole consejo.

- Recíbalos. Vienen en son de paz y puén enfadarse si no.

Entraron los parlamentarios. Manco se acercó a la mesa, estrujando la gorra entre los dedos.

- Tu eres Francisco Aparicio ¿no?

- Sí señor.
- Recuerdo que saliste de vocal en las últimas elecciones...
- Pues... sí señor.
- Está bien. Dinos lo que traes.

Las fuerzas de la taberna se evaporaron. Sintió un vago temblor en las piernas y un vacío total en la cabeza. Miró a su alrededor en busca de ayuda. Sus compañeros le rodeaban pero estaba solo. Los ojos claros del delegado se incrustaron en los suyos. No podía articular palabra. Por fin elevó una voz temblona, desconocida por él mismo.

- Hemos venido a... lo de los despidos... ustedes creo que ya lo deben saber -tragó saliva-Pues bueno ¡que nos han despedido!
- ¿Y qué?
- Eso... lo que le estoy diciendo... y nos hemos juntao.

El delegado inclinó el sillón hacia detrás. La partida estaba ganada.

- Debías saber que una reunión con más de veinte personas está prohibida, si no precede autorización del Gobernador Civil o del alcalde, que no hayáis solicitado siquiera, como también lo está interceptar o molestar el tráfico en la vía pública. Habéis ocupado la calle y esto perjudica al Orden Público, que debe ser respetado por encima de todo.

En verdad no molestaban a nadie. Por aquella encrucijada apenas circulaban automóviles, debido a las estrecheces del barrio viejo. Sin embargo los muchachos se sintieron culpables.

- Yo... sí señor..., pero es que venimos juntos pá que nos tomen los nombres. Así será más fácil.

El delegado reprimió apenas una sonrisa burlona, provocada por tan inocente disculpa.

- ¿Los nombres? ¿para qué?
- No sé.

Manco guardó silencio, hundido en una profunda sima intelectual. Tenía mucho calor. Se le nubló la vista. Ya se disponía el delegado a despedirlos, haciéndolos notar su magnánimo perdón, cuando intervino Frasco. Entró con más miedo que nadie, pero al verse derrotado y ridículo recuperó el valor, apoyado en una rabia impotente acumulada durante años.

- Este quié decir que los americanos nos han hechao como a los perros. De la noche a la mañana, y que como no hay trabajo en el pueblo, por mor de que ellos lo tién too, yhan quitao hasta la fábrica, venimos en busca de ustedes pá que arreglen lo que sea, porque pá eso están ynos cobran las cuotas.

El delegado abrió los brazos.

- ¿Qué podemos arreglar?. Sois eventuales. El patrono sólo tiene la obligación de advertimos con una semana, y así lo han hecho. Es la Ley. Yo no la escribí, ni puedo cambiarla.

Bala se adelantó, en un alarde de arrojo.

- Hay que pensar en el plan de muchas casas de familia. Toos tenemos derecho a ir viviendo, y nos han quedao sin comer ¡De hambre no vamos a dejarnos morir!

Frasco volvió a la carga.

- Recuerde que cuando nos echaron del pago prometieron trabajo a toos los del pueblo. En esa cuenta salimos callaos ¡como corderos!, perdiendo lo poco que teníamos. Justo es que les obliguen a cumplir si cumplimos nosotros. ¡Así no es!

El Delegado repitió su gesto.

- Lo siento, hijo, no hay papeles sobre el particular. Apoyándose en palabras no se puede hacer

nada. Se las lleva el viento.

Manco recuperó la voz, estimulado por la vergüenza y el desparpajo de sus compañeros. Al fin y al cabo era alguien en la casa y tenían que escucharle.

- No pedimos mucho. Sólo que nos apunten en lo del paro, pá mientras entramos en el verano. Con el buen tiempo salen cosillas. Quien más, quien menos, tiene defensa. Si esto no hubiese venido así, de sopetón y pá tanta gente a la vez nos hubiésemos arreglao solos.

El delegado pensó que su primera obligación era evitar complicaciones. Detestaba por principio la unión de los obreros. Podía cundir el ejemplo extendiéndose a la provincia, y de la provincia al país. En tal caso, la situación se haría grave, pues inevitablemente, el pueblo tomaría conciencia de su poder, y ante tal circunstancia, mal podrían defenderse los pocos, aunque estuviesen armados hasta los dientes. La idea de acogerlos al seguro no le pareció mala. Podía ser un magnífico vehículo de disgregación, si se utilizaba inteligentemente.

- Mira... vuelves el lunes con dos o tres. ¡pero ni uno más!. Hablaré con Facanias y es posible que consiga algo, aunque no puedo prometerte nada.

- ¡Muchas gracias, D. Carlos! -exclamaron los comisionados a coro, sintiendo el alivio de haber terminado su gestión.

Les costó trabajo alejar a la masa, poco convencida por su vagas explicaciones. Habían ido en busca de una solución concreta e inmediata, no de promesas.

- ¿Pero dijo que sí o que no?

- Que el lunes contestará ¡esto no es un huevo que se echa a freír!

- ¡Otra cosa sería si hubiera subido yo! -bramó Casimiro, que se las daba de “echao p'alante” y en verdad lo era.

- Lo mismo -protestó Frasco- Con gritos no arreglamos ná. Te hubieran tirao escalera abajo y tan tranquilos.

- Pá evitarlo estábamos nosotros. Con la fuerza de la gente no andan jugando. ¡Que también les entra el canguelo cuando llega la hora!

- ¡Eso lo he visto yo no hace muchos años!

- Pasa que se os tragó la lengua y tragasteis.

- Se habló como personas, exponiendo el problema.

- ¡Que problema ni que niño muerto! Allí subisteis pá protestar en nombre de toos, y pá chillar ¡sin contemplaciones!

- Cuando se piden las cosas por favor, no se sacan más e patás -terció un muchachillo, con falta de experiencia y sobra de instinto.

Manco recuperó su seguridad, encontrándose superior entre sus iguales. La voz poderosa, entrenada en discursos sindicales, cubrió las demás.

- ¡Estáis equivocaos! Aquí nadie iba pá la guerra. El que crea que esto terminará a palos ya pué ir cambiando de ruta. ¡ Yo soy el primero en defender el orden!

- Eso nos pasa por fiarnos de un vocal. ¡Si de sobra sabemos en Lacón hasta las puntillas andan podridas!

- Vestir de luto a las mujeres de los trabajadores. Eso es que tú quieres.

Se dispersaron desilusionados. Sin preguntarse la razón, Justo siguió hacia la base.

Carretera adelante, bordeó la alambrada. Los soldados castellanos que vigilaban el exterior contestaron distraídamente a su saludo.

El rancho estaba al otro lado, tras el macabro cartel escrito en inglés y español, destinado a prevenir el peligro escondido en aquellos alambres, inofensivos aparentemente. La luna, combinando su luz con los focos lejanos, iluminaba el grupo de chumberas que rodearon la casa. La mimosa había crecido, haciéndose todo un árbol, y también la parra, que se enredaba entre las matas como una enorme serpiente. Detrás del cerro vivirían las cepas, transformadas en riparia. Salvajes como los olivos de D. Luis sobre la colina. Aquí y allá blanqueaban manchones de cal sobre los escombros, recordando que alguna vez vivieron hombres sobre el almacén de muerte. El aire se paró, y todo quedó quieto.

Un centinela descubrió la forma sentada sobre el mojón de carretera. Calándose los gemelos, contempló largamente la figura, inexplicablemente inmóvil, los ojos fijos en la zona "Secret". Sin dejar de apuntar con la ametralladora, conectó radio con el jeep más próximo.

Jack había detenido el vehículo en una sombra oculta, para fumar un cigarrillo contrario a las ordenanzas. Le parecían absurdas tantas precauciones, en un lugar donde jamás ocurría el menor incidente. La alarma llegó a través de su aparato. Se apagaron las pequeñas brasas. Los hombres ocuparon su puestos, comprobando que las armas estaban a punto.

Justo no les oyó acercarse, perdido en los recuerdos.

- ¡Eh! ¡chico!

Levantó la cabeza. El faro le deslumbró. Sólo podía distinguir el brillo de un cañón empavonado, apuntándole el pecho.

- ¿Qué pasa? ¿es que ya no se puede ni mirar?

- ¡Altas las manos! -ordenó la voz.

Justo se puso en pie. Dando media vuelta, avanzó camino del pueblo.

- ¡Halt!

No hizo caso. Un disparo. La bala zumbó muy cerca de su cabeza.

- ¡Halt!

Por la carretera llegaron dos coches, haciendo oír las sirenas

Todo era ruido. El haz de la linterna se balanceó. Ahora la cabeza de Justo estaba iluminada por todas partes. Un compatriota de uniforme lo colocó las esposas.

- ¡Vamos!

- ¿Ande?

- Ya lo verás.

- Pero... ¿y esto por qué?

- Ya te lo dirán.

Le hicieron subir a la camioneta de un empujón. Dentro de la base se movían hombres y motores, rastreando el terreno en busca de espías inexistentes.

Cruzaron el control, deteniéndose ante un enorme edificio blanco. Pasillos. Puertas. Escaleras. El despacho recordaba las películas americanas.

Le ordenaron sentarse, ofreciéndole un cigarrillo. Se alargó el tiempo en aquel silencio interrumpido por los pasos cadenciosos y firmes del oficial que giraba alrededor del muchacho

La pregunta le cogió de sopetón.

- ¿Qué hacías frente a la alambrada?

- Mirar mi campo.

- Esto es una base militar. No hay campos. El campo puede mirarse en otro sitio.

- No, porque estaba allí. Era de mi padre y mi abuelo. ¿Lo saben?. Ustedes se lo quitaron.

Los extranjeros sonrieron. Empezaban a comprender. El más joven se sentó frente a la máquina, colocando un folio con membrete.

- ¿Nombre?

- Justo Infantes.

- Natural de...

- Trujena y este mismo pago.

- ¿Que es pago?

- Un sitio donde la gente vive. Donde hay ranchos y las familias comen de la tierra porque está dividida y es rica. Lo que fue esto cuando no habían aviones ni bombas.

El oficial carraspeo, sintiéndose vagamente incómodo.

- ¿Trabaja en la base?

- Hasta esta misma tarde que me despidieron.

Salió de madrugada. Los militares cerraron el informe. Un ataque de nostalgia, propio de la raza latina, tan inexplicable como sencillo.

Por sí o por no, el alcalde y el comandante de puesto celebraron consulta sobre el caso, acordando vigilar al Infantes. La escasa capacidad de los encargados del servicio, unida a su impericia, hizo que tardasen mucho tiempo en convencerse de que el extraño paseo nocturno no se debía a consignas del “extranjero”.

- ¡Dios sabe lo que pueden estar tramando esos comunistas masones! -decía D. Anselmo, con la emoción de sentirse mezclado en un asunto de espionaje internacional- Es muy importante y secreto lo que tienen ahí dentro.

Alfonso andaba preocupado. Que el hermano de su empleada se dedicase a las llamadas “actividades subversivas” podía perjudicar seriamente el negocio.

- ¿Pero qué coño hacía en la carretera a esas horas? ¡no vayas a decirme que coger margaritas!

- Le tiraba el rancho ¡ná más!. A toos nos tira lo nuestro.

- No dicen eso por el ayuntamiento. Hasta se habla de ponerle una pareja.

- ¿Y qué? A Opa le metieron un mes de cárcel sin tener más delito que defender lo suyo.

- En el hospital - corrigió María. No deseaba aparecer como protectora de proscritos.

Alfonso remachó el clavo. Si el asunto pasaba a mayores tendría que despedir a la muchacha. Valía más prevenirlo.

- Con los militares no se juega. Díselo. Si le pillan otra vez tendremos disgustos.

Encarna cerró los oídos refugiándose en un activo fregado del mostrador. Era su forma de cortar las recriminaciones.

María examinó el reloj. Las doce menos cuarto.

- ¡Carmen! ¡que llegamos tarde!

Se situó frente al espejo, colocándose cuidadosamente la mantilla. Aún no había logrado penetrar la intimidad de las señoras de abrigo negro, pero ya tenía reclinatorio en la parroquia, mereciendo que le dedicasen una inclinación de cabeza cuando la encontraban en misa mayor.

Apoyada en el brazo de su hija, atravesó la plaza, luciendo la sonrisa melosa y humilde, de quien sin haber alcanzado la meta, se encuentra en vías de llegar hasta ella.

El ayuntamiento bajo mazas entraba en aquel momento por la puerta principal. D. Anselmo encabezaba el cortejo, encuadrado por los ediles, que vestían a la moda del siglo XVI. Su medalla de cofrade se mecía rítmicamente, brillando sobre la austera corbata. Entre saludos y sonrisas atravesó la nave, ocupando el sitio de honor en el presbiterio, al lado de la epístola.

María ordenó al sacristán transportar sus reclinatorios hasta el pie de las gradas, premiando el servicio con ostensible y cicatera propina.

- In nomine Patri...

El ayuntamiento en pleno se puso en pie, cruzando las manos sobre el pecho. Los asistentes se apresuraron a copiar su posición.

Desde el coro llegó el sonido del órgano. Una vieja canción de moda, cuyas notas se alargaban indefinidamente, en un intento fallido de adaptarla a la seriedad del culto.

El ofertorio. La cadencia del fox desembocó en vigorosa Marcha Real, acompañante ineludible de la Sagrada Forma, cuando Ésta es ofrecida a los cielos, con el fin de atraer la presencia Física de lo Divino.

El sacerdote arrugó entre los dedos el paño de lino que le ofrecía el monaguillo. Después, tomó el copón entre las manos. D. Anselmo alzó la cabeza. La lengua sobre el labio inferior, los ojos cerrados, las manos juntas bajo la barbilla, inauguró el sacro banquete, al que concurrieron sin excepción los componentes del gobierno local, incluido el jefe de policía y la pareja de maceros.

Las autoridades inclinaron las cabezas. Víctimas de un éxtasis repentino, escondieron la cara tras las manos. El sacerdote bajó las gradas, haciendo participar al pueblo del convite. Las sillas cachearon sobre el mármol venerable, entre un coro de taconazos, que hacía resonar la bóveda.

Tras una última inclinación, el oficiante se refugió en la sacristía. Maceros y autoridades atravesaron la nave, protegidos por la baranda destinada a separar el clero de sus fieles. Otra vez se cruzaron sonrisas y frases sueltas. Hubo quien se acercó a formular peticiones, felicitaciones, y también ofertas. Negocios, relaciones, proyectos, que dieron al todo un aire de mercado bursátil.

- Venga a verme mañana...

No. El domingo no se hizo para trabajar.

El grupo se dividió para encontrarse poco después en el Casino. Despreciando los sillones de mimbre que obstaculizaban la acera, los señores del lugar penetraron en el local, respondiendo apenas a las inclinaciones respetuosas que les dedicaban los servidores.

D. Manuel se hundió en la biblioteca. Centenares de volúmenes editados en las postrimerías del diecinueve llenaban los estantes. Un polvillo cuasi centenario protegía el papel del paso del tiempo, tremendamente monótono, pues desde su entrada en el importante recinto, por voluntad expresa de un presidente constitucional, y por lo tanto sospechoso de izquierdista, jamás habían sido consultados. En cambio, el aparato de televisión, adquirido recientemente, trabajaba a pleno rendimiento. D. Manuel accionó los mandos. Desde una mullida butaca, contempló con interés una larga serie de anuncios, predecesores de la película inevitable, donde los buenos oficiales

machacaban a los malos.

La voz, transmitida en su máxima potencia, llegó a la sala de juego, pasando al salón. El comandante de la policía municipal decidió interesarse por las últimas noticias de la capital, aduciendo que su carrera también era política.

Frente a la cristalera, contemplando la calle que podía examinarlos a placer como monstruos de pecera, quedaron los demás jerifaltes, arracimados alrededor de las mesas por afinidad social que no por amistad.

D. Carlos se abanicaba nerviosamente, más acalorado por la discusión que por la temperatura, anormalmente baja aquella mañana.

- Al fin y al cabo ¿qué te cuesta?. En muchos países civilizados se prohíbe la entrada de negros en ciertos sitios.

D. Anselmo saboreó un buche de manzanilla buscando la respuesta.

- La gente es sensiblera. Habría quien lo tomase por donde quema. Para autorizar esa medida es necesario que lo conceda Facanias, y Facanias no lo hará si no viene del Gobierno.

- ¿Te figuras un albañil o un trasegador de bodega tomando café en este casino?

- ¡Por supuesto que no!. No se atreverían aunque tuviesen dinero suficiente... que no lo tiene.

- ¡Pues es lo mismo!. Mis trabajadores son blancos como tú, pero nunca podré considerarlos mis iguales como dice el curita ese. Tan mal me caería encontrármelos en la piscina como cuando me topo con un negrazo.

El alcalde asintió con un gesto.

- Estamos de acuerdo, pero oficialmente no somos racistas.

- Por eso trato de demostrar, que en el fondo sólo es cuestión de clase. El problema se plantea porque estos tienen dinero, y nadie les ha enseñado a no salir de su sitio.

El alcalde fijó la mirada en el techo.

- Oficiosamente, hago lo que se puede. Permito a los negociantes que les sirvan mal, e incluso que no les sirvan. Si se pierde una bronca, las consecuencias van para ellos, cuando hay Trujeneros que las aguanten. Así hemos conseguido alejarles de algunos locales. Pero siguen entrando en otros, aunque los dueños hagan lo posible por echarlos... claro si no lo hiciesen, sólo podrían beber en las tabernas del barrio, y eso traería más jaleo. Quizá sean los extranjeros quienes más ayudan en este sentido, todos sabemos que en locales de Españoles, por vender, suelen abrir la mano. En todo caso, no se puede hacer más.

Carlos escupió en el suelo.

- La gente como es debido te exige tomar otras medidas.

El alcalde se levantó, terminando la copa de un trago. El ambiente se caldeaba demasiado. En casos semejantes no quedaba otro remedio que escurrir el bulto.

A falta de mejor interlocutor, el delegado se dirigió a Dionisio, que debía escucharle con sumisión perruna y respeto de subalterno.

- ¡Si hubiésemos ganado la guerra otra cosa sería!

El subordinado se sobresaltó. Preocupado por la probidad política de su jefe, se dispuso a investigar.

- Pero... la guerra.

- ¡Si hombre, sí! ¡la mundial!. Los alemanes tenían la cabeza en su sitio. No se dejaban ablandar por

las críticas de esos demócratas, medio judíos. Sabían que los blancos somos superiores y estaban dispuestos a colocarnos en nuestro lugar, sin permitir mezclas ni parásitos. Hitler empezó quitando del medio judíos y comunistas. Los unos, porque podían confundirse con nosotros y guardaban demasiado dinero. Además mataron a Jesucristo, que aunque digan lo contrario no era de los suyos. Los otros, porque no estaban de acuerdo con sus ideas y querían que gobernasen los de abajo, que son los más tontos. A los de color los hubiesen dejado para los trabajos inferiores. Hasta en la Biblia está escrito que debe ser así. No lo he leído, pero me lo ha dicho gente bien informada. Y entre los demás, nosotros por ejemplo, también hubiesen hecho la criba. El quenace pá gañán ¡al arao y sin tener pretensiones!. El que viene pá señorito ¡pues a mandar, como debe ser!.

Dionisio hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. La copa de coñac le había producido un sopor especial.

D. Carlos echó un trago, aclarándose la voz.

- La prueba la tienes en mí. Mi padre era un campero que siempre vestía de patén. Murió con las manos encalladas harto de cavar y hablar de repartos equitativos. Yo me escurrí, colándome con los de arriba que han ganao siempre. Anduve más de tres años pegando tiros. A veces en el frente, pero las más en retaguardia, donde no podían darme ninguno. Me las apañé pá organizar la limpieza, que también es importante, y peligrosa, porque acarrea mucho odio. La prueba es que más de uno prefería meterse en las trincheras que entrar en mi brigada. ¡Y era gente importante!. Salí del fregao con buenos ahorros y mejores relaciones. Hoy mi voz pesa en las alturas y no me corto el brazo por cinco millones. Hay quien critica. Rumian que no lo he ganado limpiamente. ¡Envidia pura!. Les faltó arrojo para jugársela con corazón y agallas cuando se podía hacer una fortuna.

Dionisio se sintió incómodo.

- Yo... mire usted... a mi padre no le llegó para terminar de pagarme la carrera. Se puso del mal lao, y yo no supe reaccionar. Aquí me tiene, a bofetadas con la vida, cuando podría estar en un despacho tan considerado como el que más.

D. Carlos presintió que había metido la pata.

Llamó al camarero, al tiempo que procuraba sacarla.

- Estás más cerca de nosotros que del montón. No tienes la culpa. Hicieron mal en enfocarte por los libros. No dan dinero, y si muchos escrúpulos idiotas.

Palmeó cariñosamente la espalda del secretario antes de pisar la acera. El sol y el aire le recordaron la revuelta.

- Me tiene preocupado lo de mañana -murmuró.

Avanzaron lentamente, continuando el monólogo del delegado hasta llegar bajo el mástil desleído, que en los días de fiesta lucía una bandera de Falange.

Los despedidos subieron a la plaza. Manco improvisó tribuna sobre un banco de piedra. La lucha se presentaba difícil, pues la masa se obstinaba en seguirle hasta la casa sindical.

- Tenemos que ir solos. Cosas del delegado. Más vale escucharle. Por la brava perdimos de seguro.

- Nos dejarán en la estacada. Yo digo que aquí, sin la fuerza de la unión, ni caso te hacen.

- Eso era antes. Ahora estamos en un régimen de orden. Si hay autoridad es pá algo y tenemos que respetarla ¡qué coño!

- Cuando los vocales os enteréis que esa autoridá no sirve más que pá ponernos el pie en el cuello, habremos adelantao algo.

Manco se sintió acorralado. Sin esperar la hora de la cita, hizo una seña a los comisionados para que

le siguiesen.

- ¡Vamos de una vez!

En el callejón encontraron tres parejas que no solían hacer servicio por aquellos andurriales.

- Si llegamos a venir en masa, aquí se arma -murmuró el social, haciendo resaltar ante sus compañeros que los hechos probaban su teoría.

El rótulo negro y rojo anunciaba la nueva casa del pueblo. Se destocaron respetuosamente antes de cruzar el umbral.

No los hicieron esperar. En el fondo del sillón brillaban los ojillos de D. Carlos. En posición de firmes, las cabezas levemente inclinadas, según conviene a los inferiores, le parecieron perfectamente correctos. El respeto entre las clases depende de las formas. En consecuencia, estas deben guardarse por encima de todo.

- Me han dicho que sí. Se dará subsidio a todos los despedidos, a condición, como es lógico, de que hayan trabajado seis meses en la empresa. Que se apunten mañana y asunto concluido.

- Muchas gracias en nombre de los trabajadores que siempre le estarán agradecidos a usted y a nuestro caudillo, que ha creado este seguro para nuestra tranquilidad.

Manco habló de un tirón, con voz de alumno bien aleccionado que sabe aprovechar la ocasión de granearse el favor del maestro.

- ¿Cuanto tiempo nos durará? - preguntó Frasco, menos alagador, y más práctico.

- Pues... no lo sé. Depende de la antigüedad, de la cantidad que nos faciliten... Desde luego, no vayan a pensar que eternamente.

El delegado guardó silencio, significando con un gesto que la entrevista había concluido. Manco hizo una inclinación antes de salir. Dionisio empujó suavemente a Chili, que se volvía hacia el jefe, con la clara intención de formular nuevas preguntas.

- Vamos... vamos.

- ¡Dionisio!

El secretario giró sobre sí mismo, cerrando la puerta a su espalda.

- No me ha gustado ese rubio, ni tampoco los otros dos, con sus aires de mosca muerta. Sus miradas reflejan rencor, Yo diría que hasta odio.

- No lo tenga en cuenta. Son gente baja. Hay que tenérselas tías con ellos. Entienden el palo y a palos debemos llevarlos.

- ¡Dios quiera que podamos hacerlo mucho tiempo!

Justo se apuntó inmediatamente. Después iría a casa de Regli, para decirle que la boda quedaba aplazada. Se propuso multiplicar las precauciones. No era momento de descolgarse con un chaval.

María inició sus lamentaciones. Constituían un rito que se desarrollaba invariablemente al pagar la cuenta el último cliente del restaurante, extendiéndose una docena de minutos, durante los cuales la casa entera giraba alrededor de un imaginario lumbago.

- Márchese usted. Me arreglo bien sola.

La patrona dejó caer una lágrima de falso agradecimiento.

- ¡Que Dios te lo pague!. Este dichoso dolor de la reuma me llevará a la tumba.

Sepuso en pie, renqueando ostensiblemente a través del salón. Los cristales de la puerta temblaron chocando contra el quicio.

Tony no tardó en llegar. La noche anterior hicieron una rápida escapada, amargada por el temor de encontrar a la familia, y el mucho más próximo de Fonso, que, espoleado por los celos, nacidos de la humillación, menudeaba sus visitas al negocio, dispuesto a informar de cualquier anomalía. Pero esta amenaza había sido conjurada aquella tarde. El muchacho se presentó inopinadamente a la hora de la siesta, pidiendo a Encarna que no denunciase su ausencia, pues tenía proyectada una francachela en compañía de nuevos y poderosos amigos, que unían el señoritismo español con la soldadesca yanqui, prometiéndole placeres insospechados, y pingües beneficios el futuro. Un intercambio de juramentos aseguró la tranquilidad nocturna de ambos. Sólo podía peligrar por una improbable aparición del amo, para cuyo caso confeccionaron cuidadosamente la oportuna disculpa.

Bajó el cierre antes de medianoche. El mundo falsamente lujoso del cabaret se abrió de par en par. Encarna contempló mirando las evoluciones del ballet pueblerino, presintiendo e al fin contemplaba una auténtica representación artística al natural, mucho mejor conseguida que sus torpes pasos sobre la pista de baile.

Camino de casa le flaqueaban las piernas. Cruzando la playa llegó a la conclusión de que las novelas podían convertirse realidad.

Estaban tendidos sobre la arena cuando les enfocó la linterna. La muchacha escondió su rostro bajo el hombro de Tony.

Los guardias examinaron la pareja con desdén.

- No busques líos. Es uno de la Base.

Se alejaron, dejando la huella de sus botas claveteadas a lo largo de la orilla.

X

Con la fuerza del verano la playa se cubrió de casetas y sombreros de temporada. El Curri vino de Sevilla para montar ventorro, adornado con guirnaldas y farolillos de feria, cogió la zona elegante, bajo los chalets. Justo trabajó cerca dos semanas, montando pivotes y arrojando cañizo. La efímera construcción se acabó, cuando, aún no había terminado pagar el almacén.

Obligado por las circunstancias recurrió de nuevo a Sindicatos.

- Has perdido tu derecho. Ya no te corresponde.

- ¡Si estoy más parao que un poste!

- Es igual. Por ley dura mientras vengas diario. Si faltas hay que desapuntarte.

- ¡Pero si dejé de venir por vergüenza!

El empleado manifestó su indiferencia con un gesto.

- En confianza te digo que da lo mismo. Dentro de ocho días se acaba pá teos.

La noticia no sorprendió al pueblo.

- Don Carlos no quiso hablar de tiempo porque andaba al corriente. Una limosna pá taparnos la boca nos han dao.

- La verdad es que no les ha salido caro tenernos quietos.

- ¡Pá darnos dinero están!

- Con lo que chupan podrían.

Cantarranas se dirigió a todos, imitando la voz de Manco.

- ¡Prudencia, muchachos! ¡con prudencia se consiguen las cosas!

- ¡Manco es de los suyos!

- ¿Y tú como lo sabes?

- ¡Que te crees que no lo he visto!. Trabajando de camarero, porque le enchufó el mismo don Carlos, y cobrando el seguro como si ná.

- ¿De veras?

Cantarranas cruzó los dedos formando una cruz que besó fervorosamente.

- ¡Por esta lo juro!. A las diez en punto se sale del bar pá llegarse a Lacón. Le dan la tela contante y sonante.

- ¡Y a nosotros por culo!

- Porque no les hacemos el caldo gordo.

- Igual sería. A uno le pagan, pero al montón que somos ni hablar.

Manco entró, saludando con gesto de líder. Algunas cabezas se inclinaron ligeramente. Le molestó la frialdad de sus com. pañeros. Consideraba un éxito personal haber obtenido aquel socorro, ofendiéndole que no supiesen agradecerlo. Se acodó en el mostrador, encarándose con el tabernero.

- Un cuarto.

Cantarranas se acercó por detrás.

- ¿Qué? ¿se trabaja?

- Pues sí.

- ¿Y se cobra?

- ¡No voy a currelar de gratis!

Cantarranas inclinó la cabeza en dirección a Sindicatos.

- Quiero decir ahí.

Manco tragó saliva. Su interlocutor sonreía extrañamente.

- ¡Sí hombre! ¡si tu trabajo es defendernos! Justo parece que cobres.

El vocal tuvo miedo, sintiéndose vagamente culpable.

- ¡Aparta o llamaré a un guardia!

Frasco sujetó el brazo de Cantarranas a tiempo de evitar un golpe, que difícilmente hubiese podido esquivar el líder, pese a la rapidez con que puso tierra por medio.

Justo se acercó a la obra en busca de Lorenzo. Ya no estaba. Una mañana le encontraron más frío que de costumbre al lado del perro.

- La noche no era mala. Una cualquiera. Pero no hay quien puea con los años.

- ¿Y el animal? - preguntó con falso interés.

- También murió. Cuando se va el amo se les pone el ojo triste y se marchan en menos tiempo que decirlo. Eso se sabe.

Llegó al bar del americano, por si había suerte. El patrón hablaba con un hombre gordo, de pelo entrecano. Vestía traje gris de capital y aunque no llevaba corbata lucía un inmenso solitario en el

dedo meñique, que no cesaba de agitar, haciendo jugar sus destellos. En la percha, un sombrero de fieltro impecable. Justo pensó que debía pertenecerle.

Aguardó en silencio el final de la conversación, procurando alejarse lo suficiente para hacer comprender que no intentaba escucharla.

- No sé si se acordará de mi. Soy el muchacho que trajo Lorenzo, el de la obra.

Piter frunció las cejas. Parecía evidente que le había olvidado.

- Si buscas trabajo este señor puede dártelo. Quiere cuatro o cinco para cortar cañas. Gente que rinda y bien mandá. Si vienes por otra cosa ya pues largarte.

- Yo puedo traerlos si quiere.

El desconocido le miró de arriba abajo, como quien examina un caballo de feria. Su rostro redondo se mostró satisfecho.

- Los quiero de tu porte. No vayas a traerme viejos ni vagos.

- ¿Cuanto les digo?

- Veinte duros.

- ¿Tiempo?

- Las ocho horas. No se puen echar extraordinarias porque se trabaja ahí dentro, en la base, y cierran el control.

- El señor ha comprado los cañaverales - explicó Piter.

- De acuerdo. Los tendrá cuando quiera.

- Si quieres hacer de capataz te daré dos duros de gratificación.

Justo sonrió tímidamente.

- Eso se lo diré después. Depende de quien quiera venir, pues los hay más capaces que yo.

- Te lo piensas. Quiero la contestación esta noche ¡que no fallen!

Los compañeros estaban reunidos en casa de Rubio, hablando mucho y bebiendo poco, porque las circunstancias no andaban para gastos.

- Tengo trabajo para cinco. Un billete por cortar cañas allá dentro.

Señaló la base.

Antonio rió.

- ¡Lo que te digo!. De jornalero a mi campo. No, si al final hasta tendrá gracia la cosa.

- ¿Esa gente pá que quíe quitar los cañaverales? Con el parné que tienen no necesitan rapiñar las cuatro gordas que dejan.

Justo se encogió de hombros.

- Yo no he preguntao ná. Me dijeron que había trabajo y jornal. Con eso sobra, creo yo.

Rubio asintió.

- Tíe razón, que no está el plan pá andarse con remilgos.

- ¡Venga! Los que queráis venir decirlo.

Nadie se movió. Todos necesitaban aquellas pesetas, pero ninguno se quería quitárselas a otro.

Justo intentó animarles, confundiendo el motivo de aquella pasividad.

- Mucho no pagan, pero algo es algo.

- Señala tú.

Entonces comprendió, y no se atrevió a señalar. Hubiese sido repartir la suerte a capricho, condenando al hambre de la misma manera.

- Arrancarse, que debo contestar esta misma noche.

Frasco se adelantó. Los demás respiraron aliviados. Al menos uno tomaba a su cargo la responsabilidad de quedarse con la tajada.

- No, no creáis que voy a coger el jornal. Es para explicar las cosas, y que podáis oírme claro. Nos pasa que toos somos amigos y sabemos como andan en casa de cada uno. Yo tengo miseria y aquel la misma. No se pué elegir entre lo malo. Está claro que a este le dijeron : “Busca cinco hombres a tu gusto”, pero le han faltao reaños para llamarnos de uno en uno, yendo por las casas, o nombrarnos por la cara como hacen los capataces. En lugar de eso nos ha echao el muerto de elegirnos nosotros.

Justo agachó la cabeza.

- ¿Qué queréis? ¡bastante hice que busqué el trabajo!

Chuli decidió en nombre de todos.

- Bueno, Frasco. Tú vas el primero ¡pá eso te hasadelantao!

- ¡Ni que te lo pienses! Ha sio pá explicar lo que yo entiendo de lo que veo.

Cantarranas dio con la solución.

- Lo echamos a suertes.

- ¿Como?

- Con las cartas.

Rubio sacó la baraja, apartando una cartulina por cabeza.

- Los ases y el rey de espás van al campo - anunció.

Bala chistó para llamar la atención.

- Si alguno está trabajando o no le falta que lo diga. Sería un hijo de mala madre entrando en el sorteo.

Seis devolvieron la suerte. Chuli entre ellos.

- ¿Por que te echas fuera?

- No me falta de comer.

- Malamente por lo que tengo oído. Entre vecinos too se sabe.

Le obligaron a participar sin escuchar sus protestas. Cantarranas cerró los ojos al retirar la carta.

- Porque no digáis que hago trampas.

Efectivamente, le tocó quedarse. Entre los que salieron estaba Pintao, un gitano que criticando el trabajo doblaba la alcayata como el primero, porque según decía no estaba hecho para ferias y tratos.

- ¡Se acabó el problema!

Los desafortunados inclinaron la gorra sobre los ojos para ocultar su desilusión.

Justo subió al bar en busca del nuevo amo.

- Ya los tengo. Díselo a mi jefe.

- Me llamó don Matías -replicó una voz desde la trastienda- ¡pasa!

Estaba cenando en la mesa camilla a resguardo de miradas indiscretas. No le gustaba exhibirse en aquel pueblo, donde le sobran negocios y relaciones.

- ¿A qué hora?

- Las siete junto al control.

Cuando llegó la Nati, Encarna tenía muchas cosas que preguntarle. Tony se había marchado hacia un destino ignoto, y aunque prometió escribir apenas pudiese, no había recibido la menor noticia. Sin hacer preguntas, sirvió un generoso whisky a la recién llegada.

- ¡Chiquilla! ¡que la profesión no da pá tanto!

- Hoy invita la casa. Otro pagará.

- La noche está más muerta que mi abuela. Los cuatro gringos que andan dando bandazos se ahuman con cerveza. ¡Ni una ginebra hemos sacao a la hora en que estamos! La jefa hasta me ha dao permiso.

- Pues aquí ya ves. Ni un gato.

- Nati paseó la mirada por el local.

- En esta casa, digas lo que digas, nunca se han podio cazar ni moscas.

Encarna se sirvió otra copa. Violando las órdenes recibidas se trasladó a la zona de la clientela, trepando ágilmente en un taburete.

- Tony no ha escrito...

- ¿Qué esperabas? Toos son iguales.

- El no ¡que vuelve!.

- Y vendrá... pero lo mismo ni se acuerda.

- Es que... han pasao tantas cosas...

- Nati se sobresaltó.

- ¡No te habrá hecho una barriga!

- La muchacha negó rotunda.

- No... pero...

- ¡Anda! ¡no me vengas con que te has enamora!

- Hombre... algo... pues sí.

Nati suspiró. A todas las novatas les ocurría lo mismo. Lloraban, adelgazaban, y se ponían pochás, hasta que un día entendían el negocio.

- Si quieres un consejo ¡despídete!. El pollo esperaba la licencia de un día pá otro, lo dijo en el bar. Mejor así, aunque no lo creas. ¿Tú ves el dinero que tiraba?. Pues en su tierra vive en un barrio peor que el Bacie, sin oficio ni beneficio.

Los ojos de Encarna se llenaron de lágrimas por un segundo. Un trago de saliva y una respetable ración de alcohol abortaron el llanto.

- A lo hecho pecho.

El temple de la chiquilla admiró a la Nati.

- ¿Piensas seguir aguantando la mierda de sueldo que te pagan?

- Si no encuentro otra cosa...
- Podría buscarte algo. No es muy seguro, pero me han hecho una buena proposición.
- ¿En el bar?
- ¡No! En el cabaret.
- Pero no quiero andar en las mesas. Está mal visto.
- Es pá un ballet.

Los ojos de Encarna brillaron, ensombreciéndose repentinamente.

- Lo malo es mi familia.

Nati rió.

- Al principio muchos gritos y aspavientos. Luego se acostumbran a recibir el sobre bien lleno los primeros de mes y eres la hija mejor del mundo.
- Por mí ya estaba hecho, pero tengo que pensarlo por mor de ellos.

Nati consideré oportuno informar a la muchacha.

- Hay que salir a la pista dos veces. El baile es facilón. Hasta la más penca lo aprende. Entre número y número ties que andar con la clientela ¡pero sin obligación ninguna!. Sólo hacerles beber pá dar dinero a la casa y coger los descorches. Tu cuerpo es tuyo ¿entiendes?. Pues ir con quien te parezca y dejar plantao a Dios bendito.

Terminó el vaso de un trago.

- Piénsatelo. Voy a dar una vuelta, no sea que haya entrao alguien con cuartos y la Puri me ande buscando pá vaciarle la cartera.

Se sentaron en el peralte de la cuneta, esperando la aparición de D. Matías.

- Cuando estábamos ahí dentro no había fatigas -suspiró Justo, recordando sus tiempos de jornal asegurado.
- Hasta que les vino en gana tirarnos fuera.
- Yo digo que un sólo patrón pá too el pueblo es malo. Hacen falta muchos independientes, que no se pongan de acuerdo. ¿Que te echan de un lao? ¡pues con llegarte a otra puerta lo solucionas?

La carcajada de Aurelio hirió la susceptibilidad del gitano.

- ¿Qué pasa? No soy un mono del Tempul pá hacer tanta gracia.

Aurelio se retuvo a duras penas.

- Te juro que no es cachondeo, pero hace la mar de tiempo que andamos diciendo lo mismo, y tú vas y lo sacas como si se te hubiera venido a las mientes de momento.
- Aquí siempre ha faltao el trabajo. Se notaba poco, porque teníamos lo nuestro p'ayudarnos a trampear los baches. En vida de mi agüelo ya estaban con las parás.

En el pueblo se respetaba la opinión de Mario. Justo se dirigió a él.

- ¿Tú qué dices?
- Que andáis toos equivocaos. El mal no está ahí.

Frasco se sintió molesto.

- ¿Y eso? Dime tú si no andaríamos arreglaos con jornal seguro. Con esa gente vivíamos desahogaos. Más que con la tierra aunque nos duela reconocerlo.

Mario arrancó una espiga descarriada.

- Que se come toos los días ganándolo eso no hay quien lo niegue, pero necesitamos otra cosa.

Aurelio hizo un gesto de extrañeza.

- Pá mí, con que abriesen otra vez la fábrica se engarruchaba el asunto. Ya lo ves tú mismo. En el verano nos vamos apañando. Si durante el invierno hubiese el mismo plan, lo que se dice hambre no se pasaba.

Pintao se interpretó a su manera.

- Con nosotros pasa lo que con las papas. ¿Que hay muchas?. Pues se baja el precio arruinando a quien las cría y no te las quieren coger ni de balde. ¿Que faltan? Se quean pá los señoritos.

Mario negó con la cabeza.

- Yo quiero decir otra cosa.

Chuli se impacientó.

- Si te entiendes, no ties más que explicarte en lugar de hacernos la contra. Aquí naide juega a los chascarrillos.

El Oráculo miró a su alrededor, asegurándose que los soldados del control no podían escucharle.

- Mirad. Éste, yo, cualquiera, somos esclavos ¡sí hombre!. Ahí nos tienes en la plaza, esperando que quieren comprarnos. ¿Que en lugar de hacerlo en una vez como les antiguos lo hacen a plazos?. Es lo mismo. Te pagan por horas de vida, y hasta sacan ventaja no dándote pá comer cuando estas de sobra. Te queas parao y eres libre. Vamos, que pues ir a donde quieras. Meas, te tumbas al sol o te ahumas si te da la gana, y encuentras quien te fíe. Nadie te pide cuentas. Pero pá mandar la mujer a la plaza o comprar el pantalón que hace falta, porque en pelota no te dejan andar por la calle, necesitas dinero, y ese dinero sólo lo pues sacar cuando quieren los señoritos, porque lo tién ellos.

- En lo tuyo es verdad que haces como quieres, y nadie pué echarte.

Mario palmeó la espalda de Chuli.

- Ahí quería yo verte. Que donde trabajes no tengas amos que puean quitarte el pan sin tener culpa, aunque los que manden, porque alguien tié que organizar, te aprieten más duro. ¿Tu ves los de la oficina?. Buen jornal, corbata, ¡y hasta coche si me puras!. Pues bueno, no son más que nosotros. Cuando menos lo piensan ¡paraos!. Eso es lo que debemos pensar.

Frasco levantó la cabeza.

- Vamos, que por buenos jornales que nos den, mientras no tengas un pie en el negocio o trabajo aseguraa, seremos toos esclavos aguantando el capricho de los que tién parné.

D. Martín llegó al mismo tiempo de escuchar la última frase.

- ¡Eh, tú!

Frasco se levantó al mismo tiempo que sus compañeros.

- ¿Qué andas contando?

- Ná, señor.

- ¡Ten cuenta!. Hay conversaciones que no me gustan. Así que tranquilo, no se te estropee el plan de las cañas.

- Como usté mande.

El patrón se acercó a la casilla con paso de caballo de tiro.

Subieron a la camioneta gris. Las ventanas cerradas, traquearon sobre el camino terrizo. El vehículo se detuvo de golpe. Abrieron las puertas sobre un campo con horizonte de rascacielos en miniatura.

D. Martín repartió las herramientas.

- ¡Vamos! ¡al tajo!

Atacaron el cañaveral. Por ser el primer día, debían justificar el jornal con creces, por evitar que llamasen a otros. Avanzaban agachados, los ojos fijos en el corte.

- Hay que tenerlo contento. Este tío anda en muchas cosas y pué tener jornales pá largo.

Pintao se estiró, le tocaba amarrar los haces. Un grupo de marines vigilaba a su espalda, la metralleta al brazo. El gitano llamó la atención de sus compañeros.

- ¡Volverse por toos los santos que me van a matar!

Los Trujeneros se irguieron.

- ¿Y esto?

Pintao dio un paso hacia el coche, donde el jefe departía amigablemente con un militar.

- ¡Halt!

El cañón se dirigió a su pecho.

- ¡Hijo de la grandísima puta! Echa eso p'abajo por toos tus muertos. Se te va er deo y ya estoy en el patio de los callaos.

- ¡Halt!.

- Mira que no quiero amistad con San Pedro tan jovencito.

Pintao temblaba incapaz de moverse. Hubiese dado años de vida por estar en la plaza, aunque le tocase todo el hambre del mundo.

Mario dejó caer la herramienta.

- ¡Cabrones!

Ante el asombro de los soldados avanzó resueltamente hacia D. Martín, sin preocuparse de armas ni voces.

- ¡Halt! ¡Trabajar! ¡Usted trabajar!

- ¡Que trabaje tu padre! ¡A mi nadie me lleva con látigo!

D. Martín corrió hacia sus hombres, seguido del militar. Era urgente sofocar la pequeña revuelta. A medio camino se topó con su bracero.

- ¿No te están diciendo que a trabajar? A eso viniste ¿o no?

Pintao expuso sus temores a voz en grito, procurando no moverse.

- ¡Pero señorito! Mire usted que si a uno de esos le da por confundirse y tomar a lo malo el ataque de jindama que me ha entrao ¡seguro que mi mare se quea sin hijo!

Mario no se anduvo por las ramas.

- Me voy pero que de momento. No somos presos ni hemos venio a un campo de concentración ¡así que a pagarme!

- ¡Pero hombre! ¿como andan los tiempos vas a tirar un trabajo?. Si es por lo que este dice no le eches cuenta. Ya sabes como son los gitanos.

- Usted no tié más que elegir. O se largan los soldaos, o cortan ellos las cañas.

D. Martín se alejó con el oficial para estudiar la situación.

- Estaba viendo venir el jaleo. Ya lo dije. Por evitar complicaciones será mejor que mande a sus hombres retirarse donde no les vean. He traído buena gente. No son amigos de historias.

El americano negó.

- Órdenes. Estamos en zona secreta. Nosotros tener muchos enemigos y mandan espías. Imposible dejar extranjeros sin vigilancia.

- Están a lo suyo. Podrían tener veinte bombas al lao que no se darían ni cuenta. ¡Si la mitad no sabe hacer la o con un canuto!

- No posible.

D. Martín se dirigió a sus obreros.

- No se puede quitar la guardia. Se lo callaron cuando compré el cañaveral. Tener por cuenta que si avisan se lo quean pá siempre. Ahora no pueo dejarlo. Pierdo un montón de duros.

Mario mantuvo su posición.

- He dicho que me largo.

- Y yo contigo -se apresuró a exclamar Pintao, colocándose de un salto tras el gachó.

Frasco y Aurelio tiraron la herramienta.

- Os acompañamos.

- ¿Y vosotros?

Justo y Chuli fijaron la vista en el suelo.

- ¿Os quedáis?

En la voz de Mario había un dejo de amargura. Justo tosió. Si el otro no hablaba, le tocaba hacerlo. Al fin y al cabo era el responsable.

- Es... lo que decíamos antes... Sólo que nosotros tragamos. Nos damos cuenta. Somos... lo que somos. En casa hay mucha necesidad. Vivo de las mujeres, las únicas que traen dinero, y eso tampoco está bien. Si levanto el gallo don Martín no volverá a llamarme, y correrá la voz de que soy revoltoso, porque mi padre lo era. Nadie querrá darme una peoná. Y habrá que salir del pueblo. Comprendes ¿verdad?

Mario inclinó la cabeza.

- SI, te entiendo, pero no estoy conforme. A toos nos pasa lo que a ti y hasta peor, pero aguantamos pá llevar la cabeza alevantá, como los hombres ¡aunque nos duelan los huesos y hasta el alma!

D. Martín volvió donde los muchachos.

- El teniente dice que no podréis salir hasta que no termine la jornada.

- ¡La madre del señor sargento! - exclamó Pintao, degradando intencionadamente al americano.

Frasco se encaró con el yanqui.

- ¡De aquí nos marchamos ahora!

- Órdenes. No posible.

Justo y Chuli continuaron en el tajo, la cabeza baja, procurando no mirar a sus compañeros, que dormitaban bajo un olivo, convenientemente vigilados, sin atender las razones de D. Martín, que machacaba, suplicándoles volver al tajo.

A las cinco sonó la sirena. Subieron a la camioneta. El patrón no quiso pagar hasta la zona española, y lo hizo por jornada completa.

- Os espero a la noche donde Peter. Venid los dos solos, que estos ya terminaron conmigo.

El suceso se comentó en casa de Rubio.

- Se quedaron. ¡Las cosas!. Hay quien no sabe perder un jornal por vergüenza, y eso es lo único que nos quea al obrero. Nosotros, plantaos toa la tarde. Así que ya sabéis. Si alguien quiere nuestro sitio, que lo diga.

No hubo voluntarios.

Justo y Chuli abandonaron la tienda, deambulando por las calles hasta la hora de su cita. Se sentían incómodos entre los compañeros, que, sin decirlo por las claras, les trataban como esquirolas.

Encontraron a D. Martín de mal talante. El incidente podía molestar a los de la base, estorbando nuevos contratos, precisamente cuando estaba a punto de ultimar un negocio de millones.

- ¿Pá que los trajiste? Hay que saber elegir.

- Son buenos muchachos, Don Martín. Los conozco de siempre. Y mejores trabajadores. Crea que a nosotros nos costó mucho tragar.

- Cuando te ordene buscar personal lo traes bien mandao. De que arrimen el hombro me ocuparé yo. ¡Lo importante es que obedezcan y no pregunten!

- Lo procuraré, pero como andan las cosas es difícil encontrarlos con esa condición.

Chuli intervino.

- Los pocos que hay siempre andan colcaos, porque se contentan con lo que dan.

D. Martín cortó las explicaciones con un gesto.

- Mañana os espero a la misma hora. Si no hay gente de confianza venir solos. ¡No quiero líos!

- Será lo más seguro. Por sí o por no, dije a los otros si querían enrollarse, explicando el plan por evitar sorpresas. Había mucha gente necesitada en la tienda pero toos dijeron que no estaban por aguantar chuladas de esos extranjeros.

Cuando despertó decaía la tarde. Recién lavada, sin maquillaje, parecía una colegiala en vacaciones. Sólo la falda demasiado estrecha y la blusa de muselina, transparente y estrepitosa, delataban su profesión. Bajó a la plaza. El sol la hizo guiñar los ojos, tras las gafas ahumadas. Un muchacho bien trajeado silbó, haciendo un gesto obsceno. Nati dio media vuelta, más ofendida que alagada. Fuera de las horas de trabajo exigía respeto.

Por primera vez en su vida entró en *La Barraca* sin esperar la noche. Encarna sonrió desde la barra, invitándola a ocupar un taburete entre los hombres, que interrumpieron sus conversaciones para contemplar a la muchacha, ocultando el deseo tras una sonrisa despectiva.

- ¿Qué te sirvo?

- Un Martini.

- ¿Blanco o negro?

- Blanco.

Encarna llenó el vaso.

- Discúlpame. A esta hora no puedo invitarte. Están ahí dentro los amos.

La cabeza de Carmen apareció en la puerta de la cocina. Futura profesional de la decencia, había adquirido en el colegio un regusto a incienso y agua bendita, que sin hacerla “distinguida” ante la opinión del pueblo, la separaba radicalmente de los dos mundos que la rodeaban: el que ganaba el pan a costa del sudor, y el que lo hacía sirviendo vicios ajenos. Al descubrir la presencia de una

“mujer pública” se santiguó ostensiblemente. Exorcizando demonios, corrió junto a su madre. La figura de María cubrió literalmente el hueco de la trastienda.

- ¡Encarna! ¡ven aquí!

La muchacha obedeció, con la sumisión requerida.

- La próxima vez que te encuentre hablando con putas a estas horas y en mi casa ya estas en la calle.

Lo dijo bien alto, haciéndose escuchar de la clientela, con el fin de informar al público de sus sólidos principios morales.

Todas las miradas cayeron sobre Nati.

Encarna enrojeció.

- Lo mejor será que me marche ahora mismo.

Nati intervino directamente en la discusión.

- ¡Tú no te vas! ¡que te despida y te pague!

- ¡Usted a callar y a la calle! - aulló María.

- Soy un cliente como los demás.

- Está reservado el derecho de admisión. Mujeres de su caleña sobran en esta casa.

- ¡Vamos! ¡Que jodemos distinto a la señoritas que suben a los cuartos! ¡Buenas perras les saca por el disimulo!

- ¡Dios bendito lo que hay que oír! - exclamó Carmen, presignándose de nuevo.

- ¡A la calle o llamo a los guardias! - cortó María.

Nati dejó el importe de la consumición sobre el mostrador.

Encarna tiró el delantal, corriendo tras ella.

- ¡Mami! ¡Encarna se marcha!

La mujer se encogió de hombros.

- ¡Déjala! La cabra siempre tira al monte. ¡Ya la estaba viendo en malos pasos!

- Pero es un alma en peligro.

- ¡Qué alma ni qué coño! ¡tú a lo tuyo!. En la vida hay que defenderse solo. Que los demás se apañen como puedan.

María dio por terminada la conversación, instalándose tras el mostrador con su mejor sonrisa.

- Si quieres hago el trabajo mientras viene otra - aventuró la muchacha, deseando aprovechar la ocasión para coquetear a gusto.

- ¡Ya estas dentro si no quieres que llame a tu padre!

Carmen obedeció.

- ¿Tienes hambre?

Encarna negó con la cabeza. La escena le había cortado el apetito.

- Pues debes tenerla. Ya va llegando la hora de comer.

Nati enfocó la calle Larga.

- Por ahí no.

- ¿Por qué?

- Anda mi gente. Si opa me encuentra a estas horas me esloma. Es borracho pero no tonto.

Nati pensó que su compañía lo preocupaba. - Si quieres te dejo...

- No... vamos por otro lado.

Comieron en la pensión. Una casa modesta con patio de aljibe, techado por jazmines moriscos y buganvillas.

- No sé qué decir en casa. Oma dejará pronto lo de la base. Ya está en la edad. Y Justo anda sin trabajo con ganas de casarse.

- Cierra el pico.

- María se encargará de contarlo ¡y exagerao porque es una bruja!. Si pá entonces lo estoy ganando no habrá tanto jaleo, pero si ando pará...

Nati sabía que su profesión era la única posible para las mujeres de Trujena. De criada no se ganaba ni para los gastos propios. Asistiendo salía la cosa mejor, pero era matarse. Si el hermano salía de la casa, Encarna tendría que buscar el avio de todos.

- Te dije lo del cabaret. ¡Decídetel!. Se gana doble que en *La Cubana* y estas más considerá. Tienes la pinta que le gusta al ama. Caerás bien. Hace poco se marchó una compañera. Cosa de enfermedad. Anda buscando.

Encarna dio vueltas a la proposición mientras engullía un plato de pescado frito.

Cuando levantó la mirada su decisión la hacía más firme.

- ¡De acuerdo! ¿qué van a decir?. Con ponerles las cosas bonitas ...

Dña Esmeralda las recibió en los vestuarios de *La Torre*. Un cuartucho recubierto de cretonas, que protegían la ropa de escena, colgada de una barra metálica. Sobre el tocador, libros de cuentas, cubiertos por la letra temblona del ama, poco ducha en el arte del pendolista. Falsas plumas de avestruz descansaban sobre un asiento vacío.

- ¡Vaya! Hoy llegas antes de tiempo ¡será por las veces que te retrasas!

Nati bajó los ojos.

- Es que... como le oí decir que necesitaba una chica le traigo a esta amiga.

Dña Esmeralda giró la butaca, repasando la figura de Encarna detenidamente.

- ¿Qué sabe hacer?

Nati hizo un gesto vago.

- Lo que toas... ná... Bueno, sí. Sevillanas, rumbas, algo de agarrao. Tié buena voluntad.

- Y buen cuerpo -observó la jefa- A ver ¡haz una demostración!

La muchacha se sobresaltó.

- ¿Aquí?

- ¡Sí mujer! No tiene importancia. Con que te muevas un poco...

Encarna esbozó unos pasos de baile indeterminado, que había visto a la Nati alguna noche, cuando iba por la copa al restaurant y andaba alegre.

- Sabes moverte pero tendrás que hacerlo mejor. ¿Qué edad tienes?

- Diecinueve.

- Qué serán dieciséis ¿no?

La muchacha se ruborizó.

- Pues, sí señora. Estoy entrando en los diecisiete.

Dña Esmeralda hizo un gesto de contrariedad. Nati se apresuró a intervenir.

- ¡Eso no importa! Algunas las habrá cogido más jóvenes.

- Pero está es del pueblo y a lo mejor le da por meterse al párroco.

- ¡Si no me conoce siquiera! -exclamó Encarna.

Dña Esmeralda suspiró.

- En fin. Probaremos. En todo caso hay que sacarle el carnet de artista ¡pero que de momento!

- Yo misma me encargo, que ya lo hice otras veces - ofreció la Nati.

Dña Esmeralda garrapateó sobre una hoja de bloc signos incomprensibles, tendiéndola a la muchacha.

- Se la das al jefe de la oficina. Me conoce bien. - Después, se volvió hacia Encarna. - Te quiero aquí todas las tardes a las seis en punto. Tendrás que ensayar en el conjunto, y si eres capaz, un par de números sola. No es que te crea inteligente. Para eso vale cualquiera, así que no te hagas la indispensable. Lo importante es gustar a los hombres, que, digan lo que digan, no saben de baile ni de cante. Les interesa el meneo iná más!. Serás puntual y no te marcharás bajo ningún pretexto antes del cierre. Cuando no actúes, andarás en las mesas. Tu obligación es hacer beber al cliente hasta que se muera, y no ponerme disculpas, porque en eso de alternar soy muy seria, pues hay que cumplir con las casas donde se trabaja. No andes con quien beba barato. De tus relaciones con tíos aquí nadie sabe nada. En la esquina puedes citarte con quien te dé la gana, ¡pero de aquí se sale sola!

- ¿Y esta parrafada a qué viene? - preguntó Nati, asombrada de tanta precaución.

- Porque es menor ¡idiota!

- Ya no es mocita.

- ¿Crees que no se le nota?. Tiene más desparpajo que yo, con lo que llevo andao por esta vida. ¡Pero ve a contárselo a un guardia que se ponga hueso porque quiere doble propina!

Encarna abordó el problema económico.

- ¿Cuanto voy a ganar?

- Sesenta duros cuando actúes, y cuarenta si no entras en el número. Si llegas a estrella te subiré. Además tiene los descorches. Pero ten cuenta, que cuando no se viene no se cobra, y nada de seguros ni contratos. Si cumples en condiciones siempre tendrás sitio y no ha de faltarte.

Nati consideró la oferta aceptable. Encarna increíble.

- ¿Como te llamarás?

- Encarna Infantes.

Las dos mujeres rieron.

- En la profesión no se dice el verdadero nombre que cuando te coge la bofia. Cosa de poder camuflarte si te retiras y hace vida decente, o por si tienes hijos, que no carguen con el muerto. Búscate el que más te gusta, para apuntarte en el libro.

- Póngamelo ustedé.

Esmeralda examinó otra vez a la muchacha.

- Te llamarás Linda Martínez ¿de acuerdo?

Antes de separarse, nati le dio un último consejo.

- Ahora guárdate. Si te mantienes, es una buena profesión que da dinero. Fíjate en Doña Esmeralda, que empezó a tu edad y no se priva de nada.

- Está joven.

- ¡Porque tié cabeza!. Guarda, en lugar de tirar como muchas, y no se deja chulear por la cara, estropeándose sin beneficio.

XI

Se sentó junto a la puerta para esperarlos. Era mejor decírselo de uno en uno y por las claras.

Pedro apareció el primero. Cuando no había cuartos ni invitaciones, se acurrucaba en la alcoba, dormitando indefinidamente. Ocupó su sitio ante la mesa, dispuesto a no moverse hasta que quisiesen servirle el plato de sopa aguada que constituía generalmente la cena.

Encarna se acercó.

- Opa.

- ¿Qué hay?

- Me han echao.

- ¿Ah sí? -respondió el viejo con voz blanca.

- Sólo nos queá el jornal de oma. Ya anda vieja pá ganarlo mucho tiempo...

- Bueno. Nos moriremos. ¡Ya es hora que dejéis de traer por ver si nos marchamos de una vez a descansar!

La muchacha alzó los hombros con impaciencia. De buena gana hubiese gritado al viejo que tenía la culpa de todo y que le despreciaba.

Quiso hacerle daño.

- Me he coloco en un cabaret...

Una lágrima recorrió la mejilla arrugada, independiente de la voluntad.

- Bueno... está bien.

- ¿No tiés ná que decir?

Pedro encogió la cabeza sobre el mantel de hule, como un caracol que se encierra en su concha.

Justo venía contento porque traía dinero. Enseñó los billetes a su padre, metiéndole un duro en el bolsillo.

- ¡Pá que te emborraches mañana!

Encarna salió de la alcoba.

- ¿Qué haces en casa a estas horas?

- Tomar el fresco.

- ¿No tenías que estar trabajando?

- Hoy no...

Era evidente que la muchacha quería extenderse en explicaciones. Justo no la dejó. Tenía prisa por encontrar a su novia y darle la noticia.

Dobló el recodo de la calle Trapería. Regli cosía en el patio, acompañada de la Petra que procuraba no quitarle ojo. Entró pisando fuerte.

- ¡Vaya! ¡Ya tenemos aquí al enamora! - suspiró la mujer, a quien la presencia de su futuro yerno alteraba el humor.

- Si, señá Petra, y con buenas cosas. Usté no querrá a yerno, pero se las sabe bandear en la vida.

La vieja alzó las cejas.

- ¿Como? ¿Robando?. No hagas el listo que se acaba en la cárcel.

Justo se sentó en un poyete.

- Anda, Regli. ¿Te preparas?. Hoy vamos al cine.

- ¡Que rumboso!

¡Porque se pué!. Tengo trabajo pá largo y bien pagao. Ese D. Martín es un tío grande.

La Petra le miró con guasa.

- ¡Ojalá!. Pero harás alguna. Con los Infantes ya se sabe. Empiezan bien y un día echan les piernas por alto. Lo mismo encuentras al patrón en un aljibe que a ellos en la cárcel. Las dos cosas es lo más seguro.

Justo sonrió.

- ¿Eso por qué lo dice?

- Porque os viene de casta. Tu padre, con un porvenir, pudiendo haber sacao dinero, se tiró al vino por cabezoná.

- Bueno, señá Petra, que su difunto también echó cojones a la cosa.

- ¡Eso sí que es verdá! ¿Y por culpa de quien? ¡de tu padre que le calentó la mollera!. Si hubiese cobrao a su tiempo como otros, le habrían dao doble.

Justo movió la cabeza hacia los lados.

- ¡Vaya! Hemos descubiert la ojeriza que me tiene. Pues ¡no señora!. Yo no soy como él. Hoy mismo, lo demás dejaron el tajo y me quedé casi solo, enfrentándome con el plante. ¿Qué? ¿está a su gusto?

Petra le miró con desconfianza.

- Veremos. No es de Infantes aguantar. Hay que ser humildes y quedamos en el puesto que nos corresponde para sacar algo de la vida.

Regli apareció en su traje nuevo. Justo la encontró más guapa que otras veces. En la calle, le rodeó la cintura.

- Después daremos una vuelta.

- Un día de estos voy a decirte que no por ver si te entran ganas de casarte.

- ¡Más de las que tengo, que hasta sueño de noche!

- El mes que viene entra una oficiala. Ganaré de sobra pá los dos... y si viene algo, pues también habrá.

- Mientras no tenga yo seguro y suficiente ¡naranjas!, que no nací pá chulo.

- ¿Y si me quedase preñada?

El muchacho rió, tocando la madera de un quicio.

- ¡No mientes ruina!. Por más que eso no pué ser, porque sé andarme con cuidao.

Las vecinas saludaron a coro.

- Tu hija está ahí - indicó Rocío con cierto retintín, señalando el interior del patio.

Cruzó el portalón. Encarna pelaba patatas afanosamente.

- ¿Qué pasé?

- Ná. Cosas de la María. Le dije que no estaba dispuesta a quedarme sola de madrugá con borrachos y me despidió.

La indignación hizo enrojecer a la Manuela.

- ¿Te dejaba sola?

- Pues sí... algunas noches.

- ¡¿Y tu pá que tiés lengua?! Con decírmelo ya estaba escuchando esa las verdades del barquero.

- No quise. Como andan las cosas pensé que perder un jornal no le caería bien.

La mujer colocó el banquillo frente a su hija, muy cerca del cubo. Sobre el silencio, el ruido sordo del cuchillo rascando las papas. Aquel verano la reuma no se marchó con las lluvias. Pese al esfuerzo de las compañeras por disimular su escaso rendimiento, el americano encargado de la limpieza se había dado cuenta de que no era la Manuela de antes. Lo dijo, como quien no quiere la cosa, recomendándole descanso y vacaciones. Cualquiera día le darían el pasaporte, cambiándola por otra más nueva. Por si acaso, echaba horas en los chalet de los extranjeros. Pagaban bien, pero no había seguros ni subsidios, y esto la preocupaba por el Pedro y los otros, incluidos en su cartilla gracias a un médico comprensivo.

Encarna decidió abordar su problema.

- Ya tengo otra cosa. Me pagan cuarenta duros diarios... y más de aquí a ná.

Manuela se asustó.

- ¿Ande?

- En *La Torre*.

- ¡Ni que te lo creas!. Tu no trabajarás con mujeres de la vida.

- Usté anda equivocá. Van señoritas de mucho postín.

- Ni te lo consiento yo, ni te lo consiente tu hermano. Te queas en casa mientras encontramos algo decente. De momento pues asistir conmigo.

La muchacha torció el gesto. No quería recoger mierda de nadie porque lo hizo demasiado joven.

- ¡Trabajar doble pá ganar la mitá!. Y eso sin contar con las propinas que se pierden...

- ¿Propinas? ¿de que?

- Entré pá servir, como estaba en casa de la María. Con la diferencia que nunca andaré sola entre hombres.

- Tu di lo que quieras, que yo sé muy bien lo que tengo que hacer.

La mujer se hundió en su trabajo, significando que la discusión había terminado, pues no estaba dispuesta a consentir tal desmán.

- Al fin y al cabo p'al hambre y los apuros que estamos pasando no vale la pena vivir. Soy joven. ¡Yo no me mato antes de tiempo como usté!. Tengo derecho, digo yo...

Manuela contempló a su hija, comprendiendo que había pasado la edad de meterla en razón con un par de bofetadas.

- ¡Habla con tu hermano!
- Por eso no tenga pena. Esta noche misma será.

Dejó a Regli frente al portalón, que nadie se preocupaba en cerrar, entre otras razones porque la madera podrida hubiese caído en pedazos al menor intento de girar los goznes herrumbrosos. Le dijo adiós sin darle un beso ni cogerle la mano. Siempre había vecinas ocultas tras las ventanas, dispuestas a publicar pecados ajenos.

A una mujer decente no le está bien andar en lenguas.

Le picaban los ojos sentada en el patio, la espalda apoyada sobre el muro encalado, que nunca perdía la humedad.

- ¿Qué haces levantá?
- Esperarte.
- ¿A mí? ¿por qué?
- Oma me ha dicho que te diga una cosa, y como mañana sales temprano...

El muchacho suspiró. Tenía sueño, y al día siguiente le tocaba arrimar el hombro de firme, pues con dos se nota la falta mejor que con cuatro.

- Me marché de casa de la María.
- Eso me lo estaba barruntando. Me parece bien. ¿Qué más?
- Que tengo otro empleo.
- ¿Ande?
- En *La Torre*.
- ¡Olvídate! No quiero putas en la familia.

Los ojos de la muchacha chispearon.

- ¿Tú que ties que hablar? Si lo ganases pá toos entavía podrías ¡pero si no lo ganas ni pá ti!

Justo tumbó a su hermana de un bofetón. La muchacha se revolvió.

- Ándate con cuidao, que por menos de ná me largo.
- ¡Inténtalo! ¡Ya iré en busca tuya!

Se tiró en la cama y cerró los ojos, pero el sueño se había esfumado. Una noche de insomnio le hizo comprender que ser el cabeza de familia no sirve de nada cuando se está sujeto a la miseria.

Se movían entre las cañas, vigilados de lejos por D. Martín, y de mucho más cerca por los marines yanquis.

- Esto era del Picha ¡un buen hombre, que le daba por las flores!

Chuli se encogió de hombros.

- ¿Quieres no hablar más del pasao?. Ahora hay que mirar al frente.
- Tu no te acuerdas, pero yo sí. Como si fuese ayer.

- ¡¿Ayer?! ¡Pues no ha corrio agua ni ná!. Si de pronto las cosas volviesen al sitio apuesto que no las íbamos a entender.

- Ten por cierto que hasta mi padre se haría persona.

- ¡Estas loco!. Nos hemos acostumbrao a vivir de otra manera, a salto de mata. Dime la verdad. ¿En tiempos andarías con tu novia como lo haces hoy?

Justo negó soñador.

- Y lo encuentras tan natural, como ver que tu madre trabaja pá darte de comer, y que tu hermana pasa las noches en una casa de putas.

Justo se estiró.

- ¡Sin faltar que te parto la boca!

Chuli le miró de frente, sonriendo.

- ¡Si no te faltó!. Ná mas digo la verdá. Tu hermana, mi hija la mayor, que el otro día se me echó a la calle enseñándolo too... ¿y qué hice? ¡Ná!. Es lo que ve. Tirará por donde vayan las otras, y las otras van por el dinero, pues no les gusta pasar hambre. Diles que volvemos al campo ¡verás lo que contestan!

- Tu chiquilla no tié edad de conocer aquellos tiempos.

- Aunque la tuviese. Somos distintos. ¿Crees que entonces nos hubiésemos quedao en el tajo con lo que pasó? ¡Seguro que no!. Y aquí estamos.

- Los demás se fueron...

- Tién más años. Les cuesta acostumbrarse, pero que pasen dos meses de apuro y les salga un trabajo parecido. ¿A que no levantan el gallo?

Justo se agachó sobre la tierra, arrumbando los recuerdos.

Por la tarde quedó terminada la corta. Sólo quedaba cargar el camión, que se acercaba traqueteando, precedido por un jeep. Chuli se acercó a D. Martín.

- ¿Cargamos nosotros?

- Ahí vienen dos de refuerzo.

Frasco y Aurelio saltaron al suelo, ante el asombro de sus antiguos compañeros.

- ¿No quedamos en que no queríais saber ná de ametralladoras?

Frasco bajó los ojos humillado. Extendiendo el brazo señaló al chofer.

- Éste, que es amigo, nos llamó. ¡Tenemos mucha hambre!

D. Martín pagó generosamente.

- Vosotros dos en casa de Peter pasado mañana. A las siete en punto.

La voz de Justo tembló.

- ¿Nos dará otro trabajillo?

- ¡Y para mucho tiempo si sabéis portaros!

Entraron en el pueblo. Chuli enfiló hacia *La Mar*.

- Te invito a un trago.

Su compañero aceptó.

- ¡Menuda potra hemos tenió! ¡y no paga bien el gachó!

Chuli sonreía, divertido por sus propias ideas. Levantó el vaso, contemplando a su amigo a través del mosto. La cara de Justo se alargaba. Sus orejas se transformaron en aletas supletorias, mientras la nariz, formaba una curva que iba a juntarse con la barbilla.

- Sí. Paga bien. Pasado mañana estaremos en el bar diciendo: “Lo que usted quiera, D. Martín”, y haremos lo que mande, aunque sea rodar o arrastramos como las bichas. Además, le estaremos agradecidos, y diremos a todo el mundo que no hay nadie mejor que nuestro amo. En una palabra, entramos de lleno en el futuro.

- Es posible... Bueno ¡seguro! - exclamó Justo, pensando que pronto podría fijar el día de su boda.

- ¿Y tú eres capaz de hablar del pasao?. Yo, cuando menos, sé ande voy, o por mejor decir, ande me llevan.

Justo quiso pagar, pero Chuli no le dejó.

- Pasado mañana en cá del Peter. No lo olvides.

La ironía de su amigo se perdió en el alma animosa de Justo.

- ¡Y que voy a faltar!

Se sentía importante en su traje de fiesta, ante el whisky ofrecido por Dña. Esmeralda a cuenta de la casa, para celebrar su debut. La orquesta sonaba plañidera, acompañando una pareja solitaria.

- ¡Quince mujeres pá ná! - suspiró Lili.

- Es temprano.

Reme miró el reloj.

- Bueno ¡voy a vestirme!

- ¡Pá lo que hay!. Tres gatos y con cerveza.

- Ya conoces al ama. Se cumple aunque estemos solas. Cosa de justificarse con la casa y que no haya tongo a la hora de cobrar el contrato.

Dña. Esmeralda apareció en la puerta de la sala, indicando a las chicas que debían iniciar el espectáculo. Mami se situó junto al vestuario, provista de aguja y alfileres, siempre dispuestos para cualquier eventualidad.

- Acorta el número.

- ¡Que no se va a dar cuenta!

Las luces se apagaron. Trepidaron clarines y tambores. Maruja se situó frente al micro, la hoja del programa arrugada entre las manos. Su voz llena llegó a todos los rincones.

- La gran Reuve de Tánger interpretará para ustedes la guaracha “Amor en los Cocotales”.

Otra vez el redoble. Reme saltó a la pista, vistiendo un maillot verde cubierto de lentejuelas, que jugaban bajo el foco. Una cenefa de plumas de gallina teñidas de rosa remataba el escueto atuendo. Bajo el tejido semitransparente, se adivinaba la carne de un estómago fofo. La orquesta atacó un ritmo con nostalgias de hispanoamérica. Reme rodeó el cuadrilátero, procurando caer bajo el haz luminoso que la perseguía o precadía alternativamente.

Terminado el paseílo, que animó el movimiento pendular de las caderas, se situó en el centro, iniciando una extraña danza oriental, traducida por flamenco y jazz americano. Al movimiento cadencioso sucedieron sacudidas violentas, que subrayaba el tambor. La muchacha se agachó lentamente sin perder el compás. Estallaron los aplausos.

Reme se irguió, saludando con gesto de trapeceista que ha realizado brillantemente su número de fuerza.

Braulio, el nuevo camarero, se acercó al Antonio.

- ¡No tié que estar bueno ni ná tirarse a esa!

- ¡Psscht!. Las hay mejores aquí mismo. Esta mú pasaita.

César González apareció con un par de muchachas que, evidentemente, no pertenecían a la profesión. Antonio se acercó a la Nati.

- Dejad la mesa libre que hay clientes.

Las muchachas recogieron sus pequeños bolsos de noche, gastados por el tiempo.

- Lástima, porque el sitio era bueno.

El conjunto abandonó la sala, desapareciendo en el cuartucho llamado pomposamente “camerino”. Con un gesto rápido enfilaron los “trajes de escena”.

Encarna se sintió actriz.

Invadieron la pista en un orden vago, procurando seguir un ritmo inexistente. Tras diversos gestos, no siempre simultáneos, iniciaron cierta canción de moda, traducida del extranjero, identificable exclusivamente por las palabras. El “ballet” se movió y revolvió formando figuras de carrusel, que nada tenían en común con el arte. Pero esto carecía de importancia para la clientela, que tomaba la explosión coreográfica por lo que era realmente: un escaparate, destinado a ofrecer el género existente al comprador en potencia.

Solamente Dña. Esmeralda se preocupaba por el espectáculo, anotando cuidadosamente los errores a corregir en futuras exhibiciones.

El cuadro flamenco desembarcó en escena al mismo tiempo que dos marines uniformados en la sala. Atravesaron el local, confundiendo el taconeo del bailaor con el repique de sus botas. La gorra calada hasta los ojos, luciendo inadecuadas pistolas, se apoyaron en el muro del fondo, para seguir la representación al tiempo que vigilaban a la concurrencia.

El municipal pequeño y cetrino, que les acompañaba a través del pueblo, quedó frente a la barra invitado por la casa. A pesar de su estatura, su físico poco agradable, y la poquedad del sueldo, no tenía problemas para obtener placeres, eligiendo las hembras a su antojo, pues ninguna se arriesgaba a negarse sus favores o intentar cobrarlos. La alta autoridad poseía derecho indiscutible de vida y muerte sobre la ramería.

Terminó el número. La flamante policía militar abandonó el local, las porras balanceándose en su cintura, mientras apartaban sin disculpas a cuantos interferían su camino.

Encarna se acercó a la jefa.

- ¿Qué tal estuve?

Dña. Esmeralda sonrió.

- Muy bien. Hay que corregir algo pero tienes ritmo ... y clase. Es lo importante.

Volvió a la mesa. Un americano se acercó, excitado por la novedad. Extendiendo la mano, rodeó el brazo de la muchacha.

- ¿Vamos?

Encarna se puso en pie, siguiéndole hasta el pie de la orquesta.

- Pedro.

- ¿Qué hay?
- Tu hija anda en malos pasos. Está bailando en *La Torre*.

El viejo alzó los hombros.

- Ya lo sé ¿y qué?
- Que no me gustaría ver a la mía en ese sitio.
- Pues ten cuenta que la verás.

Nicolás rió ante la profecía.

- ¿Yo? ¡Antes muerta!

Los ojos de Pedro brillaron.

- ¿Tíés trabajo?
- Por el verano. En un bar de la playa.
- ¿Se te da bien lo de servir?
- Hay que valer pá too.
- ¿No se te caen las bandejas?
- Al principio si. Ahora las llevo con una sola mano.
- ¿Y dices “¿que quiere el señor”?, aunque sea un señorito de mierda?
- ¡Pues claro!
- ¿Ande trabaja tu mujer?
- De asistenta. De eso quería hablarte, a ver si me pues meter en la base por la Manuela. Es más seguro y da derecho a beneficios sociales, que toos andamos sin médico.
- Lo que te digo, Nicolás. Un día tu hija crecerá lo bastante, y se colocará en el cabaret... y tú no tendrás más remedio que callarte.

Nicolás se ofendió.

- ¡Estas borracho!
- ¡¿Y cuando no?!. Porque entiendo lo que hay y sé de sobra que vivo de las mujeres, lo que nadie de mi gente hizo. De seguir así ellas traerán el pan pá toos. ¿Como?. Eso más vale no preguntarlo.

D. Martín esperaba en el hall, la chaqueta abierta, el sombrero sobre una rodilla.

- ¡Sígame!

El ascensor se detuvo. Su acompañante, impecablemente uniformado, le precedió a través del amplio pasillo, bordeado de puertas y ventanas perfectamente simétricas.

Entraron en un despacho cuadrangular. Los muebles, barnizados cuidadosamente, no daban oportunidad de instalarse a la menor partícula de polvo. Podían ser de cualquiera y de todo el mundo, como los libros alineados igual que soldados de tropa, o la bandera de listas rojas y recuadro azul, que brillaba en el rincón.

- ¿Su proposición?
- Ustedes pagan por que les retiren la basura. Yo les ofrezco hacerlo gratis, poniendo por mi cuenta camiones y mano de obra. No es un regalo. He visto que se tiran cosas de cierto valor, como maderas de embalaje, hierros, latas de conserva abolladas, comestibles... Los beneficios que suponga su venta será mi ganancia.

Como estaba previsto, firmaron el contrato preparado de antemano.

D. Martín no pudo ocultar su satisfacción.

- Parece interesado...

- No es un gran negocio, pero me saca de apuros. En esta época de paro soy capaz de cualquier cosa por conseguir un jornal.

El capitán Smith esperaba a la entrada.

- ¡Hey Martín! ¿tomas una copa?

D. Martín subió al haiga.

- Mejor en casa que en el club. A estas horas está muy desanimado.

El español asintió.

Entraron en el poblado. Calles iguales, casas iguales, numeradas correlativamente con los demás edificios de la base. Un campo de beisbol y la escuela de enormes ventanales. Más abajo, el rancho, donde los tejanos montaban graves "munstangs" seleccionados en el campo andaluz.

Sobre el césped, inaudito en un país de seca perenne, habían crecido los postes de una hamaca. Una mujer languidecida al sol, el cuerpo rebozado en cremas aceitosas.

- ¡Willy!

El capitán se acercó, besando ligeramente sus labios

- Mi esposa.

La dama no cambió de posición, ofreciendo una mano sin huesos y una mirada falsamente apasionada al inesperado visitante.

Los muebles eran tan impersonales como en la oficina. Incluso el viejo arcón, adquirido en algún anticuario provinciano con vistas a su reventa allende los mares, había perdido su raigambre artesanal, convirtiéndose en un objeto de serie, carente de pasado. Los libros, ordenados por tamaño, descansaban en la estantería, probablemente vírgenes. Sólo en la zona de novelas policíacas se notaba la huella de un propietario, por cierto descuidado.

- Este contrato se hizo bajo mi responsabilidad, lo que le obliga a seguir una línea de conducta. ¡No queremos contrabando!. La base abastece de aparatos electrodomésticos al contorno, y éstos salen en el camión de la basura. Un hecho tan público que hasta nosotros lo conocemos, pues da pábulo a los más diversos comentarios.

D. Martín se llevó la mano al pecho, en un gesto ancestral de juramento.

- Por mi parte pueden estar tranquilos. Con sacar mi jornal...

El capitán continuó.

- Personalmente, no reprocho a mis compatriotas que procuren vender su equipo usado donde pueden hacerlo a buen precio, ni que los hombres de tropa aumenten sus emolumentos... ¿Se dice así?.

D. Martín inclinó la cabeza.

- ... vendiendo parte del tabaco que les sobra y al que tienen derecho, pero las autoridades del país son de distinta opinión.

D. Martín aprovechó la ocasión de alagar.

- Siempre han sido españoles los implicados en asuntos de contrabando...

La mano del capitán se agitó.

- Si, pero entre nosotros, debemos reconocer que los promotores son americanos. Ellos proporcionan el género, cuando no lo sacan personalmente al otro lado de esta vaga frontera. En todo caso, no se deje tentar.

El sol caía. D. Martín terminó su whisky.

- Supongo que habré tratado sobre seguro...

- Perfectamente seguro durante un año ... y más si observa buen comportamiento.

Smith recogió el contrato que D. Martín olvidaba sobre la superficie pulida de la mesa.

- ¿Por qué hicieron todas las casas iguales?

- Evitamos que nuestros hombres se sientan desarraigados: donde van, encuentran una disposición arquitectónica semejante, de manera que colocan fácilmente sus muebles, sea cualquiera el país de destino. Así ahorramos tiempo.

- Ustedes lo llaman oro ¿no?

- ¡No! Los ingleses.

- Tenía entendido....

- ¡Nosotros lo convertimos en oro!

El capitán rió de su propia agudeza.

Peter les invitó, echándoles dos mujeres para entretener la espera. Era partidario de cuidar al personal que mezclaba en sus negocios.

- ¿Te busco a la una? - preguntó Justo, acariciando un pecho de la rubia.

- ¿Con qué vas a pagar?

- ¡Mira esta! ¡con dineros!

- Por tratarse de ti son veinte del ala.

Justo sacó una moneda, tirándola sobre la mesa.

- ¿Están o no están?

- Lo mismo falta ella si encuentra un cliente que se retrate mejor.

- ¡Pues me la paga! Porque soy de los que sacarán dinero y tendré influencia! ¡Más que los Chinos!

Chuli fumaba, sin prestar atención a su pareja. Esta procuró interesarle.

- ¿Y tú? ¿qué?

- ¡Yo ná!

- Con lo guapo que es tu amigo ¿como salió tan aburrido?

Justo hizo un gesto de impotencia.

- ¿Qué quies? Hay que cogerlos como vienen. No se cambian.

- Parece que le comieron la lengua....

- Cuando hablo digo verdad, por eso callo.

- ¿Y cual es la verdá? - preguntó la muchacha, con un derroche de coquetería.

- Que Trujena debía desaparecer con toos los que estamos adentro.

- ¡Anda rico! ¡No seas malaje!

- Chuli se encogió de hombros.

- ¡Ya le tocará! Y a Facanias, a Bolones, a Paterno, ... a S. Jacinto. ¡Too!.El día que explote lo que tien ahí metió.

La rubia rió estrepitosamente.

- ¡Eso no pué ser!. Me lo explicó uno de ellos, de esos que entran en los polvorines. El gachó pasó la noche una harta de a gusto, hablando, ¡porque ni de meter mano era capaz!

- Maricón seguro.

- ¡Son unos tipos mú raros!

- A mí también me lo han contaó. Too está bajo tierra y no hay bomba que puea con las paredes que han hecho.

- Es igual. Con una que tiren de arriba ¡a la mierda la provincia!. Esos chismes modernos alcanzan mucho.

- ¡Hijo! ¿pá qué vamos a pensar en eso?. Lo que hay que hacer es divertirse el tiempo que nos quede.

- Pá eso estamos aquí.

- Creí que veníamos por lo del trabajo - terció Justo, riendo al presentir que su amigo entraba en razón.

- ¿Y pá que trabajamos? ¡Pá vivir!. Yo quiero dinero ¡mucho dinero!. Y ganarlo deprisa, pá gastarlo antes de que no quede ni el recuerdo de too lo que estamos viendo.

- ¡Chiquillo!. Más vale que sigas callao, como antes, que vas a traernos el ciezo.

Chuli obedeció, mientras Justo ultimaba su trato con la rubia, subiendo cinco duros por la seguridad.

- Me venía mejor otra hora.... así quedaba tiempo pá cumplir más compromisos - aventuró la muchacha.

- Es que tengo novia. He quedao con ella y no quiero que coja disgusto.

- En ese caso - murmuró la mujer, comprensiva.

D. Martín saludó desde la puerta.

- ¿Qué tal? - inquirió Peter, sin moverse del mostrador.

- ¡Todo arreglado!. Dentro de ocho días nuestros camiones sacarán la basura.

- ¿Nuestros camiones? - preguntó el socio, extrañado.

D. Martín alzó los brazos al cielo ante tamaña incomprensión.

- Bueno, los que alquilaremos... Claro que convendría comprar uno, pues dije que ese era mi negocio.

- ¿Con qué dinero?

- Con el que pensamos ganar, supongo.

- ¡Déjate de bromas y a lo práctico!

D. Martín se sentó con sus muchachos. Cogiendo a la rubia de la barbilla, se acercó a su boca, mordiéndole los labios. Justo se tragó los celos, ignorando la sonrisa irónica de Chuli.

- ¡Bueno! Seguí contrataos. Iréis con los camiones pá cargarlos. Como la cosa es segura y pá tiempo, he decidido cogeros fijos por lo bien mandaos. Cincuenta duros de jornal, sin líos de sindicatos ¿vale?

Justo silbó.

- ¡Que si nos cuadra!. Aquí estamos pá lo que usted diga.

D. Martín fijó su miraba húmeda en Chuli.

- ¿Y tú?

- Pues ... yo también. Pá lo que usted diga.

XII

Encarna se santiguó. Era la primera vez que se enfrentaba sola con el público. Su nombre de artista surgió de los altavoces. El foco la esperaba. Los primeros compases de un ritmo ensayado mil veces llenaron el local. Cerró los ojos al sentir el suelo de madera. Había que moverse. Moverse. Y lo hizo. De pronto, se sintió desnuda ante la mirada de mil espectadores, y le dio vergüenza. Los pasos se trabucaron. A duras penas, consiguió que los pies volviesen a su sitio. Los acordes finales sonaron antes de tiempo. Se detuvo anonada en una postura imprevista. Saludó precipitadamente, sin oír el tumulto de aplausos. Dña. Esmeralda le hacía señas. Dio media vuelta, corriendo hacía el camerino. Mami le cortó el paso.

- ¡Que repitas!

- ¿Qué hago? - preguntó desconcertada.

- ¡Lo que puedas!

El empujón la mandó al centro del cuadrilátero. Los aplausos redoblaron. Encarna no conseguía acoplarse al nuevo ritmo, moviéndose torpemente. Dio una vuelta precipitada. Después, le invadió una extraña calma. Improvisó segura de si misma, sonriendo hacía las mesas. Otra vez sonaron las palmas. Ahora Dña. Esmeralda le indicó que debía retirarse.

- Muy bien, chiquilla. ¡Muy bien!. Desde ahora te ganas los cien duros.

Con un movimiento rápido, la jefa besó sus labios.

- Hay que enseñarte otros números... Bueno, ¡ve a la sala! Se acercó a Nati.

- Dña. Esmeralda me ha besado.

- Lo hace siempre. Le gustan las muchachas y se aprovecha. Pero no te hagas ilusiones. Nunca retira a su chica de la profesión. Para ella lo único que cuenta de verdá es el negocio.

Mr Humphrey se acercó a la barra, precedido por el reflejo del brillante que adornaba su corbata. Saludó al ama, ofreciéndole una botella de whisky.

- La muchacha de rojo.

- ¿Le ha gustado?

Mr Humphrey chascó la lengua.

- ¡Huuuu!

- Es cara.

- ¿Cuántas pesetas?

- Dos mil duros.

El americano estaba borracho. Tambaleándose ligeramente, sacó un fajo de dólares que la jefa recontó por encima. Pasaban de la cifra señalada.

- Los guardo en depósito - dijo escondiéndolo en el seno.

Después hizo llamar a su pupila.

- Te presento a un amigo -y dejando caer su sonrisa sobre el extranjero- Cuídemela bien.

La pista rebosaba de parejas que se movían desenfundadas. Mr Humphrey agitó sus grasas epilépticamente, remendando la juventud perdida. La muchacha se volvió de espaldas para ocultar una risa irónica. Nati le hizo señas. Con el oficial no convenía andarse en bromas.

Esmeralda se sentó junto a ella. La Nati se volvió sorprendida.

- ¿Hoy dejas la barra?

- Hum... hum... - contestó a la jefa, sin perder de vista a su nueva estrella.

- ¿Te gusta?

- Sí... ¿por qué no? Tiene buen cuerpo, ojos bonitos, y es nueva.

- Pero esta noche...

- Con mister Humphrey. Diez mil del ala.

Nati silbó.

- ¡Por menos no la presto!

Le ordenaron salir sola. Su compañero esperaba en la esquina, con el motor en marcha. Corrieron varios kilómetros en silencio antes de abandonar la carretera, perdiéndose en un camino terrizo. En la casa no se veía luz. Un desconocido, de aspecto elegante y joven, les acompañó hasta la habitación, a través de recodos y pasillos. También era extranjero.

Las paredes, alrededor de la enorme cama, estaban cubiertas de espejos.

Cuando la dejó en la plaza el sol brillaba muy alto. Estaba demasiado cansada para discutir con la familia. Por eso se dirigió a casa de Dña. Esmeralda, aun a riesgo de caer mal. La jefa abrió medio dormida. Estaba desnuda bajo el batín de seda.

- Me ha dao esto - anunció la muchacha, enseñando dos billetes de mil.

- Pues aquí tienes más.

Seis papeles verdes se unieron a los primeros. Jamás había visto tanto dinero junto.

- ¡Bueno! No se gana mal en la profesión.

- No... claro que no, pero hay que cuidarse. ¿Qué haces ahora?

- Dormir...

- Supongo que te habrás lavado.

- ¡Pues claro que sí!

- Lo harás otra vez delante de mí. Con estas cosas no hay que jugar.

- ¿Aquí?

- ¡Naturalmente!

Dña. Esmeralda la arrastró al cuarto de baño, proporcionándole cuantos artilugios y fármacos consideró oportuno. Se instaló en el borde de la bañera, observando atentamente los movimientos de su pupila.

- No se te ocurra ir con cualquiera, vengan de quien vengan, y por mucho que te paguen.

- ¡Pero si riñes a las otras cuando no quieren estar con alguno, porque dices que espantan la clientela!
- Las otras son las otras. Tu harás lo que yo diga ¡y basta!

Manuela no fue al trabajo. A punto estaba de llegarse al cuartelillo en busca de ayuda, cuando apareció su hija. Los brazos en jarras, las cejas cruzadas, la dejó acercarse. Un solemne bofetón resonó en el patio de vecindad. Encarna se llevó la mano a la mejilla, iniciando un sollozo.

- ¿Y esto?

- ¡Por puta!

La muchacha aguantó de frente la mirada furibunda.

- Bueno ¿y qué? Traigo mil duros pá la casa y un billete pá padre.

- ¡Así no queremos ná de tí! Y ten por cuenta que te pues ir largando.

Encarna suspiró aliviada.

- A eso venía. A por mis cosas. No sabía por ande entrarte.

- ¿Qué? ¿Tirá o de pensión?

- ¡Con la jefa que me entiende mejor que tú!

Manuela se dejó caer en una silla de nea, la cara entre las manos. Lágrimas silenciosas de desaliento resbalaron sobre la saya negra.

Los tacones de su hija repiqueteaban sobre los chinos. No levantó la mirada para decirle adiós.

Las cinco de la mañana. El camión saltaba por la carretera con ruido de chatarra en movimiento. Justo y Chuli subieron el cuello de la chaqueta. La velocidad aumentaba el fresco de la brisa.

- Me huele a levante.

Chuli asintió.

- ¿Como va tu novia?

- Lo que dije. Una barriga. Pero ahora no me preocupa. Estamos sacando los papeles. Apenas los tenga y el párroco termine con las amonestaciones ¡ya estamos en la vicaria!

- Total, que p'al invierno se acabó la juerga.

Justo pensó en Gigi, compañera do sus mejores noches, que en cada encuentro le enseñaba algo nuevo, en la Nati, en Josefa, y rió.

- Una cosa es la mujer, y lo otro ¡pues lo otro!

- Ándate con cuidao que las putas son peligrosas pá nosotros, que vivimos del trabajo.

-¿No estabas el otro día con la Reme?

- Pschit... sin importancia. Es más barata y menos lagarta que las tuyas.

- ¡Pero estas casao!

- Lo que tú dices. Una cosa es la mujer y otra lo otro. Mientras haya dinero y no te empiques se pué con too.

Pasaron el control. Los centinelas saludaron sin exigir documentos. Les conocían de sobra. Chuli señaló los uniformes con una inclinación de cabeza.

- Al fin y al cabo no son la mala gente que creíamos antes.

- No...

Restos de comida, trapos, latas de conserva desechadas por defectuosas o vacías. Hierros, piezas de coche y mil objetos más, se mezclaban en el ingente montón del basurero. Apenas removieron los desperdicios encontraron el fardo cuidadosamente embalado.

- ¡Baja y ayuda!

El chofer arrimó el hombro de mala gana.

- ¡Caray con los desperdicios!

- ¡Tú a callar!

Los detritus cubrieron la enorme nevera.

Traquetearon por el camino estrecho de una finca. El cliente esperaba junto al cobertizo. Entre todos descargaron el paquete, que el comprador examinó, haciendo un corte en la envoltura.

- Está bien.

- Son doce billetes.

Justo recibió la cantidad, recontando cuidadosamente.

En el almacén, otros muchachos se encargaban de clasificar la mercancía anodina, de acuerdo con su estado y posibilidades de utilización.

D. Martín llamó a sus hombres de confianza.

- ¿Qué? ¿pagó?

- ¡Sino, no selo queo! - afirmó Justo rotundamente, entregando el paquetillo recubierto por papel de periódico.

D. Anselmo paseaba con César. Era temprano para entrar en un cabaret y demasiado tarde para seguir copeando.

- En verdad que esto ha cambiado.

Luces de neón iluminaban las fachadas. Rótulos con caracteres chinos o escritos en inglés, anunciaban los más diversos negocios: “Insurances”, “Car Sale”, “Taylor”... El pueblo antiguo quedaba encajonado, como un recuerdo de los viejos tiempos, gloriosos y anacrónicos.

- ¡Si nos lo hubiesen dicho hace quince años!

- Entonces para divertirle tenías que coger la carretera.

- Hoy se hacen kilómetros por pasar la noche en Trujena.

- Las cosas...

D. Anselmo aspiró el aire. Olía a perros calientes y gasolina, pero no le molestó.

- No. No es como antes.

El ruido del mar llegaba sobre los motores. Había marejada de levante. Cogieron la calle Cisneros para acercarse a la playa. Los chinos del empedrado se hundieron en sus pies.

- ¡Mierda!

- César rió.
- Antes ni lo notábamos.
- Todo es cuestión de costumbre.

Una pareja se agitaba en la sombra del callejón. D. Anselmo miró con vaga curiosidad.

- ¡Es muy joven!
- ¿Qué más da? En estos tiempos todas están maduras.

El chaval desarrapado se acercó pidiendo “money”.

- Pasa, que el jefe está esperando.

Junto a D. Martín, un hombre de rasgos orientales. Justo recordaba vagamente haberle visto en alguna parte, sin poder determinar donde, pues todos los chinos le parecían iguales, sin otra diferencia que la estatura. Los ojillos brillantes del extranjero se le clavaron, haciéndole recordar la expresión de la mujer que visitó mendigando trabajo.

Una seña. D. Martín inició la conversación.

- ¿Tú tiés cojones?
- Pá ganar dinero los que hagan falta.

El desconocido aprobó con una sonrisa extraña.

- Es sencillo. Llevarás paquetes, dejándolos donde te manden. Nada más. Las instrucciones y el dinero te llegarán con el encargo. De ahora en adelante, cuanto menos nos vean junto, mejor. ¿Te van mil diarias?
- ¡Hasta pá montar en globo!
- No te equivoques y achanta la muí pase lo que pase.

La lengua aguantá hasta con el mejor amigo... y con las mujeres.

Tu no sabes nada ni conoces a nadie. Si te metes en líos ya nos encargaremos de sacarte. ¡Pero callao! porque si hablas...

D. Martín hizo un gesto que no daba lugar a equívocos. J

Justo no se arredró.

- Pué contar conmigo, jefe.

Entró en la taberna harto de chamuscarse al sol. El misterioso recadero no aparecía por ninguna parte. La vista de un policía le asustó. Estaba seguro de que su cara reflejaba la nueva profesión de delincuente. Un sudor frío le humedeció la frente corriéndose por el cuerpo.

Un muchacho de pantalón corto llamó su atención haciendo pantomimas frente al cristal de la puerta. Pagó la cerveza, echándose a la calle.

- ¿Hay chatarra?
- Si, un guardabarros.
- En la basurera del capitán Jones.

El chico se esfumó por una bocacalle. Justo escamoteó el envoltorio en el bolsillo del pantalón. Un billete verde disimulaba el sobrecillo.

La aventura se convirtió en rutina. Transportaba el encargo con igual naturalidad que si se tratase de vulgares cigarros, sin preocuparse por conocer la naturaleza de su contenido. Con el tiempo, los sobres se multiplicaron, y los viajes, así como la paga, que aumentaba, sin necesidad de pedirlo.

Petra se felicitaba contemplando a su futuro yerno con ropa de señorito, zapatos de puntera y corbata. No podía comprender a la Regli, que torcía el gesto, anunciando machacona su intención de postergar indefinidamente el paso por la vicaria, pechando con las consecuencias del parto y la crianza, si su hombre no cambiaba con la debida rapidez.

La madre se esforzaba disculpando los defectos de Justo, e incluso sus prolongadas ausencias.

- Un hombre que gana dinero tié derecho a divertirse. ¿Por qué no ha de hacerlo mientras es joven?. Está dispuesto a cumplir contigo y convertirte en una señora, lo que no hacen otros, cuando suben como él. ¿Qué más quieres?.

Una noche llegó con prisa. Demasiada para bajar hasta los pinos. Nati le esperaba a las doce, con la promesa solemne de ligar con cualquiera pasada la hora, pues ella tenía demasiada categoría para aguantar de plantón. Empujó a su novia contra la pared de un callejón oscuro.

- ¡No soy una puta!

El muchacho se encogió de hombros con impaciencia.

- ¿Eso qué importa? Ties ganas y estoy apurao de tiempo.

-¡A ti te pasa algo!

-Mucho trabajo. Ná más.

- Andas como un señorito y eso no me gusta.

- ¿Quiés que vaya como un campero?

- ¡Eres un campero!

-¡Lo fui!

Pretextando un enfado fortuito, Justo se alejó calle abajo.

Al doblar la esquina cambió de dirección, encaminándose hacia *La Torre*.

El dinero le había llevado a tomar contacto con un modo de vida desconocida, que tenía por escenario cabarets y tablaos flamencos. Si al principio le deslumbró asustándole con el tiempo llegó a integrarse, convirtiendo el lujo casual en una necesidad diaria. No había renunciado a casarse, ni tenía la menor intención de hacerlo, pues necesitaba una mujer. Lo haría con Regli, aunque sus sentimientos se hubiesen transformado, convirtiendo unas relaciones amorosas en algo eminentemente práctico, ajeno al cariño e incluso a la sensualidad. Por más esfuerzos que hiciese aquella muchacha de pueblo jamás podría inspirarle deseos, ni proporcionarle el placer que le otorgaban las mujeres de la vida.

Regli se encaminó a casa de su novio, a sabiendas que no iba a encontrarle. Necesitaba hablar con la Manuela. Más por instinto que por raciocinio, la mujer compartía su inquietud, convencida íntimamente de que la repentina prosperidad de su hijo acabaría mal. Por eso, una vez satisfechos caprichos y necesidades ancestrales, abrió una cartilla de ahorro, ingresando puntualmente el dinero sobrante con vistas a un futuro que presagiaba tormentoso.

El viejo, en medio de sus borracheras, tampoco parecía contento. No hacía comentarios, pero se alejaba cada vez más del cuchitril familiar, evitando el encuentro de su hijo incluso en la taberna, cuando le buscaba para invitarle.

Regli recordaba el día en que Justo se presentó con el traje nuevo. Mezclilla americana y camisa de seda. Entre todos, vistieron a Pedro obligándole a contemplarse sobre el espejo de cuerpo entero recién comprado, que casi ocupaba una pared. El anciano se vio a sí mismo sin reconocerse.

Después, sin preocuparse por la presencia de su nuera, se despojó de las ropas incómodas, volviendo a la chaqueta raída. “¡Dejadme con lo mío! ¡dejadme con lo mío!”, decía gritando. Y le dejaron, como quien abandona definitivamente un trasto inútil.

El desconocido se acercó. Ya se disponía a dar la seña cuando le detuvo su mirada hostil.

- ¿Es usted Justo Infantes, alias “El Guapo”?

- Sí señor.

El hombre levantó la solapa. Una chapa de metal brillo al sol.

- Policía. Sígame.

Subieron al coche. Las casas corrían y los árboles, acompañando el trepidar de la sirena. Pensó que debía tirar el paquete en cualquier parte pero no le dieron ocasión. Los forasteros vigilaban celosamente.

Pararon en una calle estrecha. Dos guardias uniformados custodiaban la entrada del edificio, que remataba una bandera.

- ¡Vamos!

Un pasillo largo, destartado, con olor a colilla fría y sudor. Subieron al primer piso. La puerta se abrió sobre un conjunto de mesas decimonónicas y máquinas de escribir anticuadas.

- Aquí tiene al pájaro - anunció el policía.

El comisario le invitó a sentarse.

- Bueno, danos lo que llevas en el bolsillo.

Justo le miró con falsa humildad.

- No llevo nada.

- ¡Vamos! Será mejor.

Metió la mano, rozando el papel de estraza. Había que sacarlo. El paquete surgió, amarillo, como un cartucho de pipas. Una pequeña navaja destripó el envoltorio. Los polvos blancos se derramaron sobre la mesa.

- ¡Coca!

- ¿Conoces a la persona que le entregaba estos encargos?

-No, señor.

- ¿Quién los recogía y lo pagaba?

-No sé.

-¿Quién te propuso el trabajo?

- Un forastero. No volví a verle ni sé como se llama.

- ¿Le reconocerías ahora?

-No recuerdo su cara.

- ¿Sabe lo que contienen los paquetes?

- No señor. Ni que estuviera prohibido llevarlos.

- ¿Conoces la cocaína?

-No escuché nunca ese nombre. No sé.

Nadie le pegó, aunque esperaba que lo hiciesen. Firmada la declaración, le trasladaron al juzgado.

- No te preocupes. No es grave... y si tus jefes tienen buena mano, menos todavía - afirmó un compañero de calabozo, ducho en líder de contrabando.

La Manuela lloró como no lo había hecho ni el día en que Encarna se tiró a la vida. Cuando entró su hija, temblaba sobre el banquillo de madera, haciendo rechinar la tablazón. Vecinas falsamente quejumbrosas rodeaban aquella imagen del dolor, mezclando suspiros y aspavientos con frases de esperanza, que no deseaban ver cumplidas, pues como ocurre generalmente en estos casos, la ascensión de la familia Infantes había provocado toda suerte de envidias secretas.

Encarna rodeó el cuello arrugado, esparciendo olores de perfume barato, usado con excesiva prodigalidad.

- No se apure, madre, que yo ganaré pá toos.

La mujer abrió sus brazos estrechando a la muchacha. No le importaba el dinero, ni siquiera la mancha derramada sobre un apellido que se preciaba de ser honrado. Le importaban sus hijos y el deseo incontenible de recuperarlos.

- Vamos, madre.

Apoyada en el hombro de Encarna avanzó penosamente hacia el cuarto, abandonando el coro que quedó definitivamente alejado con un soberbio portazo.

Apenas ingresó en la cárcel le visitó un ahogado.

- Pueden pedirte hasta treinta años, pero te sacaremos con tres o cuatro como mucho. Al fin y al cabo estabas en la luna. Eso sí, como digas una palabra te quedas a la sombra para los restos.

- Le juro a usted que ni los buenos días.

Lo dejó tres mil duros y un cartón de tabaco.

- Para que te entretengas.

Aquella noche un compañero le escribió su primera carta: "Querida madre: no se asuste usted. Esto no tiene importancia. Enseguida volveré con ustedes."

Manuela contestó por mano de Regli:

"Te esperamos. No te preocupes de nosotras. Yo trabajo y la Encarna me trae lo que necesito. Tanto que hasta podría retirarme. El niño viene bien".

- Vas a tener un chiquillo? - inquirió Tragacantos.

- Sí - respondió Justo distraído. La carta le traía recuerdos del cabaret.

- ¿Casao?

- Arreglando les papeles.

- ¡Me cago en diez! Te han cogido en mal momento.

En el juicio le salieron dos años, a pesar de las atenuantes. El abogado le felicitó pero a Justo se le antojaron un siglo. ¿Donde estaría Gigi cuando saliese? ¿y Trujena? Las muchachas escribieron una tarjeta desde *La Torre*. Encarna había ascendido. Estaba con la jefa de segundo de a bordo, y hasta llevaba las cuentas del descorche. Se hablaba que pensaban ponerse en sociedad. Cuando saliese, armarían una por todo lo alto.

Regli llegó con Manuela. A través de la reja distinguió su vientre abultado y los ojos brillantes por la fiebre. El muchacho pensó que todas las mujeres debían maquillarse.

La visita se repitió a principios de cada mes. Un día, solo en el camastro, se dio cuenta de que hubiese querido verlas cada semana. Encarna le trajo a Gigi.

- ¿Te podemos pasar una botella?

- No, el licor está prohibido.

Le contaron muchas cosas y besaron el hierro, confundiéndolo con sus labios.

Por la noche escribió a su novia pidiéndole que le visitase más amenudo. No podía ser. El viaje resultaba caro y había que guardar para cuando viniese el niño.

- Será un chiquillo ¡te lo juro!

Apenas recordaba el cabaret cuando le escribió Nati desde la cárcel. La habían trincado. Consiguió zafarse de la primera visita, pero cayó en la segunda. Todo por culpa de uno de la flota. La contagió a sabiendas, cogiéndola casi por fuerza, porque le pidió un adelanto sin saber lo que había. Ella se vengó pasando la enfermedad a un montón de americanos. “Esto no hubiese ocurrido de estar tú aquí”. La carta terminaba con la huella de unos labios rojos, impresos en el lugar de la firma.

La carta de Manuela llegó cuando ya estaba acostumbrado a la celda, a la hora de paseo en el patio y las comidas comunes, harto de escuchar historias que repetían delitos, exagerados hasta lo imposible o minimizados, de acuerdo con la personalidad que deseaba representar el protagonista en cada momento.

Deletreó penosamente con ayuda de Tragacantos, que se esforzaba por enseñarle el alfabeto.

“Es un nido y se parece a ti. La Petra está contenta aunque te tiene ojeriza. No le echas cuenta. Ya la conoces. El taller va bien. Tu padre apareció en una calleja. Hizo más vino de la cuenta. Le enterramos mañana. Vendrá mucha gente. Nicolás y Rubio se ocupan de todo. Tómallo con paciencia. Al fin y al cabo es lo mejor que podía pasarle”.

El viejo había resistido hasta el final. Se fue lleno de vino pero con las manos limpias.

- ¿Qué te pasa?

- Ná. Mi padre.

- ¿Pero tenías padre?

- Si. Es que lo había olvidado.

Tragacantos se encogió de hombros, continuando su obra. Una de esas cajas de marquetería que se venden en algunas penitenciarías bajo el rótulo de: “Trabajo de Presos”.

Los días largos, perfectamente iguales, se sucedían unos a otros. Allí dentro no pasaba nada. Absolutamente nada. Las noticias del exterior dejaron de tener importancia, convirtiéndose en avisos de un mundo lejano, cada vez menos interesante dentro de aquella comunidad, formada por el destino.

Cuando le comunicaron el indulto no sintió nada. La alegría fingida ocultaba un enorme vacío.

Le entregaron el traje bien cortado, su pañuelo de seda y un fajo de billetes.

- ¡Que no te veamos más por aquí!

No, no volvería nunca, porque acababa de tomar contacto con un nuevo sol y una extraña libertad basada en el hecho de poder elegir su calle y la dirección que le apeteciese.

Tomó la de la estación. En otros tiempos hubiese cogido un taxi.

La máquina asmática de su niñez se situó al frente de los vagones de madera, cortados en compartimentos. Un mozo le detuvo antes de subir al estribo.

- Dentro de una hora podrá coger el automotor. Es más limpio y mucho más rápido. Llegan casi al mismo tiempo. Además sólo tiene primera.

Justo sonrió, trepando al vagón de clase económica, ante el asombro del empleado, que tendía su mano esperando la propina.

- ¡El hábito no hace al monje! - gritó, instalándose en el asiento de tablas.

La estación se alejó lentamente, perdiéndose las últimas casas de la ciudad. Cruzaron la marisma. Montones de sal gorda brillaban sobre los jaramagos. Aquí y allá aparecieron los primeros campos. Cepas, algodón y pasto bravío. Cruzaron la alambrada, dejando atrás el depósito del agua. Los aviones zumbaban a poca altura.

- Hay movimiento - comentó Justo.

Su compañero de viaje asintió.

- Más que cuando me marché.

- Si. Más.

Un aparato levantó el vuelo pasando muy cerca del tren.

- ¡Caray!

- 'No hay cuidado. Van más altos de lo que parece.

Llegaron a la estación renegrida. Los bloques de viviendas baratas acusaban el paso del tiempo. Una inmensa grieta recorría la fachada del más próximo.

- ¿Ve usted esa casa? -preguntó el viajero- Pues la he visto hacer de aquí a ná. Hace un mes tuvieron que evacuarla porque se venía abajo. Dicen que por mor de los aviones. Yo digo que por culpa del robo. Aquí too es robar ¡y como está el problema!

Justo se alejó sin despedirse, víctima de un miedo extraño. En la tienda del Chato habían puesto un edificio de siete pisos, y cafetería americana. Desde fuera se veía a los clientes como si estuviesen en un escaparate.

Encontró a Mario. El traje de patén gastado contrastaba anacrónicamente con la flamante avenida.

Petra estaba en el patio, ocupando el sitio de costumbre. Regli cosía a su lado. El tiempo se detuvo.

Un niño, con la misma cara de Pedro Infantes, jugaba entre las macetas.

- ¡Hola!

Regli levantó la cabeza. Le miró por sus ojos grandes, como una novia que espera la visita habitual. Se abrazaron.

- ¿Traes equipaje?

Justo le tendió su pequeño envoltorio. Ropa interior y cartas arrugadas.

- ¿Y mi madre?

- Bien. Supongo que en casa.

- ¿Encarna?

- Lo mismo, sólo que ha juntao dinero. Está de socia con la Esmeralda. La gente habla pero no hay que hacerle caso.

- ¿De trabajo?

- Se han abierto muchos negocios. Quizá puedas entrar de camarero.

Regli metió el hatillo en la vivienda. Justo miró hacia la Petra con embarazo.

- ¿Podré quedarme aquí antes de la boda?

- ¡Digo! Las cosas han cambiao. Ya no se mira como antes. ¡Hasta yo he perdió la vergüenza!

Se desvió del camino. No quería encontrar a su gente sin haber intentado buscar un trabajo que no le devolviese a la celda.

Entró en la tienda de Rubio. El enorme televisor y los muebles de tablex eran la única innovación.

- ¡Tardes!

- ¡Buenas! - contestó secamente el tabernero.

- ¿Tendrías algo para mí? Voy a casarme de momento por el chiquillo. Necesito ganarlo.

Rubio le tendió un cigarro y la llama de su mechero.

- Mira... ya procuraré. Me han dicho que el Bala necesita gente p'al negocio que anda montando, y también los chinos de ahí abajo. Si entras, ya sabes. Como el mono. Ver, oír y callar, porque la cosa está difícil. Claro que a lo mejor ya han encontrao. ¡Hay tantos buscando un hueco ande meterse!

Justo fumaba con la sensación de haber escuchado las mismas cosas en alguna parte. Insensiblemente, se perdió en los recuerdos.

Epílogo

El Ministro despidió la visita con un borboteo de sonrisas.

- Estudiaré su caso. Tengan la seguridad de que haré lo posible por conseguirles esos créditos. Su proyecto es perfecto ¡perfecto!

En el quicio se estrecharon la manos.

- No nos eche en olvido Vuestra Excelencia.

- ¡En absoluto! Y tengan en cuenta que me tienen detrás. Cuenten con mi apoyo. Espero que no encontraremos inconvenientes en el Consejo.

Una última sonrisa y el Ministro quedó solo en su despacho. Mesa de caoba, alfombra y tapices de la Fundación, cuadros del siglo XIX. Se acercó a la mesa. Expedientes, documentos, notas... De un manotazo desperdigó los pliegos, derramándolos en desorden. La sonrisa desapareció, dejando en su lugar un gesto sombrío.

Apretó el timbre. El secretario de turno penetró en la estancia.

- ¿Queda alguien ahí fuera?

- NO.

- ¡De Facanias tenían que ser!

El secretario inició una sonrisa que quedó helada bajo la mirada furibunda del superior.

- Bueno. ¡Me largo!

- ¿No firmas? Hay un montón de cosas...

- ¿Para qué?

Cruzó los pasillos interminables, la cabeza baja, las manos en los bolsillos, sin mirar a los lados ni

al frente.

El chofer abandonó el aparcamiento, deteniendo el automóvil con bandera descubierta bajo la portada de cristales. La pareja se cuadró militarmente.

- Puedes irte. Hoy vuelvo andando.

La escolta se arremolinó disponiéndose al paseo.

- Tampoco hacéis falta. ¡Marchaos!

Pero tenían órdenes. Discretos y distantes siguieron al miembro del Gobierno. Sus ojillos se removían, buscando en cada ciudadano al delincuente.

El ministro cruzó grupos de estudiantes, de mujeres, la cesta de la compra al brazo, y recién nacidos en sus carricoches, que tomaban el sol al resguardo de las fachadas. Algunos -muy pocos- se sorprendieron ante su persona, reconociendo el rostro mil veces repetido en la prensa y las pantallas de televisión. Pero los más lo ignoraban. El Ministro comprendió entonces que jamás había existido para la masa.

Por primera vez desde que ocupaba su alto cargo, se aventuró entrando en una tasca. Una tasca cualquiera, llena de clientes anónimos. Se hablaba de fútbol, de la situación económica, del gobierno y también de mujeres y de libertades, en tonos prohibidos por la legislación vigente. El Ministro pidió un tinto.

Inconscientemente, metió la mano en el bolsillo de la americana, acariciando los últimos despachos. Secreto oficial. Pero ¿por cuanto tiempo?. Ya se había ordenado la suspensión del tráfico con el sur, e incluso el corte de las carreteras por las fuerzas, así como el cierre de toda comunicación telefónica o telegráfica, aunque los destrozos hiciesen prácticamente innecesaria tal medida. En cuanto a la prensa nacional no fue difícil neutralizarla. Si muchos estaban en el secreto, el miedo les obligaba al silencio. Pero la extranjera preocupaba al gobierno. Aún no estaba al corriente, porque sólo habían pasado unas horas. ¿Cuántas podrían ocultárselo?

Por su parte, podían estar tranquilos en las alturas. Lo diría a la familia. Porque su primera obligación estribaba en protegerla. Nada más. Debían marcharse inmediatamente, dejándole detrás, pues su sitio estaba en el despacho, siguiendo minuto a minuto el desarrollo de la tragedia. Así se lo habían ordenado. Cumpliría.

Se detuvo en un kiosko y compró el diario de la tarde. Revueltas estudiantiles, problemas sindicales, despidos represivos, crisis de empresas... Y una catástrofe nacional. El Real había perdido su primer partido de copa por mala suerte, ante un equipo de ínfima categoría. Los titulares negros, de luto, señalaban la derrota en tonos patéticos. No pudo menos que echarse a reír una carcajada solitaria entre rostros extraños.

En Levante no había pasado nada. ¡Ah sí! Mirabreño consiguió el rabo de su segundo toro y salir a hombros por la puerta grande en la plaza de Paterno. La tarde anterior había sido tarde de palmas.

Dobló la esquina. Empezaba a sentir un resquemor en las piernas, enquistadas a fuerza de no usarlas. Nunca pensó que su casa estuviese tan lejos del ministerio. Sintió la tentación de detenerse en cualquier parte y tomar un taxi, pero no lo hizo. Sentía una necesidad imperiosa de notar el sol.

Los policías se cuadraron. El portero salió de su pecera acristalada, para pulsar el botón del ascensor, abriendo la puerta con una profunda reverencia. El ministro se sintió elevado muy lejos dentro de la cabina. Sacó los papeles arrugados. Un comunicado de telex, con letras saltadas. Al parecer, se trataba de un aterrizaje rutinario, en medio de un mundo en paz, sin otros focos sangrientos que las guerras locales, necesarias al sostenimiento de la industria del acero.

La explosión surgió inesperada haciendo temblar los edificios de la ciudad sureña. En el horizonte lejano una columna de humo se elevó hacia el cielo.

Se hablaba de veinticinco megatones, de plutonio y de aparatos supermodernos. Pero no de

muerdos. Su número era indeterminado e incalculable. La densidad de la población hacía imposible conocerlo, e improbable que se averiguase en el futuro.

Facanias, Paterno, S. Jacinto, Trujena... Nombres de aldeas y pueblos que fueron.

Un segundo comunicado advertía que una extraña caravana se dirigía hacia el norte. Los ojos vacíos, dejando cadáveres y trozos de carne sobre el camino, guardaban silencio, hundidos en la locura de un supremo terror.

Ruinas, muerte, fuego... La zona estaba envenenada. Era suicidio intentar adentrarse en ella, por eso no habría socorros. Se decía que el veneno habría de llegar mucho más allá. Más lejos de la montaña y de la costa. Miles de vidas pendían de un capricho del viento.

El ascensor se detuvo. El ministro guardó apresuradamente los documentos, componiendo el rostro en previsión de presencias inoportunas.

Hizo sonar repetidamente el timbre. Los tacones de su mujer repiquetearon sobre la madera.

- ¡Cuanto has tardado! Te llamé al Ministerio hace una hora y ya no estabas. Creí que había pasado algo.

El Ministro no se molestó en tranquilizarla.

- Prepara las maletas inmediatamente. Mete las joyas que tengas a mano, y las cosas de valor. ¡Pero no se te ocurra buscar nada en el banco! Nos vamos ahora.

La mujer se agitó, llevándose la mano al pecho.

- ¿Ha estallado la revolución?

- No. Simplemente una bomba.

1965-1968.